



Pasión

SECRETA

MEG SHANNON

Pasión Secreta

Mafia Romana de NY

Libro 3

Meg Shannon

Copyright 2023 por Meg Shannon

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada, transmitida o distribuida en ninguna forma impresa o electrónica por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito, excepto en el caso de breves citas incluidas en reseñas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales es pura coincidencia.

Para todos aquellos que han triunfado sobre sus circunstancias.

Acerca de este libro

Cuando el padre de Liliana Ricci arregla su matrimonio con el poderoso jefe de la mafia Nicholas Romano, ella espera una fría unión por conveniencia. Pero su atracción inicial se convierte en una pasión ardiente y Liliana se encuentra profundamente enamorada. Justo cuando la felicidad parece estar al alcance, secretos largamente enterrados sobre el asesinato de su madre salen a la luz, amenazando con destruir a su familia.

Liliana y Nicholas sortean los peligros del bajo mundo criminal, defendiendo su imperio contra familias rivales mientras investigan el turbio pasado de sus padres. A medida que las pistas apuntan a la implicación de su propio padre en la muerte de su madre, Liliana se enfrenta a preguntas desgarradoras sobre lealtad, justicia y confianza.

En medio del caos, la devoción inquebrantable de Nicholas le da fuerza a Liliana. Su amor arrollador los sostiene en sus horas más oscuras. Con Nicholas a su lado, Liliana se transforma de peón a reina mientras juntos construyen un legado arraigado no en el miedo y la dominación, sino en la compasión feroz.

¿Podrá su poderoso vínculo resistir las fuerzas siniestras que se ciernen sobre ellos? Apasionante y cautivadora, *Pasión Secreta* captura la embriagadora emoción de la realeza mafiosa, ambientada en un vívido drama familiar y un amor profundo e inesperado.

Pasión Secreta es un romance oscuro de mafia con matrimonio arreglado. Es el libro final de la serie *Mafia Romano* de Nueva York y no es una historia independiente, pero finalmente Liliana y Nicholas tienen su final feliz. La historia comienza con *Traición Secreta* y continúa con *Venganza Secreta*.

Capítulo 1

Nicholas

Estaba sentado frente a un policía de aspecto severo en una sala de interrogatorios tenuemente iluminada. Mi figura alta y hombros anchos parecían dominar el espacio reducido, mientras mis ojos se fijaban en los suyos mientras recitaba una lista de acusaciones contra mí. La intensidad en la habitación era palpable, pero me mantuve sereno, asimilando cada palabra con una calma inquietante.

—Señor Romano —comenzó el detective Trefethen—, se le acusa de estar involucrado en las muertes de Marco Mancini, Joshua Clemmons y varios miembros de la familia criminal Bianchi. —Su voz llevaba un tono acusatorio, pero no logró quebrar mi determinación—. Sin mencionar que muchos en este departamento piensan que estuvo involucrado en la muerte de uno de los nuestros, Samuel Turner.

La muerte de Turner era la única en la lista de Trefethen que lamentaba. Aunque había utilizado a Sophia, la mejor amiga de mi esposa, como medio para llegar a mí, era un hombre que defendía la verdad sin importar dónde la encontrara. Yo no lo había matado; lo mató un policía corrupto en un tiroteo del que apenas escapé.

—¿Ha terminado? —pregunté, con un tono uniforme e inquebrantable. No iba a permitir que este hombre viera ninguna grieta en mi armadura.

—Ni de lejos —respondió, mirándome fijamente—. Estas son acusaciones graves, señor Romano. Y tenemos motivos para creer que no solo es responsable de estos crímenes, sino que también ocupa una posición de poder dentro de su propia organización criminal.

Hizo una pausa, esperando que flaqueara o mostrara algún signo de culpabilidad. Pero no le di nada. En su lugar, me recliné en mi silla, cruzando casualmente los brazos sobre el pecho. La habitación se sentía opresivamente pequeña, y aun así mantuve un aire de confianza, negándome a ser intimidado por las tácticas de intimidación del oficial.

—Sus acusaciones carecen de fundamento —dije, con voz firme—. No tengo conocimiento de las muertes que mencionó, y puedo asegurarle que no estoy involucrado en ninguna actividad criminal.

Sabía que mis palabras harían poco para convencerlo, pero si tuviera pruebas, ya me habría arrestado.

El oficial me estudió por un momento, su irritación creciendo por segundos. Estaba acostumbrado a que los sospechosos se quebraran bajo presión, pero nunca había conocido a alguien como yo. Me había enfrentado a cosas mucho peores que un simple interrogatorio, y no me doblegaría bajo el peso de sus acusaciones.

—Es en su mejor interés cooperar —dijo con la mandíbula apretada.

No dije nada. Sin un abogado presente para aconsejarme, mi estrategia era negar todo y ver qué información podía obtener de él.

Los ojos del oficial se entrecerraron mientras se inclinaba hacia adelante, el tenue olor a café rancio y humo de cigarrillo emanando de su aliento. —¿Así que espera que crea que no tuvo

nada que ver con estas muertes? —preguntó, su voz destilando escepticismo.

—Crea lo que quiera —respondí con frialdad, mi tono uniforme e inflexible—. Pero le he dicho la verdad.

La frustración del oficial era palpable mientras continuaba acribillándome con preguntas. Parecía convencido de que yo era culpable, pero me mantuve firme en la verdad. No tenía nada que ocultar.

Conocía demasiado bien los peligros del camino que había elegido. De joven, había ascendido en las filas del crimen organizado, construyendo conexiones y ganándome una reputación como un líder poderoso e implacable. Pero con el poder llegaron los enemigos, y con los años, había hecho muchos. Pero vacilar no era una opción; el legado de los Romano dependía de mi resolución.

El peso de las expectativas de mi familia recaía pesadamente sobre mis hombros. Aún podía escuchar a mi padre diciéndome que cumplir con mis deberes como único hijo de la familia Romano era mi única responsabilidad. Pero ahora tenía una esposa y un grupo de personas que crecía lentamente dependiendo de mí para su protección. Mantener a mi familia a salvo mientras dirigía el negocio familiar era un acto de equilibrio delicado, uno que exigía cada onza de mi ingenio y determinación.

Mientras estaba sentado en esa sala de interrogatorios, sabía que el tiempo era esencial. Cuanto más tardara en lidiar con Antonio Bianchi y sus secuaces, más peligro enfrentábamos, y más hombres podría perder. Y con la policía respirándome en la nuca, no podía permitirme ningún paso en falso.

La puerta se abrió y Trefethen volvió a entrar, esta vez llevando un auricular. Interesante, le alimentarían preguntas e instrucciones de alguien que nos estaba observando.

Mi mente trabajaba a toda velocidad, formulando mi próximo movimiento. Esto era un juego de estrategia, una danza peligrosa entre depredador y presa. Y en este momento, tenía que afirmar mi dominio. Bajo mi exterior calmado, mi carisma hervía, listo para desbordarse en cualquier momento.

—¿No es su trabajo encontrar pruebas antes de hacer acusaciones? —pregunté, tomando el control de la conversación y desafiando sutilmente su autoridad—. ¿O acaso la especulación infundada es el procedimiento estándar por aquí?

Su mandíbula se tensó de nuevo, y pude ver cómo la irritación cruzaba su rostro como un relámpago en un cielo tormentoso. Intentó mantener el control, pero su molestia lo traicionó. Esto era precisamente donde lo quería: desequilibrado e inseguro.

—Déjeme recordarle, señor Romano, que tenemos suficientes pruebas circunstanciales para mantenerlo aquí durante bastante tiempo —dijo, apretando los dientes—. Sería prudente que no nos subestimara.

—Entonces quizás debería encontrar algo más sustancial —respondí, permitiendo que una leve sonrisa de suficiencia se dibujara en las comisuras de mi boca.

Frente a su creciente frustración, permanecí sereno, sin inmutarme por la gravedad de la situación. Mis experiencias navegando por el traicionero submundo habían afinado mi capacidad para mantener la calma bajo presión. Era una habilidad que me había servido bien una y otra vez, y no me fallaría ahora.

Trefethen no era hábil usando su auricular. Se quedó quieto y se concentró mientras recibía instrucciones. Asintió y luego dirigió su atención hacia mí. —Señor Romano, sabemos que usted y Turner eran cercanos. De hecho, se le había visto cenando en su casa. ¿Cuánto tiempo llevaba pagándole por información?

Años de práctica me impidieron mostrar la ira que sentía. Turner había sido un hombre honorable y que uno de sus colegas dijera lo contrario era un insulto que no podía tomarse a la ligera.

—Señor Romano... —comenzó el oficial, con la voz tensa por la exasperación.

—Detective —lo interrumpí, con voz firme e inflexible—. Le he dicho todo lo que sé. Si tiene más preguntas, le sugiero que hable con mi abogado.

Mientras la frustración del oficial alcanzaba su punto máximo, era evidente que nuestro intercambio había llegado a un punto muerto. La tensión en la sala colgaba pesada como una niebla asfixiante, oscureciendo el camino a seguir. Pero era un camino que yo navegaría con una determinación inquebrantable: por mi familia, por Liliana y por el imperio que descansaba sobre mis hombros.

—Muy bien —dijo entre dientes, entrecerrando los ojos peligrosamente—. Esto no ha terminado, Romano. Estaremos vigilando cada uno de sus movimientos.

—Buena suerte con eso —respondí, mientras me levantaba de la silla, sabiendo que si no tenía pruebas ahora, no las encontraría mágicamente en las próximas semanas.

Al salir de la sala de interrogatorios, mi mente volvió a otras situaciones de alta presión que había enfrentado en mi implacable ascenso al poder. Estaba el día en que me había enfrentado al cañón de una pistola, sostenida por uno de los matones de Bianchi, solo para que el hombre fuera abatido por mi francotirador oculto.

Mis pensamientos se desviaron hacia la noche en que murió mi padre y Bianchi ni siquiera nos dio un día para llorar su muerte antes de atacar. Yo había dirigido a nuestros soldados para repeler el ataque, luchando contra oleada tras oleada de intrusos. La sangre y el sudor se mezclaban en mi piel mientras luchaba por cada centímetro de territorio, negándome a dejar que se apoderara de lo que era legítimamente nuestro.

Me sacudí los fantasmas de mi pasado. Conocía demasiado bien el peso de las expectativas de mi familia; había sido preparado para asumir este manto desde mi nacimiento. Mi deber era proteger a mi familia, lo que incluía a todos los que trabajaban para mí, y expandir el imperio Romano.

Salí de la comisaría, respirando el aire fresco mientras me ajustaba el abrigo. El interrogatorio había sido débil, pero no estaba preocupado. Llamaría a mi abogado cuando llegara a casa y él se aseguraría de que no volvieran a buscarme sin pruebas.

—Nicholas —me llamó el detective Trefethen desde atrás. Me volví para enfrentarlo, manteniendo mi expresión tan fría e ilegible como una piedra—. No crea que hemos terminado con usted todavía.

—Detective —respondí, con un toque de amenaza en mi voz—. Haga lo que deba; no tengo nada que ocultar.

Negó con la cabeza, volviendo a entrar en la comisaría sin decir una palabra más. Lo observé marcharse, sintiendo el peso de su mirada sobre mí incluso después de que desapareciera en el interior.

Mientras caminaba hacia mi coche, mis pensamientos se desviaron hacia Liliana. Pensé que me estaba casando con una mujer como mi madre: alguien a quien mimar y cuidar, y sobre todo a quien ocultarle la verdad. ¡Qué equivocado estaba! Mi Liliana era una mujer increíble, destinada a convertirse en una verdadera compañera. Había encontrado un patrón de robo en los archivos que le había dado hace un mes que mis mejores contadores no habían visto. Y cuando se trataba de defender nuestro hogar, ella estaba a mi lado, sin miedo a hacer lo necesario.

Lo he dicho antes y lo volveré a decir. Giovanni Ricci podría haber pedido diez veces

más por ella.

Me deslicé en el coche, arranqué el motor y me aparté lentamente del bordillo, el ronroneo del coche calmando mis nervios. Era hora de planear la batalla final en la guerra con la familia Bianchi.

Capítulo 2

Nicholas

Me encontraba de pie junto a la ventana de mi oficina, observando la primera nevada del año. Sobre mi escritorio yacía un paquete, su contenido desconocido pero considerado seguro por mis hombres. Lo habían inspeccionado minuciosamente en busca de cualquier amenaza antes de traérmelo, pero no encontraron nada. Mientras caminaba hacia el escritorio, una sensación inquietante hizo que se me erizara el vello de la nuca.

—¿Quién me enviaría un paquete anónimo? —me pregunté mientras lo sacaba cuidadosamente de su envoltorio protector de papel marrón. Dentro había un archivo marcado con el nombre de mi suegra, Estelle Ricci, lleno de fotos. También había un CD etiquetado con el nombre de Estelle. El hecho de que no hubiera dirección de remitente solo aumentaba mis sospechas. Sabía que quien enviara este paquete quería permanecer en el anonimato, pero deseaba que yo tuviera esta información. O desinformación... tendría que averiguarlo.

Mientras extendía las fotografías sobre el escritorio, se me cortó la respiración. Allí, capturada en vívido detalle, estaba la progresión del último día de vida de Estelle. Mi mente se llenó de preguntas, intentando armar el rompecabezas que tenía ante mí. ¿Habría algo que las investigaciones oficiales y extraoficiales sobre su muerte hubieran pasado por alto, alguna pista oculta en estas imágenes que finalmente proporcionara respuestas a Liliana?

Una fotografía llamó mi atención: Estelle sentada en un coche con su esposo, Giovanni. Parecían estar conduciendo por las concurridas calles de Nueva York, ajenos a la tragedia que pronto les sobrevendría. Tomé la foto y la examiné de cerca. Estelle miraba por la ventana, sonriendo, mientras que el rostro de Giovanni era estoico, indescifrable. Cada foto tenía una hora escrita en el reverso, y las organicé en orden cronológico antes de centrar mi atención en el CD.

El CD estaba lleno de breves clips de video de calidad variable, pero todos mostraban la misma escena: Estelle y Giovanni en su coche, conduciendo por la ciudad. Sabía que estos eran los momentos finales antes de su muerte. Algunos de los videos provenían de cámaras de tráfico, otros de cámaras de bancos y algunos parecían ser videos de turistas con el coche de los Ricci pasando de fondo.

Las fotografías y los videos eran como piezas de un siniestro rompecabezas, cada una revelando una fracción de la verdad sobre la muerte de Estelle. No podía quitarme la sensación de que Giovanni estaba involucrado; tenía que estarlo, o de lo contrario habría muerto junto a su esposa.

Me concentré en el coche, buscando pistas o posibles testigos. En uno de los videos, Estelle se reía de algo que Giovanni había dicho; no parecía molesta ni preocupada, lo que solo alimentaba mi curiosidad. A Estelle y Giovanni los conducía un hombre que no conocía, pero estaba seguro de que Liliana podría decirme su nombre.

—¿Podría ser —reflexioné para mí mismo— que esto fuera realmente un acto de violencia aleatorio? —Eso era raro en nuestro mundo. Todos usábamos guardaespaldas y la violencia aleatoria se sofocaba rápidamente.

La expresión estoica de Giovanni nunca parecía vacilar en los videos. Sus ojos estaban fijos en el camino por delante, siempre mirando hacia adelante. ¿Estaba ocultando algo a su esposa? ¿Alguna expresión que no quería que ella viera? Intenté apartar ese pensamiento de mi mente, pero se aferraba como una mancha obstinada.

Mientras estudiaba los videos de nuevo, esta vez con más atención, la inquietud en mi pecho continuaba creciendo. Era como si el universo intentara decirme que las respuestas que buscaba estaban justo ante mis ojos. El líder mafioso en mí sabía que nada era simple cuando se trataba del submundo, y el esposo amoroso en mí quería proteger a Liliana de cualquier dolor que estos secretos pudieran traer.

Mientras reconstruía la cronología de los eventos, mi convicción se hacía más fuerte. Tenía que haber más en la muerte de la madre de Liliana de lo que se veía a simple vista. Vivíamos en un mundo donde cada movimiento tenía consecuencias, y alguien tan astuto como Giovanni no me lo pondría fácil para determinar qué sucedió realmente ese fatídico día.

—Ah, ahí está —dije en voz baja al notar algo peculiar en el video. De un video al siguiente, la expresión de Giovanni cambiaba. Su rostro pasó de estoico a enojado y al final del último video, estaba furioso.

¿Era esta la clave para descubrir lo que pasó? ¿De qué habrían estado hablando? No conocía al conductor, pero Liliana podría decirme su nombre. Sin embargo, no quería mostrarle los videos, no hasta que lo supiera todo y pudiera darle una respuesta clara.

Con un profundo suspiro, me recliné en mi silla: el peso de mi responsabilidad me agobiaba. Necesitaba indagar más, desentrañar la intrincada red de secretos que rodeaba la muerte de Estelle. Pero también sabía que caminaba por la cuerda floja, y debajo de mí yacía el abismo que amenazaba con tragarse todo lo que apreciaba.

Enzo tendría que averiguar quién era este hombre por mí. Luego interrogaría al conductor sobre la conversación y cualquier otra cosa que pudiera recordar de ese momento.

Terminé de ver los videos y me sorprendió ver que Giovanni había despedido a sus guardias apenas diez minutos antes de que Estelle encontrara su fin. Era un movimiento inusual para alguien que valoraba la protección por encima de todo. Esto lo dejaba como la persona más probable de haber estado con ella durante esos momentos fatídicos.

¿Era Giovanni realmente capaz de haber hecho matar a su esposa? ¿O de matarla él mismo? Pensé en Liliana y en la relación que teníamos. No había nada que pudiera hacerme lastimarla. En el fondo de mi corazón, sabía que incluso si me traicionara a mí y a toda la familia Romano, no podría hacer nada más que desterrarla. Aunque, por otro lado, Giovanni esencialmente me la había vendido por el beneficio de su hijo, así que tal vez él era responsable de la muerte de Estelle.

Me negué a actuar sobre la posibilidad sin pruebas concretas. Mi naturaleza calculadora exigía más que meras especulaciones. Cotejé meticulosamente la información, buscando cualquier inconsistencia o detalle oculto que pudiera confirmar o refutar mis sospechas.

—Veamos si esto tiene sentido —dije, escrutando los archivos, fotos y videos nuevamente. Examiné los fondos, los rostros captados en el encuadre y las marcas de tiempo en cada pieza de evidencia.

Mientras profundizaba, noté algo peculiar. Un coche negro de la ciudad los seguía. Al menos asumí que era el mismo coche, porque cada vez que tenía el ángulo correcto para ver al conductor, era el mismo hombre.

No tenía idea de quién era. Ahora tenía dos hombres para que Enzo investigara. Tomé el teléfono y lo llamé. —Enzo, necesito que identifiques a alguien para mí.

—Por supuesto, jefe —respondió, su voz firme y confiable—. ¿Tiene fotos?

—En mi oficina y asegúrate de que esto quede entre nosotros —añadí, mi voz firme con autoridad.

—Entendido, jefe.

Colgué el teléfono y me recliné en mi silla, reflexionando sobre las implicaciones de mis descubrimientos. Si Giovanni realmente jugó un papel en la muerte de Estelle, significaría enfrentarme al padre de Liliana, un hombre que acababa de darme su lealtad. Y quien me daba su lealtad, se la daba a mi esposa.

Pero, ¿y si me equivocaba? ¿Y si todas estas piezas no encajaban tan perfectamente como parecían? El riesgo era alto, y una acusación falsa podría tener graves consecuencias. Aunque Giovanni tenía poco poder, existía la posibilidad de que pudiera interponerse entre Liliana y yo.

Me recliné en mi sillón de cuero, el peso de la decisión oprimiéndome. Liliana quería la verdad sobre la muerte de su madre, pero no estaba seguro de si podría manejar la posibilidad de que su propio padre pudiera estar involucrado. A pesar de su fuerte voluntad y resistencia, esta revelación podría destrozarla. La idea de lastimarla me desgarraba el corazón, pero ocultarle la verdad se sentía como una traición.

Mi mente repasaba los posibles desenlaces, cada uno más incierto que el anterior. No había una manera fácil de abordar esto, no sin causar dolor a alguien que me importaba profundamente. Me pasé las manos por el pelo, la frustración creciendo dentro de mí. Mi deseo de proteger a Liliana luchaba contra mi necesidad de justicia.

—Enzo —llamé cuando entró en mi oficina, mi voz cargada de determinación—. Averigua todo lo que puedas sobre Giovanni Ricci. Quiero saber cada uno de sus movimientos previos a la muerte de Estelle.

—Sí, jefe —respondió Enzo, tomando las fotografías de mi mano. Cuando se fue, me quedé mirando la puerta cerrada, preparándome para lo que vendría.

Mi resolución se solidificó. Confrontaría a Giovanni sobre su participación en la muerte de Estelle. Si era culpable, pagaría el precio. Y si era inocente, entonces trabajaríamos juntos para llevar al verdadero asesino ante la justicia.

Las consecuencias de mis acciones pesaban mucho sobre mi pecho, pero me negué a dejar que el miedo me detuviera. Estaba preparado para enfrentar cualquier desafío que se presentara, por el bien de mi familia y mi esposa.

Mientras me levantaba de mi escritorio, tomé una respiración profunda y abracé la fría y dura determinación que corría por mis venas. Este camino que había elegido no era fácil, pero era necesario. Por Liliana, por Estelle y por la verdad.

Capítulo 3

Liliana

Golpeando suavemente con los nudillos la puerta del dormitorio de Sophia, llamé en voz baja:

—Sophia, soy Liliana. A Nicholas y a mí nos encantaría que te unieras a nosotros para cenar esta noche.

La puerta se entreabrió, revelando la mirada insegura de Sophia. Parecía casi avergonzada con sus viejos pantalones de chándal y camiseta, el pelo recogido en una coleta informal y sin una pizca de maquillaje en el rostro.

—Liliana, agradezco la invitación, pero realmente no estoy vestida para cenar en una casa tan elegante.

Sonreí mientras entraba en la habitación, cerrando la puerta tras de mí. Sentándome en el borde de su cama, di unas palmaditas en el espacio vacío a mi lado, invitándola a sentarse.

—Oh, cariño —comencé, tomando sus manos entre las mías—, nunca debes sentirte mal contigo misma en la casa de los Romano. Eres como de la familia. Puedes hacer lo que quieras, verte como quieras, ser como quieras.

Sophia se mordió el labio, aún dudosa. Podía ver la vulnerabilidad en sus ojos, un recordatorio de los estrictos estándares que su familia le había impuesto a lo largo de su vida. La familia de Sophia siempre había enfatizado que debía verse lo mejor posible en todo momento, por lo que cada vez que no estaba bien vestida, con el rostro completamente maquillado y el cabello perfectamente arreglado, se sentía insegura. No permitiría eso en mi casa. Mi hermosa mejor amiga necesitaba aprender que era perfecta tal como era.

—¿De verdad, Liliana? —preguntó, con voz apenas audible—. ¿Incluso con todos estos hombres intimidantes alrededor?

—Especialmente con ellos —respondí con firmeza, dándole un apretón reconfortante a sus manos—. Los hombres de Nicholas le son leales a él y, por extensión, también a ti. Te tratarán con el máximo respeto, como lo hacen conmigo.

—Está bien —suspiró—. Es solo que... me siento incómoda rodeada de tantos gánsteres. Me reí suavemente y negué con la cabeza.

—No son realmente gánsteres, Sophia. Son más bien guardaespaldas que otra cosa. Te acostumbrarás a ellos eventualmente. Algunos son bastante agradables, en realidad.

Sophia se mordió el labio, meditando por un momento.

—Aun así, preferiría quedarme en mi habitación hasta que sea hora de mudarme.

—Vamos, eso es una tontería —la regañé suavemente—. Además, deberías unirte a nosotros para cenar esta noche. Gina está preparando tu postre favorito, crème brûlée.

Sus ojos se iluminaron al mencionar el postre, y supe que la tentación sería demasiado grande para que pudiera resistirse.

—Está bien —accedió, sonriendo suavemente—. Supongo que una cena no hará daño.

—Excelente —respondí, sintiéndome victoriosa—. Ya verás, no hay nada que temer aquí. Todos somos familia.

Sophia miró fijamente nuestras manos entrelazadas, meditando mis palabras. El silencio se prolongó por unos latidos, y luego asintió.

—De acuerdo. Déjame vestirme y ponerme un poco de maquillaje.

—Tómate tu tiempo, pero nada elegante —dije, soltando sus manos y levantándome de la cama—. La cena es informal y no se servirá hasta que lleguemos.

Mientras Sophia se preparaba, parecía sentirse más cómoda. Nuestra conversación derivó hacia temas más ligeros, y pude ver cómo su ánimo mejoraba.

—Recuerda —le dije mientras finalmente salíamos juntas de su habitación—, siempre eres bienvenida aquí.

—Gracias por convencerme de hacer esto, Liliana —dijo Sophia mientras bajábamos por la gran escalera. La casa parecía cobrar vida con cada paso, con gente yendo y viniendo atendiendo los asuntos de la familia Romano.

—Sobre los hombres —continué, queriendo abordar sus preocupaciones anteriores—. Si alguna vez se da una situación en la que alguien no sepa comportarse, solo tienes que decirlo y Nicholas corregirá su comportamiento.

Me miró, sus ojos reflejando gratitud mezclada con una incertidumbre persistente. Pero sabía que con el tiempo, encontraría su lugar dentro de estas paredes.

—De acuerdo —aceptó suavemente—. Lo recordaré.

Al entrar en el comedor, Nicholas nos esperaba. Se erguía alto, sus anchos hombros y sonrientes ojos azules demandando nuestra atención incluso cuando no lo intentaba. Una cálida sonrisa se extendió por su rostro cuando nos vio, y se inclinó para besar mi mejilla antes de retirar nuestras sillas para nosotras.

—Me alegro de verte, Sophia —dijo él, con voz baja pero acogedora.

—Gracias por invitarme —respondió ella, sonrojándose ligeramente.

Él pareció un poco confundido. —Vives aquí. Puedes venir a todas las comidas si quieres.

Mientras nos acomodábamos en nuestros asientos en la mesa del comedor, vi a Riccardo de guardia en la esquina de la habitación. Su postura era rígida, sus ojos escaneaban constantemente la sala en busca de posibles amenazas. Pero cuando se posaron en Sophia, vi algo diferente brillar en sus profundidades.

—Riccardo —dije, captando su atención. Me miró y asintió en señal de reconocimiento. Era inusual que estuviera tan distraído, y sin embargo, su mirada seguía volviendo a Sophia.

—¿Está todo bien? —pregunté, con voz baja y firme.

—Por supuesto, Signora Romano —respondió, apartando su atención de Sophia con un esfuerzo evidente. Alcé una ceja, estudiando cómo sus mejillas se sonrojaban ligeramente bajo mi escrutinio.

—Me alegro de oírlo —dije, volviendo mi atención a Sophia. Ella estaba jugueteando nerviosamente con sus cubiertos, claramente sintiéndose fuera de lugar en el gran comedor. Sus ojos se cruzaron con los de Riccardo por un breve momento y se sonrojó, mirando rápidamente su plato.

Cuando Gina y Maria entraron al comedor, cada una llevando una bandeja de comida, mi estómago rugió. Había estado tan ocupada trabajando con Nicholas que me olvidé de almorzar.

—Buenas noches —nos saludó Gina con una cálida sonrisa, su acento cargado de influencia italiana—. La cena está servida. Esta noche tenemos rosbif, con verduras caramelizadas y puré de patatas.

—Gracias, Gina —respondí, indicándole que colocara la bandeja en la mesa—. Espero que sea de tu agrado, Sophia.

Los ojos de Sophia se agrandaron al ver la comida frente a nosotros. —Se ve increíble —exclamó.

—Me alegro de que te guste —dije con una pequeña sonrisa.

Gina colocó cuidadosamente los platos en la mesa, cada uno lleno de sabrosa comida, con vapor elevándose de la carne y las verduras recién cocinadas. Nicholas descorchó hábilmente una botella de vino tinto y lo sirvió en nuestras copas, el rico color reflejando la luz del comedor.

—¿Necesitas algo, Sophia? —pregunté, tratando de desviar su atención del silencioso guardaespaldas.

—No, gracias, Liliana —balbuceó, aún sonrojada—. Todo está encantador.

—Bien —dije, dándole una sonrisa alentadora. Era evidente que tanto ella como Riccardo estaban cautivados el uno por el otro, se dieran cuenta o no. La tensión entre ellos era casi palpable, y tenía que admitir que era una dinámica fascinante de presenciar.

—Riccardo, ¿por qué no te tomas un descanso? —sugerí, con un tono despreocupado como si no hubiera notado el sutil intercambio entre él y Sophia—. Disfruta de la cena con nosotros. Has estado de guardia todo el día.

—Gracias, Signora Romano, pero debo mantenerme vigilante —respondió, su voz firme pero no sin relucencia.

—Muy bien —cedí una vez más, sabiendo que la lealtad y dedicación de Riccardo a sus deberes eran inquebrantables. Pero a medida que avanzaba la noche y disfrutábamos de nuestra comida juntos, observé la silenciosa danza entre ellos, sus ojos encontrándose brevemente antes de apartarse, las mejillas sonrojadas.

Aunque el poder y el control estaban entrelazados en la tela de nuestro mundo, no podía negar que había algo emocionante en presenciar una chispa de atracción tomando forma, incluso frente al peligro y la incertidumbre.

Y mientras la risa de Sophia comenzaba a llenar la habitación, mezclándose con el tintineo de los cubiertos y el murmullo de la conversación, me encontré preguntándome si el amor podría ser la fuerza más poderosa de todas.

—Hablando de Navidad —dije, dirigiendo la conversación hacia las próximas fiestas—. Estaba pensando en salir de compras en persona pronto. ¿Crees que se podría organizar, Nicholas?

Mi marido consideró la petición por un momento, sus ojos pensativos mientras sopesaba los riesgos potenciales y la logística en su mente. —Haré todo lo posible para asegurarme de que sea posible —respondió, su voz medida pero tranquilizadora.

—Gracias —dije, genuinamente agradecida por su apoyo incluso en asuntos aparentemente triviales. La perspectiva de pasar tiempo fuera de los confines de nuestra finca, aunque fuera solo por un día, tenía un atractivo irresistible.

—Ya que estamos en el tema —continuó Nicholas, posando su mirada primero en mí y luego en Sophia—. ¿Qué les gustaría a cada una de ustedes para Navidad?

—La verdad —comencé, sonriendo suavemente al hombre del que me había enamorado tan profundamente—, he sido tan increíblemente feliz estos últimos meses que no creo necesitar nada.

—No te pregunté qué necesitabas —replicó Nicholas, curvando sus labios en una sonrisa condescendiente—. Te pregunté qué querías.

—Tendré que pensarlo —admití, sintiendo un calor extenderse por mi cuerpo al recordar

lo bien que me conocía. Mi atención se dirigió a Sophia, quien parecía estar sumida en sus pensamientos.

—Nicholas, su protección ha sido más que suficiente —dijo Sophia, su voz sincera mientras encontraba su mirada—. No quiero nada más.

—Si tú lo dices —respondió él, aunque yo sabía que probablemente encontraría alguna manera de consentimos a ambas en la mañana de Navidad. Y sabía exactamente lo que Sophia quería. Durante años había deseado un hermoso reloj Rolex. Me preguntaba si habría alguna forma de hacer llegar esa información a Riccardo, y si él podría permitirse comprárselo.

—Dime, Sophia —dije mientras me inclinaba hacia ella, mi voz apenas por encima de un susurro—. ¿Hay algo que siempre hayas querido pero nunca te hayas atrevido a pedir?

Sophia dudó por un momento antes de mirar a Nicholas y luego de vuelta a mí, sus ojos llenos de incertidumbre. —Bueno, hay una cosa —admitió, casi a regañadientes.

—Continúa —la animé, sintiendo que necesitaba un pequeño empujón para revelar su deseo secreto.

—Siempre pensé que sería un éxito en la vida si pudiera comprarme un Rolex. Incluso tengo un fondo de ahorros para ello, pero pasarán décadas antes de que pueda permitírmelo. Pero es un regalo tan extravagante —se apresuró a añadir, sus mejillas sonrojándose intensamente—. Nunca podría pedir algo así.

Le sonreí cálidamente, comprendiendo muy bien la sensación de desear algo tan desesperadamente y sin embargo ser incapaz de alcanzarlo y reclamarlo. —Tal vez Santa lo deje para ti bajo nuestro árbol —sugerí.

Me volví hacia mi esposo. Para nuestra primera Navidad juntos, quería hacer realidad todos sus sueños. —¿Y tú? ¿Qué te gustaría encontrar bajo el árbol?

Me miró con absoluto amor y devoción. —Al igual que tú, tengo todo lo que necesito. Y contigo a mi lado, tengo todo lo que quiero.

Como hija de una familia de la mafia, era raro que alguna vez escuchara algo así. Mis padres dedicaban mucho más de su amor y atención a mi hermano David, esperando que el legado familiar continuara en él. Sin palabras, levanté mi servilleta y sequé una lágrima de mi ojo.

Me tomó un momento recuperar la compostura. —Gracias, Nicholas —dije, conmovida por sus sinceras palabras.

En ese momento, Gina entró en el comedor con los brazos cargados de platos de crème brûlée. La visión del azúcar caramelizado brillando bajo la lámpara de araña dibujó una sonrisa en el rostro de Sophia. Parecía que las tres copas de vino que había consumido durante la cena finalmente habían comenzado a calmar sus nervios.

—Crème brûlée y café. Que tengan una maravillosa noche —dijo Gina mientras recogía nuestros platos con facilidad. Nos sumergimos con entusiasmo en el delicioso postre, saboreando cada cremoso bocado.

Mientras terminábamos de comer, miré el reloj y me di cuenta de que se estaba haciendo tarde. —Sophia, querida, Nicholas y yo tenemos algunos asuntos que atender. ¿Nos disculpas por esta noche?

—Por supuesto, Liliana —respondió ella, su mirada desviándose brevemente hacia Riccardo, quien permanecía silencioso en la esquina. Noté que el rubor en sus mejillas se intensificó cuando sus ojos se encontraron, y una idea comenzó a formarse en mi mente.

—Riccardo —llamé, mi voz tanto gentil como autoritaria—. ¿Serías tan amable de acompañar a Sophia de vuelta a su habitación?

—Por supuesto, señora Romano —respondió él, su tono respetuoso pero teñido de sorpresa. Dio un paso adelante, ofreciendo su brazo a Sophia con una gracia bien practicada. Ella dudó por un momento, sus ojos yendo de él a mí, antes de aceptar su oferta con un pequeño asentimiento.

—Gracias, Riccardo —dijo suavemente, sus dedos rozando los de él mientras tocaban su brazo. Era obvio para mí que una innegable atracción bullía bajo la superficie. Riccardo era un buen hombre y yo había visto de primera mano cuán amable podía ser. Él y Sophia harían una buena pareja.

—Buenas noches, Sophia —dije, observando cómo Riccardo la conducía fuera del comedor.

Capítulo 4

Liliana

Riccardo acompañó a Sophia por el pasillo, dejándome a solas con Nicholas en el comedor.

—Dime, cara mia, ¿por qué enviaste a Riccardo a acompañar a Sophia a su habitación? —preguntó, con un toque de diversión en las comisuras de sus labios—. Estoy bastante seguro de que ella ya conoce el camino a estas alturas.

Arqueé una ceja ante su falta de perspicacia. —¿De verdad no lo viste? Las miradas furtivas, cómo se sonrojaban cada vez que sus ojos se encontraban; creo que podrían formar una buena pareja.

Nicholas meditó mis palabras, su expresión pasando de una curiosidad juguetona a una consideración pensativa. Era fascinante ver los engranajes girar detrás de su mirada calculadora - siempre tramando, siempre estrategando. Incluso los asuntos del corazón estaban sujetos a su enfoque metódico.

—Puede que tengas razón —dijo, haciendo girar los restos de vino en su copa—. Es bueno para un hombre en nuestro mundo estar casado. Lo hace más cauteloso, más comprometido en proteger lo que es suyo.

Entendí la implicación tácita de sus palabras. No solo hablaba de Riccardo; también se refería a sí mismo y a nuestra propia unión. Nuestro matrimonio había consolidado su ya formidable estatus dentro de la jerarquía mafiosa y, a cambio, yo había ganado un poderoso protector que no se detendría ante nada para mantenerme a salvo.

—Hablando de pasar tiempo con los seres queridos —dijo Nicholas, extendiéndome el brazo de manera caballerosa, imitando la forma en que Riccardo había guiado a Sophia momentos antes—. No sabía que tuviéramos más trabajo que hacer esta noche.

—¿Trabajo? —respondí, con un tono burlón mientras envolvía mi brazo alrededor del suyo, permitiéndole guiarnos a nuestra habitación—. No es trabajo, Nicholas, sino tiempo a solas juntos.

Sonrió, entendiendo perfectamente mi significado, y nos condujo a nuestra habitación con pasos decididos. Una vez dentro, cerró la puerta tras nosotros, creando un santuario íntimo lejos de los ojos y oídos indiscretos que parecían permear cada rincón de nuestras vidas. Nadie en la casa pretendía espiarnos, pero con tanta gente aquí era difícil encontrar tiempo a solas con mi marido.

Nicholas se volvió hacia mí, sus ojos llenos de calidez y afecto mientras me atraía hacia sus brazos y presionaba un tierno beso sobre mis labios. Cuando nos separamos, me miró con una sinceridad que me dejó sin aliento.

—Me asombras, Liliana —dijo, su voz baja y llena de emoción—. Tu cuidado por los amigos, e incluso por los extraños, me inspira a ser un mejor hombre. Recuerdo haber considerado no ir a conocer a tu padre hace todos esos meses, pero ese habría sido el mayor error de mi vida.

Sus sinceras palabras me provocaron un escalofrío por la espalda, y me encontré

parpadeando para contener las lágrimas. En este mundo de oscuridad y brutalidad, su amor era como un faro de luz, algo a lo que aferrarse cuando todo lo demás parecía perdido.

—Nicholas —respondí, con la voz cargada de emoción—. Estoy tan agradecida de que fueras a conocerlo, por todo lo que hemos construido juntos y por el amor que compartimos. Me alegro de que aceptaras mis reglas de cortejo —continué, con una pequeña sonrisa en los labios—. Si no hubieras aceptado esas dos semanas de cortejo, quizás aún seríamos extraños en lugar de estar locamente enamorados.

—Esas dos semanas fueron una revelación para mí —confesó, con sus ojos fijos en los míos—. Y ahora no puedo imaginar mi vida sin ti, Liliana.

Me besó de nuevo, y esta vez fue un beso lento y apasionado que envió calor por mis venas. Mientras nuestros labios se separaban, Nicholas se estiró detrás de mí y bajó la cremallera de mi vestido. Cayó al suelo, revelando que no llevaba nada debajo. Sus ojos se abrieron con sorpresa y deseo.

—Liliana... —suspiró, su mirada oscureciéndose de lujuria—. ¿Has estado así toda la noche? ¿Delante de todos los hombres de la casa?

—Solo tú puedes ver lo que hay debajo —bromeé con coquetería—. Si tú no lo sabías, ellos tampoco.

Sus manos encontraron la curva de mis caderas, atrayéndome más cerca. El calor entre nosotros se intensificó, y me deleité en la sensación de sus fuertes brazos a mi alrededor.

—Llevas demasiada ropa, señor Romano —dije, con mis ojos fijos en los suyos.

Comencé a desvestirlo, desabotonando lentamente su camisa y deslizándola por sus anchos hombros. Luego, me arrodillé para desabrochar su cinturón y bajar la cremallera de sus pantalones. Mientras lo miraba hacia arriba, me lamí los labios y le di una sonrisa seductora.

Nicholas se apoyó contra el escritorio detrás de él, sus manos agarrando el borde mientras lo tomaba en mi boca. Sus ojos estaban cerrados, y podía oír su respiración volviéndose entrecortada mientras movía mi lengua a lo largo de su longitud.

Me encantaba esta parte: verlo perder el control, sentir el poder que tenía sobre él mientras le daba placer. Lenta y provocativamente, rodeé con mi lengua la sensible cabeza de su miembro antes de tomar más de él en mi boca. Podía sentirlo crecer más duro y grueso con cada movimiento, y un profundo gruñido retumbó en su pecho.

Sonreí a su alrededor antes de aumentar el ritmo y succionar con más fuerza. Sus caderas se sacudieron involuntariamente, y pude notar que estaba cerca del límite. Gimió y agarró mi cabello, guiándome al ritmo que deseaba. Mientras lo hacía, extendí mis manos alrededor y las coloqué en su trasero, atrayéndolo más hacia mí.

—Dios, Liliana... —gimió, su agarre en mi cabello apretándose mientras se acercaba al clímax.

Finalmente, gruñó con fuerza mientras se corría en mi boca. Relajé mi garganta y lo tragué todo, sin querer desperdiciar una sola gota.

Me levantó y me guió hasta la cama, donde se tumbó a mi lado. —Aún hay demasiada ropa —me quejé mientras terminaba de desvestirlo.

—Nicholas —comencé mientras me acostaba a su lado, con voz suave y un toque de vacilación—. Quiero comprarle un Rolex a Sophia.

Se giró de lado, mirándome a los ojos. El resplandor de la luz de la luna que se filtraba por la ventana resaltaba el azul de su mirada, intensificándolo como una tormenta en el mar.

—Por supuesto que deberías hacerlo —dijo, con voz firme pero suave—. Puedes comprarle cualquier regalo a quien quieras. No tienes que pedirme permiso, al menos hasta que

llegues al punto de comprarle a la gente sus propios jets o islas privadas.

Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios mientras consideraba la extravagancia de sus palabras. Era a la vez reconfortante y abrumador saber que tales lujos estaban a mi alcance.

—Gracias —dije, trazando círculos en su pecho—. No sabía cuánto dinero podía gastar en regalos.

—Usa la tarjeta que te di para los gastos de la boda para cualquier cosa que necesites —dijo Nicholas, acariciando mi brazo con sus dedos—. Gastaría hasta el último centavo en tu felicidad, Liliana.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos y ya no pude contenerlas. Se derramaron, deslizándose por mis mejillas mientras lloraba suavemente en la cama. No era solo la riqueza material lo que me conmovía; era la profundidad del cuidado y el afecto que me mostraba a cada paso. Nunca me habían tratado tan bien en mi vida.

—Eh, vamos —dijo Nicholas, con preocupación grabada en su rostro. Secó suavemente mis lágrimas con su pulgar—. ¿Qué pasa, cara mia?

—Nada está mal —logré decir entre sollozos—. Es solo que... nunca he experimentado este tipo de amor antes. Siempre he sido la segunda después de David, un pensamiento tardío.

Sus ojos brillaban con emoción. Me atrajo hacia él, acunándome contra su pecho. —Esto es solo el comienzo de nuestras vidas juntos, y solo espero aprender cómo hacerte aún más feliz.

Su promesa, pronunciada con tanta convicción, trajo una nueva oleada de lágrimas a mis ojos. En un mundo donde la dominación y el control a menudo se usaban para ejercer poder, Nicholas estaba usando su fuerza para protegerme a mí y a los que amaba. Parecía imposible, pero ahí estaba yo, acunada en la seguridad de sus brazos.

—Lo que sea por ti, mi amor —dijo, besando la parte superior de mi cabeza—. Lo que sea.

Le sonreí, con los ojos aún brillantes por las lágrimas pero ahora llenos de una chispa lujuriosa. —Sabes, hay algo que puedes hacer para hacerme feliz ahora mismo sin gastar un solo centavo.

—¿Ah, sí? —Arqueó una ceja, mezclando curiosidad y deseo en su mirada.

—En efecto. —Dejé que la comisura de mi boca se elevara en una sonrisa coqueta, mis dedos trazando círculos en su pecho.

Nicholas sonrió antes de alcanzar entre mis piernas. Gemí cuando sintió lo húmeda que estaba.

—Buena chica. —Las palabras enviaron escalofríos por mi columna, encendiendo una necesidad profunda y primaria dentro de mí. Su toque encendió mi cuerpo, y mientras exploraba hábilmente mi sexo, me deleitaba en la sensación de entrega completa.

Nicholas bajó la cabeza, y cuando su lengua hizo contacto con mi sexo, un gemido escapó de mis labios. Expertamente lamió y provocó mi clítoris, haciéndome retorcer debajo de él.

—Nicholas —jadeé, sintiendo la presión acumularse dentro de mí—. No pares.

Implacablemente movió su lengua contra mi clítoris hinchado y sensible, enviando oleadas de placer por todo mi cuerpo. Mis piernas temblaron incontrolablemente mientras era consumida por un intenso orgasmo, la sensación tan poderosa que me dejó sin aliento e incapaz de formar pensamientos coherentes.

—Por favor, Nicholas —supliqué, jadeando pesadamente—. Para... necesito recuperar el aliento.

Pero Nicholas no se detuvo. En cambio, sus dedos continuaron su ritmo implacable,

entrando y saliendo de mí mientras chupaba y lamía mi clítoris. Gemí y me retorcí debajo de él, abrumada por el intenso placer que recorría mi cuerpo.

Mi mente estaba nublada, mis sentidos consumidos por la sensación de su toque. Cada terminación nerviosa en mi cuerpo se sentía viva y ardiendo, llevándome cada vez más cerca de otro orgasmo.

—Nicholas, por favor —supliqué de nuevo, desesperada por un respiro de las abrumadoras sensaciones.

—Córrete para mí otra vez —ordenó, y como si mi cuerpo hubiera estado esperando que me dijera qué hacer, jadeé su nombre mientras me deshacía.

—No más, por favor —supliqué mientras bombeaba lentamente sus dedos dentro de mí.

Me miró, sus ojos azules oscurecidos por la lujuria, y asintió. Luego, sin previo aviso, se movió encima de mí y se hundió profunda y duramente dentro de mí. Un grito se escapó de mi garganta mientras mi sexo se cerraba como un tornillo sobre él. La mezcla de dolor y placer era intoxicante, y me sentí cayendo en un torbellino de emociones: amor, deseo y una abrumadora sensación de pertenencia.

Mi cuerpo temblaba debajo del suyo, mis uñas clavándose en los músculos de su espalda mientras lo encontraba, embestida tras embestida. Nuestras respiraciones se mezclaban, calientes y pesadas de necesidad, y podía ver el sudor brillando en su frente.

—Nicholas —gemí, mi voz ronca de pasión.

—Dime que eres mía —exigió, su voz un gruñido bajo.

—Soy tuya —respondí sin dudar, sabiendo que era verdad. En ese momento, nuestras almas parecían irrevocablemente entrelazadas, unidas por el amor, la lujuria y la lealtad.

Ninguno de los dos duró mucho, y con una última embestida, Nicholas se enterró dentro de mí, haciendo que mi sexo se estremeciera a su alrededor mientras llegábamos al clímax juntos. La intensidad de nuestra liberación nos dejó a ambos sin aliento, sudorosos y completamente saciados.

Permanecimos allí entrelazados durante varios minutos, mientras nuestra respiración y latidos del corazón volvían gradualmente a la normalidad. Finalmente, Nicholas se giró sobre su costado y se apoyó sobre un codo, mirándome profundamente a los ojos.

—¿Recuerdas cuando te dije que puedes tener todo lo que quieras? —preguntó, con voz tierna pero firme.

Asentí, recordando su declaración anterior.

—Créeme, Liliana, hablaba en serio —dijo, sin apartar la mirada—. Haría cualquier cosa por ti. Cualquier cosa para hacerte feliz.

Mientras miraba sus ojos, me di cuenta de lo profundamente que amaba a este hombre, no solo por su fuerza y poder, sino por su vulnerabilidad y la forma en que me permitía ver a la persona real bajo el exterior duro. Sabía que no había nada más que pudiera pedir.

—Nicholas —dije, con la voz cargada de emoción—. No necesito nada más de lo que tengo ahora. Me has dado todo lo que podría desear: amor, protección y sentimiento de pertenencia.

Me miró, con los ojos brillando con una mezcla de afecto y orgullo.

—Liliana —dijo suavemente mientras se inclinaba para presionar un tierno beso en mi frente—. Te mereces el mundo y más, y haré todo lo que esté en mi poder para dártelo.

Sonreí, sintiendo que las lágrimas me picaban en las comisuras de los ojos.

—Tenerte a mi lado es suficiente para mí —admití, con el corazón henchido de amor.

—Entonces te prometo, amor mío, que nunca me apartaré de tu lado —juró Nicholas, la

convicción en sus palabras no dejaba lugar a dudas.

Mientras yacíamos juntos en la habitación tenuemente iluminada, nuestros cuerpos aún entrelazados, sentí que el agotamiento de nuestro apasionado encuentro comenzaba a vencerme. Dirigiéndome hacia el sueño, me permití disfrutar del calor del abrazo de Nicholas.

—Nicholas —dije somnolienta, queriendo que supiera lo agradecida que estaba por todo lo que había hecho por mí—. Ya tengo todo lo que quiero.

En respuesta, apretó sus brazos a mi alrededor y presionó un suave beso en mi cabello. Mientras finalmente sucumbía al sueño, sabía sin duda alguna que Nicholas siempre estaría ahí para mí, y que nuestro amor era lo suficientemente fuerte como para resistir cualquier cosa que la vida pudiera depararnos.

Capítulo 5

Nicholas

El peso de mi pluma parecía más pesado de lo habitual mientras firmaba otro documento, la tinta formando un vínculo profundo con el papel. El aroma a cuero y madera envejecida llenaba mis fosas nasales mientras intentaba mantener la mente en mi trabajo. Pero mis pensamientos se desviaban hacia Liliana y el trabajo que estaba haciendo mientras se sentaba en mi sofá. Debería conseguirle un escritorio aquí, si iba a seguir trabajando para el negocio familiar.

De repente, estalló un alboroto en el vestíbulo delantero, arrancándome de mi ensueño. Gritos y golpes resonaron por los pasillos de la casa, sacudiendo mis sentidos. Sonaba como problemas, inesperados e indeseados.

—¡Nicholas! —La voz de Liliana atravesó el caos, su preocupación por mí era palpable.

—Quédate aquí —ordené, agarrando mi pistola del cajón del escritorio—. Cierra la puerta con llave cuando salga.

Su cabello castaño enmarcaba su rostro mientras asentía, mordiéndose el labio con preocupación. Podía ver los engranajes girando en su mente, calculando el peligro potencial. Me sorprendió que no me siguiera, pero cerró de golpe la puerta de la oficina y la cerró con llave.

Corrí hacia el vestíbulo, mi corazón latía como un tambor de guerra en mis oídos. Al llegar, vi a tres hombres tirados en el suelo, mientras James, nuestro mayordomo, les apuntaba con su Glock. Mis hombres corrían en su ayuda, sus rostros una mezcla de shock y determinación. Me di cuenta de que la situación estaba bajo control, pero eso no alivió mi tensión.

—James —ladré, mi voz profunda resonando por el vestíbulo—. Explica qué demonios está pasando aquí.

El mayordomo mantuvo su compostura tranquila mientras respondía:

—Señor Romano, estos tres hombres buscan refugio de Bianchi. Arruinaron una operación y Bianchi amenazó con matar a sus familias frente a ellos. Huyeron, sacaron a sus familias de la ciudad, y ahora quieren derribar a Bianchi antes de que los encuentre.

Sus expresiones desesperadas me hicieron creer su historia, pero me pregunté si quería hombres que arruinarían una operación. Hice un gesto a Enzo, uno de mis hombres de mayor confianza.

—Enzo, átales las manos con bridas y ayúdales a levantarse.

Mientras mis hombres les ayudaban a levantarse, observé la escena ante mí; los hombres de Bianchi parecían fuertes y saludables, pero sus ojos revelaban un terror profundamente arraigado. Se me ocurrió que si realmente estaban buscando protección de su propio don, debían estar desesperados. Pero, ¿realmente quería hombres que habían fallado en una operación bajo mi techo?

—Mírenme —ordené, mis ojos fijándose en los suyos por turnos. El miedo en sus rostros era lo suficientemente real, pero una parte calculadora de mi mente sopesaba los riesgos y recompensas potenciales. Siempre había sido estratégico, ingenioso en situaciones de crisis, pero

acoger a antiguos enemigos no era una decisión que debiera tomarse a la ligera.

—Señor, señor Romano, por favor, no tuvimos elección —suplicó el primer hombre, su voz tensa por el miedo—. Le contaremos todo.

—Hablen —exigí, mi mirada penetrando a cada uno de ellos—. Y no omitan ningún detalle.

—Señor, se nos asignó matar a David Ricci, el hermano de su esposa, en rehabilitación —soltó el portavoz del grupo, temblando mientras hablaba. Su revelación me envió un escalofrío por la columna y mi sangre se heló.

—¿Lastimaron a alguien durante el intento? —pregunté, tratando de suprimir la ira que hervía dentro de mí. La idea de que David fuera un objetivo bajo mi vigilancia me horrorizaba. Sin mencionar a Paulie, el hombre que envié para mantener a David a salvo.

—No, señor Romano —respondió John, su voz temblando—. Fuimos emboscados por otro hombre en el centro de rehabilitación, así que no pudimos completar la misión. Nadie resultó herido. —Sonreí. Paulie iba a recibir un aumento.

—Tuvimos que huir —dijo el tercer hombre—. El señor Bianchi dijo que mataría a nuestras familias si fallábamos. Volvimos a Nueva York y las enviamos lejos. Se ha vuelto loco, señor. Cualquiera que lo decepcione es asesinado, junto con toda su familia. Solo será cuestión de tiempo antes de que encuentre a nuestras esposas e hijos.

Esposas e hijos. Siempre habían estado fuera de los límites para la familia Romano, pero no para Bianchi.

—Por favor, señor Romano —suplicó Peter, con sudor brillando en su frente—. Le juramos lealtad. Haremos cualquier cosa que nos pida.

—¿Cualquier cosa? —reflexioné, golpeando suavemente la pistola contra mi muslo mientras consideraba sus palabras. Noté que Gary y John asentían fervientemente en acuerdo, con desesperación evidente en sus ojos. Era un riesgo confiar en estos antiguos enemigos, pero había potencial para una ventaja estratégica.

—Está bien —dije finalmente, mi voz firme y autoritaria—. Comenzarán con trabajos de bajo nivel, descargando barcos en el puerto. Y cuando no estén haciendo eso, serán interrogados por mis hombres. Les dirán todo lo que saben, creen saber o incluso sospechan sobre la organización Bianchi.

—Gracias, gracias, señor Romano —jadeó Peter, con alivio inundando su rostro.

—Su gratitud no significa nada hasta que se prueben a sí mismos —les advertí, apretando mi agarre en la pistola—. Si me traicionan a mí o a los míos, no dudaré en acabar con ustedes.

—Sí, señor —corearon, el peso de su nueva realidad asentándose sobre ellos.

—Ya que no voy a matarlos ahora, supongo que debería saber sus nombres —dije.

—Soy Peter Mahoney —dijo el primer hombre—. Y estos son Gary Hodgkins y John Testa.

Los tres hombres se veían notablemente similares, cada uno dentro de media pulgada de seis pies de altura, con cabello rubio oscuro y ojos grises como el hielo. —¿Y no son hermanos?

—No, señor —dijo Peter.

—Riccardo, me acompañarás cuando los llevemos al puerto. Mantenlos vigilados —instruí a mi amigo de la infancia y mano derecha, quien asintió solemnemente en señal de comprensión.

—Por supuesto, Nicholas —respondió Riccardo, su lealtad inquebrantable como siempre.

Cuando salimos de la casa con Peter, Gary y John a cuestas, la tensión era palpable. El viaje al puerto transcurrió en silencio, mis pensamientos consumidos por las posibles

consecuencias de esta decisión. Pero ya no había vuelta atrás; era hora de ver si estos hombres podían convertirse en activos para nuestra familia.

Al llegar al puerto, salí del coche, dejando que la brisa salada azotara mi cabello y llenara mis fosas nasales. Los sonidos de los trabajadores y la maquinaria llenaban el aire, recordándome el imperio que había construido y la responsabilidad que pesaba sobre mis hombros.

—Sígueme —ordené mientras nos dirigíamos al almacén del puerto. Dentro, encontré a George, el antiguo guardaespaldas de Liliana, organizando un envío. Levantó la mirada de su trabajo, con curiosidad en los ojos.

—George —lo saludé—, te he traído algunos trabajadores nuevos. —Señalé hacia Peter, Gary y John—. Estos hombres buscan refugio de la familia Bianchi. Afirman querer derrocar a su antiguo jefe.

George asintió, comprendiendo la gravedad de la situación. —Me aseguraré de que se pongan a trabajar y sean vigilados de cerca, señor.

—Bien —respondí, mis ojos azules taladrando los de George—. Dispara a cualquiera o a todos ellos si se salen un poco de la línea. Sin vacilación.

—Lo que usted diga, jefe —afirmó George.

Volviéndome hacia los tres hombres de Bianchi, dejé que mi mirada los recorriera, asegurándome de que entendieran la gravedad de mis siguientes palabras. —Compórtense como si sus vidas, y las vidas de sus familias, dependieran de ello. Solo cuando se hayan probado a sí mismos protegeré a sus familias.

—Juramos lealtad a la familia Romano, señor —declaró Peter, su voz firme a pesar del miedo que persistía en sus ojos. Gary y John hicieron eco de su sentimiento, y uno por uno, besaron mi anillo, sellando su compromiso.

—Recuerden este momento —les advertí, mi voz fría e implacable—. El segundo en que olviden dónde yacen sus lealtades será el segundo en que sus vidas terminen.

—¿Señor? ¿Podría concederme un momento? —preguntó George en voz baja, para que los hombres de Bianchi no pudieran oírlo.

—Por supuesto, George. ¿Qué sucede?

Miró sus zapatos y luego volvió a mirarme. —Me preguntaba cómo está la señora Romano. Sé que no tengo derecho a preguntar, no después de lo que permití que sucediera, pero dormiría mejor sabiendo que tiene un buen hombre cuidándola.

Tenía razón, no tenía derecho a preguntar, pero aun así su preocupación era conmovedora. —Está bien. Por ahora está confinada en la casa. Una vez que termine esta guerra con Bianchi, volverá a una vida normal.

El alivio inundó su rostro. —Con hombres como James y Riccardo en la casa, no pasaré ni un momento más preocupándome por ella. Gracias, señor.

Di media vuelta y salí del almacén, con Riccardo siguiéndome de cerca. Mientras subíamos de nuevo al coche, pensé en los acontecimientos que acababan de ocurrir. ¿Estaba siendo demasiado confiado? ¿Era esta decisión impulsivamente imprudente? Solo el tiempo diría si estos hombres podían ser realmente leales a la familia Romano.

Cuando Riccardo se unió a mí en el coche, sentí un renovado sentido de propósito. —Riccardo, encuentra a las familias de esos tres hombres y establece protección para ellas ahora —ordené.

—Por supuesto, jefe —respondió sin dudar, ya haciendo llamadas para poner las cosas en marcha.

Mientras regresábamos a la mansión, mi mente divagó hacia Liliana. Pensé que su

influencia en mí se hacía cada vez más evidente. En el pasado, podría haber estado menos inclinado a ofrecer protección a las familias de antiguos enemigos, pero ahora, la idea de dejar a mujeres y niños en peligro era inconcebible. Me encontré sonriendo al pensar en cómo ella me había cambiado, convirtiéndome en un hombre que no solo buscaba poder y control, sino que también valoraba la seguridad y el bienestar de los demás.

Este nuevo lado más protector de mí era algo que nunca pensé que abrazaría. Sin embargo, al considerar las posibilidades futuras, me di cuenta de que era una parte esencial de en quién me estaba convirtiendo y quién quería ser. Un don que ejercía el poder con mano firme, pero también ofrecía seguridad y lealtad a aquellos que se probaran dignos.

—Las cosas están cambiando, Riccardo —dije, mirando por la ventana el paisaje urbano que pasaba—. Y tengo la sensación de que están cambiando para mejor.

—El cambio puede ser bueno, jefe —coincidió Riccardo, su voz llena de lealtad inquebrantable—. Especialmente cuando viene del corazón.

Durante el viaje, pensé en George y su preocupación por Liliana. Era evidente que aún se preocupaba profundamente por su seguridad, incluso después de haber sido reasignado al almacén. Una pequeña punzada de arrepentimiento me golpeó; ¿había sido demasiado duro al castigarlo por su error anterior? Me encontré sopesando los pros y los contras de posiblemente traerlo de vuelta a trabajar en la casa.

—Nicholas —dijo Riccardo, interrumpiendo mis pensamientos—. Has estado callado desde que salimos del almacén. ¿Está todo bien?

—Riccardo, ¿crees que tomé la decisión correcta con George? —pregunté, buscando la orientación de mi amigo de confianza—. ¿Crees que hay una posibilidad de que pueda redimirse?

—Jefe, la gente comete errores —respondió Riccardo con sinceridad—. George es leal a la familia, y siempre ha estado dedicado a proteger a la señora R. Si hace un buen trabajo con esos tres hombres de Bianchi, tal vez valga la pena considerar darle una segunda oportunidad.

—Gracias, Riccardo —dije, apreciando genuinamente su opinión—. Lo tendré en cuenta.

Capítulo 6

Liliana

En el momento en que entré en la habitación, supe que algo andaba mal. Nicholas había estado inusualmente callado toda la noche, y ahora estaba de pie junto a la ventana, su alta silueta enmarcada por la luz de la luna, perdido en sus pensamientos. Había estado así durante la mayor parte de la semana y aún no me había dicho por qué.

—¿Nicholas? —aventuré titubeante—. ¿Está todo bien?

Su mirada se dirigió hacia mí, y por un momento, vi un destello de vulnerabilidad en esos ojos habitualmente dominantes. Exhaló profundamente y señaló hacia el sofá.

—Liliana, hay algo de lo que tenemos que hablar, algo que descubrí recientemente.

—¿Qué es? ¿Está todo bien?

Tomó mi mano entre las suyas y la apretó con fuerza.

—Me temo que no.

Mi corazón se me subió a la garganta mientras lo seguía al sofá. ¿Qué podría ser tan importante como para poner una expresión tan sombría en su rostro? Un pensamiento terrible se filtró en mi mente. ¿Podría ser que no pudiera engendrar hijos? La idea me aplastó como un tornillo, pero me armé de valor. Era mi esposo y lo amaba profundamente. Podríamos adoptar niños, construir nuestra familia de otra manera. No importaba cómo llegaran a nosotros, siempre y cuando estuviéramos juntos.

Nicholas se sentó en el sofá, sus anchos hombros tensos, y pude ver cómo se preparaba para cualquier revelación que estuviera a punto de compartir. Verlo tan serio, tan preocupado, hizo que mis palmas sudaran y mi corazón se acelerara. Tomó mis manos entre las suyas, y traté de prepararme para lo peor.

—Antes de decir nada, Liliana —comenzó Nicholas, con voz baja y grave—, quiero que sepas que esta información también me sorprendió, y mi única preocupación es tu bienestar.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho. ¿Qué podría tener que decirme que afectaría mi bienestar? El miedo empezó a infiltrarse en mi mente mientras esperaba que continuara.

Asentí, tragando saliva con dificultad.

—Solo dímelo, Nicholas. Sea lo que sea, lo enfrentaremos juntos.

Dudó por un momento antes de finalmente hablar.

—Es sobre tu padre y su posible implicación en la muerte de tu madre. —Su agarre se apretó alrededor de mis manos como si se preparara para el impacto—. Recientemente descubrí que tu padre estaba con tu madre solo unos minutos antes de que muriera.

Mi mundo dejó de girar, y sentí como si me hubieran abofeteado. La habitación se difuminó frente a mí, y me costaba respirar. ¿Mi padre? ¿Con mi madre justo antes de su muerte? No tenía sentido. Él siempre había dicho que estaba al otro lado de la ciudad cuando sucedió, lleno de remordimiento por no haber estado allí para protegerla.

—¿Estás... estás seguro? —logré articular, con voz apenas audible.

—No tenemos todas las pruebas, pero las suficientes como para que debieras saberlo —

respondió Nicholas, con los ojos llenos de simpatía—. No quería mostrarte las fotos y los vídeos sin explicártelo primero.

Mi corazón se retorció en mi pecho, dividido entre la incredulidad y un temor escalofriante. Si lo que Nicholas decía era cierto, entonces mi padre era un mentiroso aún más grande de lo que jamás pensé. Mentía a sus hombres, mentía a otras familias de la mafia, nos mentía a David y a mí, pero nunca pensé que mentiría sobre algo tan importante.

—Por favor, muéstramelo —dije, con voz temblorosa.

Mi mente recorrió los recuerdos de mi madre. Sus cálidos abrazos, su dulce voz cantándome para dormir, sus ojos rebosantes de amor cada vez que me miraba. Ella había sido el centro de mi mundo, la presencia tranquilizadora en una vida llena de caos y peligro. Perderla había dejado un vacío dentro de mí que nunca pude llenar del todo. Una vez que murió, todo mi mundo cambió. Mi padre, a quien recordaba severo pero cariñoso, se volvió frío e insensible conmigo. Solo sonreía para David, sin importar lo que yo hiciera para sobresalir ante mi hermano.

Cuando Nicholas regresó, su rostro estaba grabado con preocupación. Me entregó la carpeta de fotografías y varios CD y dudó, como si no estuviera seguro de si decir algo más. Los tomé de él, con las manos temblorosas, y comencé a hojear las fotos lentamente.

Cada imagen parecía confirmar lo que me había dicho. Había fotos de mi padre y mi madre juntos, apenas minutos antes de su muerte. En una, mi padre parecía muy enojado. No podía reconciliar al hombre que siempre pensé que amaba a mi madre con la persona que veía en estas fotos, y me desgarraba como mil cuchillos.

—Nicholas —dije, con la voz apenas manteniéndose firme—, siempre me dijo que no estaba allí. Que deseaba haber podido estar allí para salvarla. Pero estas... estas muestran lo contrario.

La realización de que mi padre me había estado mintiendo todos estos años me golpeó como una tonelada de ladrillos. Podía sentir cómo los cimientos de mi mundo se desmoronaban bajo mis pies, y luché por aferrarme a algún sentido de realidad.

Nicholas se sentó a mi lado, su mano descansando suavemente sobre mi hombro.

—Lo siento mucho, cara mia —dijo suavemente—. Sé que esto debe ser difícil para ti.

Me volví para mirarlo, con la visión borrosa por las lágrimas.

—¿Por qué? —logré articular—. ¿Por qué haría esto? ¿Por qué mentiría sobre algo así?

Nicholas suspiró, con una expresión afligida. —Tu padre... es un hombre complicado. Hace las cosas por sus propias razones y a menudo no le importa quién salga herido en el proceso.

—Él sabía cuánto amabas a tu madre, y si realmente la mató, no te lo diría. Y recalco, cara mia, que eso es un gran sí. Hasta ahora, las fotos y los videos en los CDs han sido autenticados, pero puede que no cuenten toda la historia.

¿Cómo podía confiar en mi padre ahora, sabiendo que me había mentido sobre algo tan fundamental? ¿Y qué significaba esa mentira para nuestra familia, para toda mi vida hasta este momento?

Mi corazón se sentía pesado en el pecho mientras miraba de nuevo las fotos en mis manos. El rostro sonriente de mi madre me devolvía la mirada, y me pregunté si ella conocía la verdad sobre mi padre.

—¿Ella lo sabía? —pregunté, apenas pudiendo articular las palabras.

—No lo sé con certeza —respondió Nicholas honestamente—. Pero no me sorprendería si lo supiera.

Mi mente se inundó de preguntas y emociones, pero una se destacaba entre todas: el dolor. El dolor de perder a mi madre otra vez, esta vez sabiendo que su muerte podría haberse evitado.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté, sintiéndome perdida e insegura.

Nicholas dudó antes de hablar de nuevo. —Esperamos hasta saber exactamente qué sucedió. Luego tú decides qué pasa después. Podemos enfrentarlo juntos, podemos ir a la policía con lo que tenemos, o podemos no hacer nada. Depende de ti.

Mi corazón se aceleró ante la idea de enfrentar a mi padre con información tan condenatoria. Pero en el fondo, sabía que era algo que debía hacerse.

—De acuerdo —dije con determinación, secándome las lágrimas.

—¿Estás segura de que estás lista para esto? —preguntó Nicholas con cautela.

Respiré profundamente y asentí. —Sí, tengo que saber la verdad.

Nicholas puso una mano suave sobre mi hombro, sus penetrantes ojos azules llenos de preocupación. —Ese tipo de mentira apunta más a la culpabilidad de Giovanni que a su inocencia —dijo suavemente. Sabía que estaba tratando de ser honesto conmigo, pero sus palabras solo avivaron el fuego que se había encendido en mi interior.

—¡Maldito sea! —grité, con la ira y la frustración desbordándose. Agarré un jarrón de la mesa de café y lo lancé contra la pared, haciéndolo añicos. El sonido resonó por la habitación, reflejando el caos en mi corazón.

—¡Maldito sea por mentirme todos estos años! —continué, cogiendo un marco de fotos y lanzándolo a la chimenea, haciendo que el cristal se astillara a mi alrededor como pequeños fragmentos de mi confianza rota. Las lágrimas fluían libremente ahora, mezclándose con el rojo furioso que nublaba mi visión.

—¡Maldito sea por hacerme dudar de todo lo que he conocido! —Mis manos encontraron otro objeto para lanzar, pero Nicholas atrapó mi muñeca con suavidad, deteniendo el impulso.

—Basta, Liliana —dijo en voz baja, atrayéndome hacia su fuerte abrazo. Su calor me envolvió mientras sollozaba contra su pecho, lamentando la pérdida del padre que creía haber conocido. Permitiéndome llorar por la madre que había perdido demasiado pronto.

—Shh, cara mia, desahógate —dijo, acariciando mi cabello con ternura.

Mi cabeza descansaba contra el pecho de Nicholas, el ritmo constante de su corazón proporcionaba un pequeño consuelo en medio de mi tormento. Me sostenía cerca, una mano acariciando suavemente mi cabello, mientras la otra me rodeaba firmemente la cintura. Su abrazo era a la vez tierno y protector, como si pudiera escudarme del dolor con la fuerza de sus brazos solamente.

—Escúchame, Liliana —dijo suavemente, su voz resuelta pero gentil—. Aún no se ha probado nada. Te prometo que descubriré la verdad sobre tu padre, sea cual sea. Y sin importar lo que descubramos, siempre estaré aquí para ti, en cada paso del camino.

Sus palabras eran un bálsamo para mi corazón herido. Pero aun así, la incertidumbre corrosiva amenazaba con consumirme. Me aparté un poco, mirándolo con ojos llenos de lágrimas.

—Los videos dan una imagen mucho más completa de las últimas horas de tu madre. Se detienen unos diez minutos antes de la llamada al 9-1-1, así que puede que nunca sepamos exactamente qué pasó.

Ella tomó el CD. —No puedo ver los videos. No todavía.

—Por supuesto, Liliana —dijo suavemente, con comprensión en sus ojos—. Yo me encargaré de ello. No tienes que enfrentar esto sola.

—Gracias, Nicholas —dije, con la voz temblorosa y quebrada. Él me dio una pequeña sonrisa tranquilizadora, y supe que haría cualquier cosa en su poder para descubrir la verdad.

—Guardemos esto por ahora —sugirió, recogiendo cuidadosamente las fotos en su sobre y colocando el CD dentro. Con un toque suave, me apartó de la evidencia y me llevó de vuelta al sofá, donde nos sentamos juntos. Me apoyé en él, buscando consuelo en su fuerza y apoyo inquebrantable.

—Pase lo que pase con esto, Liliana, quiero que sepas que nunca dejaré de amarte —murmuró contra mi cabello, su aliento cálido en mi cuero cabelludo—. Encontraremos justicia para tu madre, sin importar a dónde nos lleve. Te lo prometo.

Capítulo 7

Liliana

Allí estaba yo, sola en nuestra habitación, con mi mano acariciando tiernamente la pequeña curva de mi vientre. El peso de mi secreto me agobiaba, y sabía que tendría que contárselo pronto. Era consciente de que Nicholas tenía mucho entre manos en ese momento, y la preocupación por mí y el bebé podría distraerlo de otros asuntos que requerían su atención. Me dolía el corazón al pensar en ocultárselo, pero también sabía que la supervivencia de la familia Romano dependía de su concentración.

Me encontré caminando nerviosamente por nuestra habitación, ensayando lo que le diría. Nunca habíamos hablado realmente sobre tener hijos o métodos anticonceptivos, y no sabía si él quería tener hijos en absoluto.

Mi mente divagó hacia cuando nos conocimos, un romance relámpago que nos llevó a este momento. Nicholas siempre estuvo tan centrado en el negocio familiar, y yo nunca quise distraerlo de eso. Pero ahora, con un bebé en camino, todo se sentía más complicado.

Mi mente vagaba, como buscando consuelo en el silencio que me rodeaba. Mientras caminaba de un lado a otro sobre la mullida alfombra, el silencio interrumpido solo por los suaves golpes de mis pasos, me pregunté si algunas buenas noticias serían bienvenidas en medio de todo lo demás que estaba sucediendo.

Quizás necesita algo positivo a lo que aferrarse, pensé.

Me detuve frente al espejo alto, examinando mi reflejo. Los ojos marrones oscuros que me devolvían la mirada estaban llenos de alegría y anticipación, y supe que no había forma de que pudiera mantener este secreto por mucho tiempo. Mi mano se movió automáticamente hacia mi vientre, sintiendo la suave curva que apenas era perceptible aún. Pero para mí, se sentía como un faro gigante, transmitiendo mis noticias a cualquiera que me mirara.

Miré mi reloj y me di cuenta de que Nicholas terminaría de trabajar pronto. Había estado encerrado en su estudio durante horas, revisando todo lo que podía encontrar sobre la muerte de mi madre. No podía soportar estar allí mientras él, Riccardo, Enzo y los otros hombres hablaban sobre mis padres.

La puerta se abrió y Nicholas entró en la habitación. Su figura alta y de hombros anchos llenó el marco de la puerta, el cabello negro azabache ligeramente despeinado por pasarse los dedos a través de él durante las largas horas de trabajo. Sus ojos se dirigieron inmediatamente a mi expresión ansiosa, y la preocupación se grabó en su apuesto rostro.

—Cariño —dijo, con la voz teñida de preocupación—, ¿qué pasa? Te ves inquieta.

Dudé por un momento, tratando de encontrar las palabras adecuadas. Esto no se trataba solo de mí o del bebé; se trataba de nosotros, de nuestro futuro juntos. Se trataba del amor que compartíamos y la fuerza que nos había mantenido unidos a través de todas las pruebas que habíamos enfrentado, tanto dentro de nuestra familia como en el mundo exterior.

—Nicholas —dije apresuradamente—, hay algo que debes saber.

—Adelante, Liliana. Puedes decirme lo que sea —me instó Nicholas suavemente.

—Yo... fui al médico hoy —balbuceé, sintiendo una oleada de emoción invadirme—. Y... estoy embarazada.

Por un momento, hubo un silencio completo en la habitación. El rostro de Nicholas permaneció indescifrable mientras procesaba la noticia. Finalmente habló, con voz baja y firme.

—¿Embarazada? —repitió—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—No hace mucho —admití—. Unas semanas. Pero quería estar segura antes de decírtelo.

—Por eso has estado actuando tan extraño últimamente —dijo suavemente, casi para sí mismo.

—No quería agobiarte con esto durante todo lo demás que está pasando con la familia —expliqué.

La expresión de Nicholas se suavizó y me atrajo hacia sus brazos, abrazándome fuertemente contra su pecho. —Nunca podrías ser una carga para mí —me aseguró.

—¿Estás segura? —preguntó con cautela, tratando de ocultar su propia emoción y vulnerabilidad.

—Absolutamente —respondí con confianza, sintiendo una nueva fuerza dentro de mí—. Vamos a ser padres, Nicholas.

Cruzó la habitación en tres zancadas para tomarme en sus brazos. —Esta es la mejor noticia, Liliana —dijo contra mi cabello, su aliento caliente en mi oído—. Moriría por ti y por nuestro hijo.

Mi corazón se hinchó ante sus palabras, una mezcla agri dulce de amor y miedo. Conocía la profundidad de su devoción, pero también comprendía el peso de la responsabilidad que conllevaba. Como esposa de un jefe de la mafia, estaba bien versada en la delicada danza entre el amor y el poder. —Esperemos que nunca llegue a ese punto.

Nicholas se echó hacia atrás mientras estallaba en una risa jubilosa. —No podría estar más feliz con esta noticia, mia cara —me dijo, su voz cargada de emoción.

Un escalofrío recorrió mi columna mientras asimilaba sus palabras. En nuestro mundo, los símbolos lo eran todo; llevaban poder y exigían respeto. Nuestro hijo nacería en un legado de dominio y control, su mera existencia sería un testimonio del vínculo inquebrantable entre Nicholas y yo. Sabía que teníamos que inculcarle la misma resiliencia y determinación que habían permitido a nuestras familias sobrevivir generaciones de derramamiento de sangre y traición.

—¿Estás seguro? Quiero decir, debe ser una sorpresa. Nunca hemos hablado de tener hijos, así que no sé si los quieres.

Apartó el cabello de mi rostro. —Contigo, quiero tantos hijos como estés dispuesta a darme. Uno, dos, diez: cuantos más, mejor.

Pensé que diez era exagerar, pero dos sonaba bien. Tal vez incluso tres o cuatro.

Aún envuelta en el calor de nuestro abrazo, me aparté lo suficiente para mirar a los ojos de Nicholas. La alegría que compartíamos había traído una suavidad a su mirada habitualmente intensa, y eso despertó algo dentro de mí: tal vez esperanza para el futuro, o simplemente la emoción de avanzar juntos.

—Nicholas —comencé, con la voz llena de curiosidad y anticipación a partes iguales—. ¿Cómo crees que será nuestra vida una vez que nazca el bebé?

Se tomó un momento para considerar mi pregunta, sus ojos reflejando un mundo lleno de posibilidades. —Creo que... será un nuevo capítulo para nosotros, Liliana. Uno en el que podamos construir un mundo mejor para nuestro hijo, y enseñarle lo que significa ser fuerte, amoroso y compasivo, sin dejar de ser fuerte.

Las palabras resonaron dentro de mí, haciendo eco de mis propios sueños de un futuro más brillante. —¿Cuándo crees que se unirá a nosotros nuestro pequeño? —preguntó, acariciando suavemente mi vientre aún casi plano.

—En julio, el próximo año —respondí, sintiendo una oleada de felicidad ante la idea de finalmente tener a nuestro hijo en brazos.

Un grito de alegría escapó de los labios de Nicholas, y se inclinó para capturar mi boca en un dulce beso de celebración. Cuando finalmente nos separamos, pude ver el amor en sus ojos, tan fiero e inquebrantable como siempre.

—Hablando de eso, probablemente debería ir a buscar un bocadillo a la cocina. Últimamente he estado ansiando estas combinaciones extrañas.

—Permíteme —se ofreció Nicholas, con sus instintos protectores siempre listos.

—Nicholas, no necesitas hacer todo por mí. A veces, necesito hacer las cosas por mí misma —dije suave pero firmemente, consciente de su tendencia a tomar el control en todos los aspectos de nuestras vidas—. Además, ahora que lo sabes, no puedo esperar para contárselo a Sophia.

—Está bien, pero nada de subir escaleras —cedió, entendiendo la importancia de mi independencia—. ¿Puedo compartir nuestra noticia? Los hombres necesitan saberlo, por seguridad.

Sonreí. Supuse que algunos de ellos necesitaban saberlo, en caso de una emergencia médica, pero dudaba que el jardinero necesitara estar al tanto.

—Por supuesto —acepté, mi corazón hinchándose de amor por este hombre que se había convertido en mi roca en los mares tormentosos de nuestras vidas—. Pero planeemos un anuncio formal más adelante, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió, con los ojos iluminados por la emoción del futuro que estábamos forjando juntos.

Con un último beso prolongado, dejé el santuario de nuestra habitación y bajé las escaleras hacia la cocina. Mientras reunía helado de nuez y arce, salsa sriracha y tocino, sentí una renovada sensación de esperanza. Nuestra familia sería lo que hiciéramos de ella, y estaría llena de amor.

Capítulo 8

Liliana

Al abrir Sophia la puerta de su habitación, sentí una ligera emoción ante la perspectiva de compartir mis noticias con ella. Nos sentamos en el borde de la cama, una frente a la otra. La variedad de comida que había traído conmigo pareció llamar su atención: helado de nuez y arce, salsa sriracha y tocino.

—¿Hay algo que quieras decirme, Liliana? —preguntó Sophia, mirando la comida con curiosidad.

Dudé por un momento, sintiéndome de repente insegura. Sophia había sufrido dos relaciones terribles en el último año, y me preocupaba que no estuviera tan feliz por mí como yo esperaba. Con un profundo suspiro, dejé que mi mano descansara instintivamente sobre mi vientre.

—En realidad, sí hay algo —admití, con voz apenas audible—. Estoy embarazada.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotras, su peso presionando sobre nuestros pechos. Por un momento, todo lo que llenó la habitación fue el sonido de nuestra respiración y el tictac del reloj en la pared. Mi corazón latía con fuerza en mis oídos, y observé cuidadosamente el rostro de Sophia, tratando de evaluar su reacción. Sabía que ella nunca me lastimaría intencionalmente, pero temía que el dolor de su propio pasado pudiera impedirle compartir mi felicidad.

Los ojos de Sophia se ensancharon, la emoción en ellos casi palpable. Juntó las manos y chilló con una alegría que no había visto en ella durante meses.

—¡Liliana! ¡Qué noticia tan maravillosa!

—Gracias —dije, sonriendo ante su genuina felicidad por mí. Pero el peso de mis preocupaciones pronto volvió a arrastrarse, proyectando una sombra sobre mi corazón. Dudé antes de continuar, mi voz teñida de preocupación—. Pero Sophia, tengo miedo. Con esta guerra en curso entre nuestra familia y los Bianchi... ¿Y si intentan usarnos a mí o al bebé como peones?

Pude ver la preocupación en los ojos de Sophia mientras consideraba mis temores, pero no dudó en tranquilizarme.

—Eres fuerte, Liliana. Y sé que Nicholas hará todo lo que esté en su poder para mantenerlos a ambos a salvo.

—Tal vez —concedí, mordiéndome el labio. Mis ojos marrones oscuros reflejaban el dolor y el miedo que se habían vuelto demasiado familiares durante estos tiempos tumultuosos—. Pero este niño nacerá en un mundo de violencia y peligro. La vida misma que llevamos pone en riesgo una vida inocente.

—Entiendo tus preocupaciones, Liliana —dijo Sophia suavemente, extendiendo la mano para tocar mi brazo en un gesto de consuelo—. Pero piénsalo: este bebé también está naciendo en una familia llena de amor y lealtad. Tú y Nicholas se tienen el uno al otro, y tendrán a este niño para querer.

—Nicholas nunca permitiría que les pasara nada a ti o al bebé —insistió Sophia, su voz llena de convicción.

La miré, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya ha pasado una vez —dije, mientras una visión de mi pasada experiencia llenaba mi mente—. Fui secuestrada por Luca Carbone y retenida en su sótano hasta que Nicholas me rescató.

Sophia jadeó, su mano voló para cubrirse la boca.

—Oh, Liliana... No tenía idea. ¿Cómo pude no saberlo?

—No quería que nadie lo supiera. Fue... aterrador —mi voz tembló al recordar el sótano frío y oscuro donde pasé días temiendo por mi vida. El olor a tierra húmeda y la sensación de impotencia aún me perseguían.

—Luca Carbone es un monstruo —dijo Sophia, su voz apenas más que un gruñido—. Y aun así pudiste escapar de él, gracias a Nicholas.

—Nicholas me salvó —estuve de acuerdo, sintiendo una oleada de gratitud hacia mi esposo—. Pero ¿qué podría pasar si nuestros enemigos se enteraran de este bebé? No se detendrían ante nada para usarlo en nuestra contra.

Fue entonces cuando Sophia comprendió.

—Oh, así que por eso Jocelyn y Abby están en la casa —dijo—. Al menos Nicholas las está cuidando mejor de lo que Carbone te cuidó a ti. No las está tratando como prisioneras.

Negué con la cabeza, tratando de corregir su suposición.

—No, no es eso en absoluto. Jocelyn me suplicó que las liberara de Luca. Nicholas y sus hombres volvieron a rescatarlas porque yo prometí que lo harían.

—Luca debe estar furioso —comentó Sophia, entrecerrando los ojos con desprecio—. Pero es bueno que estén bajo la protección de Nicholas. Tú y él tienen unos corazones tan grandes, Liliana. Por supuesto que lo espero de ti, pero ¿de Nicholas? No es nada como pensaba que era.

—Solo quiero que nuestro bebé crezca sin este miedo constante sobre nosotros —le confesé a Sophia, sintiendo el peso de mis preocupaciones—. Quiero que nuestro hijo tenga la oportunidad de una vida normal, a pesar de todo.

Sophia extendió la mano y apretó la mía suavemente.

—Tú tuviste una vida bastante normal, ¿verdad? Puedes asegurarte de que el bebé también la tenga.

Estoy segura de que mi vida parecía normal desde fuera, pero yo conocía los protocolos de seguridad, los guardaespaldas invisibles, los cambios de último minuto debido a amenazas que llenaron mi infancia. Sophia no había visto nada de eso porque yo desesperadamente quería tener una amiga que no me tratara como una princesa de la mafia.

Abrí el helado y me ofrecí a servirle un poco a Sophia. Ella negó con la cabeza.

—Tú te lo pierdes, porque lo voy a cubrir de salsa sriracha.

Hizo una mueca cuando comencé a verter la salsa picante sobre mi helado.

—La verdadera pregunta es si me seguirá gustando esta combinación después de que nazca el bebé. Nadie habla nunca de los antojos posparto.

—Creo que las mujeres que acaban de tener hijos anhelan dormir más que cualquier otra cosa —dijo Sophia.

—A veces me pregunto qué tan normal era realmente mi vida —admití, desviando la mirada hacia el suelo mientras pensaba en el pasado—. Pero tienes razón. Al menos sé lo que es una vida normal por ser tu amiga.

Sophia pareció confundida por un momento, frunciendo el ceño mientras consideraba todo lo que acabábamos de discutir.

—Debo no entender para nada esta vida de la mafia —dijo lentamente—. Pensaba que se trataba de matar a tus enemigos y ser el criminal más grande. Pero por lo que he visto, se trata de proteger a tu familia y a los demás.

—Créeme, todavía hay mucha oscuridad en nuestro mundo —respondí, reconociendo la verdad en sus palabras pero queriendo que entendiera que el peligro siempre acechaba cerca—. Pero es cierto que la familia y la lealtad son el núcleo de todo.

—Hablando de familia —los ojos de Sophia brillaron mientras miraba mi vientre—, ¿puedo tocar? —preguntó tentativamente.

—Por supuesto —asentí—, pero aún no hay mucho que tocar, y ciertamente no podrías sentir al bebé moverse.

Sin desanimarse, Sophia colocó suavemente su mano sobre mi abdomen, sus ojos encontrándose con los míos con una calidez que irradiaba puro amor y alegría. En ese momento, sentí una inexplicable sensación de paz que me invadía, como si de alguna manera todo fuera a salir bien.

—Muy bien entonces —sonrió Sophia—, ¿cuándo nacerá el bebé?

—En julio —respondí, sintiendo una repentina emoción al compartir esta noticia con mi amiga más cercana.

—¿En serio? ¡Ese es también mi mes de cumpleaños! ¡Quizás nos convirtamos en gemelas de cumpleaños! —exclamó, su entusiasmo contagioso—. Si eso sucede, y el bebé es una niña, deberías ponerle Sophia como segundo nombre.

—Trato hecho —me reí, conmovida por su sugerencia. Se sentía bien disfrutar de estas conversaciones normales y cotidianas, un pequeño respiro de la peligrosa realidad que nos rodeaba.

Los ojos de Sophia brillaron mientras comenzaba a hablar de todas las cosas que podríamos hacer para celebrar.

—¡Deberíamos organizarte un gran baby shower! Podemos invitar a todos y tener juegos, regalos y...

—Espera —la interrumpí suavemente, sin querer desanimarla pero sabiendo que debía ser práctica—. Aprecio la idea, pero un baby shower no es una buena idea. Puedo comprar todo lo que necesite para el bebé, y además, es un riesgo de seguridad que no me siento cómoda tomando, no mientras la guerra con la familia Bianchi siga en curso.

El rostro de Sophia decayó, pero asintió comprendiendo.

—Tienes razón, Liliana. Solo me dejé llevar. La seguridad siempre es lo primero.

—Gracias, Sophia —dije, agradecida por su apoyo inquebrantable. Decidiendo cambiar de tema, recordé una cena reciente que había llamado mi atención—. Entonces, ¿qué pasó en esa cena donde tú y Riccardo no dejaban de mirarse? He notado que no ha sido nuestro guardia de cena desde entonces. ¿Pasó algo cuando te acompañó a tu habitación?

Las mejillas de Sophia se sonrojaron intensamente, y se mordió el labio, de repente mirando a todas partes menos a mí.

—¡No lo hiciste! —exclamé, medio en broma y medio en serio, insinuando que se había llevado a Riccardo a su cama.

—¡Por supuesto que no, Liliana! —exclamó Sophia, aún sonrojándose furiosamente—. La verdad es que estuvo bastante rígido y formal conmigo. Pero a la mañana siguiente, había rosas en mi puerta, y estoy bastante segura de que eran de él.

Mis ojos se abrieron de sorpresa. ¿Riccardo D'Amico, el amigo de la infancia y mano derecha de Nicholas, llevando rosas a Sophia? Las implicaciones de este desarrollo eran tanto fascinantes como preocupantes. Riccardo era ferozmente leal a Nicholas, y esto podría ser una complicación seria.

—¿Rosas? —reflexioné en voz alta, estudiando la expresión azorada de Sophia—. Eso es inesperado. Son hermosas, estoy segura, pero... ten cuidado, Sophia. Conoces las complejidades de nuestro mundo, especialmente cuando se trata de asuntos del corazón.

Sophia asintió, sus ojos llenos de comprensión.

—Lo sé, Liliana. Seré cautelosa. Lo prometo.

—Bien —dije, apretando su mano de manera tranquilizadora.

—Te mantendré informada sobre cualquier novedad —dijo Sophia, rompiendo el silencio—. Cuéntame más sobre tus planes para la habitación del bebé. ¿Has pensado en algún tema o colores?

Miré mis manos, frotando inconscientemente mi vientre aún plano.

—No le he dado mucha consideración, para ser honesta. Todo ha sido tan caótico últimamente.

—Vamos —dijo Sophia, levantándose de la cama y tirando de mí—. Vamos a asaltar la cocina en busca de más helado y a planear la habitación de tus sueños para el bebé. No podemos dejar que el miedo o los Bianchi nos roben nuestra alegría esta noche.

—Suenas como un plan —respondí, siguiéndola, nunca más agradecida por su amistad.

Capítulo 9

Liliana

Mi corazón latía aceleradamente mientras caminaba de un lado a otro en el gran vestíbulo de la mansión Romano. Cada segundo parecía una eternidad mientras esperaba ansiosamente la llegada de David. Habían pasado meses desde que lo enviaron a rehabilitación, y había tanto que necesitaba decirse, especialmente sobre la investigación de Nicholas sobre nuestro padre.

El repentino sonido de un coche llegando afuera me hizo detenerme, y me apresuré hacia la puerta principal, ansiosa por saludar a mi hermano. Mi mano se extendió hacia el pomo de la puerta, pero James, nuestro estoico mayordomo, se interpuso entre nosotros. —Seguridad —dijo, con un tono educado pero firme.

—Por supuesto —suspiré, mis ojos marrones oscuros desviándose hacia la ventana junto a la puerta. Aunque aún no podía ver a David, sabía que pronto saldría del vehículo que había venido a traerlo a casa. Mi pecho se tensó con una mezcla de anticipación y temor, preguntándome en qué estado estaría después de todo este tiempo separados.

David, mi único hermano que una vez fue mi roca, mi luz guía. Había sido preparado para hacerse cargo del negocio familiar Ricci, pero su adicción al juego lo había llevado por un camino oscuro. Recordé las noches en que discutíamos, mi voz ronca de tanto gritar, mis ojos rojos e irritados de tanto llorar. No podía entender por qué elegía tirar por la borda todo lo que nuestra familia había construido, mientras que él lo veía como su única escapatoria del aplastante peso de las expectativas.

—Signora —anunció James, su voz devolviéndome al presente—. Su hermano ha llegado.

—Gracias, James —murmuré, con los ojos clavados en la ventana mientras David finalmente salía del coche. Aunque había esperado una apariencia más saludable y renovada después de su tiempo en rehabilitación, se veía cansado y desgastado. Mi corazón se encogió al verlo, los recuerdos de nuestro estrecho vínculo de antaño inundándome mientras se acercaba a la puerta.

Tan pronto como James abrió la puerta, me lancé a los brazos de David, abrazándolo fuertemente contra mí. Una mezcla de alivio y preocupación me invadió, amenazando con abrumar mis sentidos. —David, te he echado tanto de menos —susurré en su oído, mi voz temblando de emoción.

Él me devolvió el abrazo, sus fuertes brazos envolviéndome en una calidez familiar y reconfortante. —También es bueno verte, Liliana —dijo, su propia voz teñida de tristeza—. Me habría gustado verte también en los días de visita.

La culpa me apuñaló el pecho, y me aparté ligeramente, mirando sus ojos cansados. —Lo siento, David —me disculpé sinceramente, el arrepentimiento pesando en mi lengua—. Las cosas han sido... complicadas.

—¿Complicadas? —Alzó una ceja, claramente poco convencido. Pero por ahora, optó por no insistir más en el tema.

—Centrémonos en el presente —dije, intentando desviar la conversación de mis defectos—. Ahora estás en casa, y afrontaremos lo que venga juntos, como una familia.

Un hombre alto y musculoso de aspecto rudo siguió a David al entrar en la casa, sus pesados pasos resonando en el vestíbulo. Mis ojos se entrecerraron mientras lo estudiaba, reconociéndolo como Paulie, el hombre de Nicholas que había fingido tener una adicción al juego para vigilar a mi hermano.

—David —dije, guiándolos hacia la sala de estar—, ¿por qué no nos sentamos todos? Debes estar agotado. —Los mullidos sofás de cuero nos invitaban, ofreciendo un santuario temporal del torbellino de emociones que amenazaba con consumirme.

—¿Puedo ofreceros algo? —pregunté, alternando mi mirada entre David y Paulie.

—Una copa estaría bien —respondió David, frotándose los ojos cansados—. No había alcohol en rehabilitación.

—Lo mismo para mí —añadió Paulie, su voz áspera haciendo juego con su apariencia.

—Por supuesto —asentí, esperando que mi hermano no cambiara una adicción por otra. Mientras me giraba para servir las bebidas, David habló.

—Oye, Liliana, este es Paulie. Nos conocimos en rehabilitación; es un buen tipo. —Sus palabras eran sinceras, pero había una tensión subyacente que no podía descifrar del todo. Paulie ofreció un pequeño asentimiento, y yo se lo devolví, decidiendo no revelar lo que sabía sobre su verdadero propósito.

—Encantada de conocerte, Paulie —dije, forzando una sonrisa.

Mientras servía el whisky, mis manos temblaban ligeramente y me perdí en mis pensamientos. ¿Cuánto tiempo tendría que mentirle a mi hermano sobre Paulie? Tendría que preguntarle a Nicholas antes de decirle algo a David.

Al girarme, les entregué un vaso a cada uno, observando cómo tomaban sorbos lentos y deliberados. El líquido ambarino pareció aflojar algo dentro de David, y pude ver cómo las sombras en sus ojos retrocedían ligeramente.

—Gracias, Liliana —dijo, con voz cálida y agradecida.

—Ha pasado demasiado tiempo.

—Demasiado tiempo —coincidí, observándolo de cerca en busca de señales de engaño—. Lamento no haberte visitado mientras estabas fuera, David. Las cosas han estado... ocupadas aquí.

Miró alrededor de la opulenta habitación, entrecerrando los ojos ante las nuevas adiciones que adornaban nuestra casa familiar. Pude ver cómo la frustración crecía dentro de él, su agarre apretándose alrededor del vaso.

—¿Ocupadas? ¿Así es como lo llamas? —su voz se elevó, las palabras impregnadas de amargura—. Mientras yo sufría tortura psicológica en rehabilitación, tú te casabas con la mejor familia mafiosa de la ciudad.

—David —intervine, tratando de mantener mi voz calmada y firme—, sabes que no fue así. Mi matrimonio con Nicholas estaba destinado a protegernos a todos, incluyéndote a ti.

—¿Protegernos? —se burló, tomando otro trago de whisky—. Estamos más enredados en este mundo retorcido que nunca, Liliana. Cuando papá juró lealtad a tu marido, nos arrastró aún más a la disputa entre los Romano y los Bianchi.

Escuchar la ira y la decepción en la voz de mi hermano me dolió profundamente, un dolor punzante que se asentó en la boca de mi estómago. En mi corazón, sabía que decía la verdad. Pero no podía permitirme reflexionar sobre las consecuencias de mis acciones, no cuando había tanto en juego.

—Odiaba decirlo, pero debía saberlo—. Es una guerra total ahora, David. No discutamos sobre esto ahora. Somos familia y debemos permanecer unidos.

Suspiró pesadamente, bebiendo lo último de su whisky de un solo trago. Su mirada se encontró con la mía, oscura y llena de una tristeza no expresada que me hizo estremecer.

—Familia —repitió, la palabra cargada de una miríada de emociones no expresadas—. Sí, Liliana, somos familia. Y no tengo intención de olvidarlo.

—Yo tampoco —dije.

En ese momento, Nicholas entró a zancadas en la sala de estar. Su presencia imponente llenó la habitación, y David inmediatamente se calló, sabiendo cuándo guardar silencio. Los penetrantes ojos azules de Nicholas se clavaron en David, y extendió una mano hacia él.

—David —dijo, con voz profunda y firme—. Ha pasado demasiado tiempo.

David dudó por un momento antes de tomar a regañadientes la mano de Nicholas. La tensión entre ellos era palpable. Con un agarre firme, Nicholas levantó a David de su asiento, diciendo—: ¿Es esa forma de tratar a la familia? —Lo atrajo hacia un gran abrazo, a pesar de la evidente incomodidad de mi hermano.

Tan pronto como se separaron, quedó claro que Nicholas estaba tratando de ganarse a David. Llevaba una cálida sonrisa en su rostro, aunque pude sentir una corriente subyacente de inquietud entre ellos.

—David, lamento que no hayas podido ser uno de los padrinos en nuestra boda —dijo Nicholas, su tono genuino—. Sé que debe haber sido difícil para ti. Pero espero que entiendas que todo lo que hemos hecho ha sido por el bien de nuestras familias.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras esperaba la respuesta de David. ¿Aceptaría la rama de olivo de Nicholas, o el resentimiento latente entre ellos estallaría?

—¿Liliana te ha contado la gran noticia? —continuó Nicholas, intentando dirigir la conversación hacia temas más ligeros.

Un destello de confusión cruzó el rostro de David, y me di cuenta de que aún no había compartido la noticia con él. Tragando saliva, me preparé, sin estar segura de cómo reaccionaría a lo que estaba a punto de decir—. Todavía no, Nicholas —admití, con voz apenas por encima de un susurro—. Pero creo que es hora de que lo pongamos al tanto.

—Muy bien —dijo Nicholas, sonriendo como un tonto—. Esperamos nuestro primer hijo para el próximo verano.

El aire en la habitación pareció espesarse mientras David procesaba la noticia. Pude ver la ira creciendo detrás de sus profundos ojos marrones, reflejando el dolor oculto que llevaba consigo cada día.

—¿Esperando un hijo? —escupió David, su voz elevándose exponencialmente—. ¿Crees que eso va a arreglar todo? ¿No fue suficiente con que me metieras en la cárcel por apuestas, sino que ahora también has robado a mi hermana y la has dejado embarazada?

Su rostro se contorsionó de furia, gritándole a Nicholas. Sentí una oleada de protección tanto por mi esposo como por mi hijo nonato, pero sabía que era mejor no intervenir todavía.

Paulie, que había permanecido en silencio hasta ahora, se levantó de su asiento e intentó calmar a David. —Tranquilo, David —le instó, con su corpulenta figura tensa, listo para intervenir si fuera necesario.

—¡No te metas en esto! —rugió David, abalanzándose sobre Paulie con el puño cerrado. Pero Paulie fue rápido, esquivando el golpe y sometiendo suavemente a David sin causarle daño alguno.

Mientras observaba la escena desenvolverse, mi corazón se encogía con el peso del dolor

de mi hermano. Él pensaba que lo habíamos traicionado cuando en realidad solo queríamos conseguirle la mejor ayuda disponible.

—Suéltalo, Paulie —ordenó Nicholas, con voz firme pero controlada.

—De acuerdo, jefe, si cree que es lo mejor —respondió Paulie, soltando su agarre sobre David. Pude ver la confusión en los ojos de mi hermano mientras miraba de Paulie a Nicholas y viceversa.

—¿Jefe? —cuestionó David, su ira momentáneamente apagada por la curiosidad—. ¿Por qué te llamó jefe?

Tomé una profunda respiración, preparándome para revelar la verdad oculta. —Paulie era tu guardaespaldas mientras estabas en rehabilitación, David —confesé en voz baja—. Estaba allí para protegerte e incluso evité tu asesinato al menos una vez.

La mirada de David se desplazó entre Paulie y Nicholas, con incredulidad y traición grabadas en sus facciones. Sacudió la cabeza, incapaz de comprender o aceptar la revelación. —Así que todo este tiempo... ¿No eras mi amigo, solo un hombre contratado? —Su voz temblaba de indignación, y luché contra el impulso de acercarme y consolarlo.

—David, no fue así —intenté explicar, pero mis palabras parecían caer en oídos sordos. La confianza que había depositado en Paulie se había hecho añicos, y sabía que llevaría tiempo reconstruir esos lazos rotos.

—¡Basta! —tronó Nicholas, imponiendo su dominio sobre la habitación—. David, necesitas entender que todo lo que hemos hecho ha sido por tu propio bien. Te amamos y queremos que seas parte de nuestra familia.

—¿Familia? —se burló David, la palabra goteando amargura—. Tienen una forma curiosa de demostrarlo.

Sus palabras dolieron, pero sabía que nacían del dolor y la traición. En ese momento, David solo quería escapar de la atmósfera sofocante de la mansión Romano.

—Quiero volver a mi apartamento —declaró, con la mandíbula apretada en desafío.

—David, tu apartamento ha sido alquilado mientras estabas fuera —respondió Nicholas, su tono firme pero gentil—. Hemos preparado una habitación para ti aquí en la casa. Eres bienvenido a quedarte todo el tiempo que necesites.

—Bien —espetó David, su ira no del todo apaciguada. Para entonces, Riccardo había sido convocado, apareciendo silenciosamente al lado de Nicholas—. Muéstrame mi habitación.

—Por supuesto, señor Ricci —respondió Riccardo respetuosamente, guiando a David por el gran pasillo hacia sus nuevos aposentos. Cuando los dos desaparecieron al doblar una esquina, me volví hacia Paulie, que aún permanecía inmóvil en su lugar.

—Paulie, gracias por mantener a David a salvo —dije sinceramente, sabiendo que sin él, mi hermano podría no estar vivo hoy.

Pareció sorprendido de que le agradeciera, un ligero rubor subiendo por sus mejillas. —De nada, señora Romano —respondió, su voz teñida de calidez y humildad—. Espero que el señor Ricci se calme y me vea como el amigo que realmente soy.

—Dale tiempo —murmuré, más para mí misma que para Paulie—. Ha pasado por mucho y necesita encontrar su equilibrio de nuevo. Pero creo que llegará a perdonarte y confiar en ti una vez más.

Con un asentimiento, Paulie se excusó, dejándome sola en el silencioso desenlace de nuestra reunión familiar. Me pregunté si las heridas infligidas hoy alguna vez sanarían realmente.

Capítulo 10

Liliana

Busqué por toda la casa, finalmente encontrando a David en la sala de estar. Estaba sentado, encorvado en un sillón, con un vaso de whisky en la mano. El líquido ámbar brillaba como si contuviera secretos que solo él pudiera descifrar. Dudé antes de molestarlo. Si estaba bebiendo tan temprano en la tarde, no estaba teniendo un buen día.

—¿David? —Mi voz tembló mientras me acercaba a él—. ¿Estás bien?

—Tres días, Liliana —gruñó, agitando su bebida—. Tres días atrapado en esta fortaleza Romano, y estoy listo para morir de aburrimiento.

Fruncí el ceño al ver la botella de whisky en la mesa lateral. Estaba medio vacía, y podía sentir cómo el peso de mi preocupación crecía con cada segundo.

—Son las tres de la tarde. No deberías estar bebiendo así.

—Ah, ahí está, la hermana pequeña siempre protectora —su voz goteaba sarcasmo, pero lo conocía lo suficiente como para detectar un toque de afecto bajo la amargura—. No necesito tu preocupación. Solo necesito salir de aquí.

—¿A dónde irías? —pregunté, sabiendo que no estaría seguro en ningún otro lugar.

—Buscar un nuevo apartamento, tal vez. O volver a la casa de papá. Al menos allí puedo ir y venir como me plazca —se bebió el whisky restante de un solo trago, su garganta trabajando para tragar el ardor.

—David... —hice una pausa, insegura de cómo continuar—. Puede que no quieras volver con papá después de escuchar lo que tengo que decirte.

Dejó el vaso vacío con un chasquido agudo, sus ojos azules entrecerrándose al encontrarse con los míos.

—¿De qué estás hablando?

—Padre estuvo con mamá poco antes de su muerte —dije lentamente, sintiendo el familiar escozor de las lágrimas detrás de mis ojos—. Él... podría haber estado involucrado.

—¿Involucrado? —David se burló, sacudiendo la cabeza—. Eso es imposible. Sabes cuánto la amaba.

—¿La amaba realmente? —repliqué, mi voz elevándose a pesar de mis intentos por mantenerla firme—. ¿O todo era solo una fachada?

—Basta, Liliana —advirtió David, sus ojos oscureciéndose de ira—. No te atrevas a manchar el buen nombre de nuestro padre con esta acusación sin fundamento.

—¿Sin fundamento? —apreté los puños, sintiendo la verdad ardiendo dentro de mí como una tormenta de fuego—. Tengo pruebas, David. Pruebas irrefutables. Y sé que, en el fondo, tú también puedes sentirlo. Las grietas en la historia de padre, las inconsistencias que nunca cuadraron. La forma en que nunca nos contó toda la historia.

Me miró fijamente, en silencio por un momento. Luego, con un suspiro, se inclinó hacia adelante y extendió la mano.

—Muéstrame.

—Bien —dije, sacando el montón de fotografías y documentos que había descubierto en mi búsqueda de respuestas—. Aquí tienes.

David los tomó de mí, sus ojos escaneando cada pieza de evidencia como si tratara de encontrar algún fallo en mi argumento. Pero con cada segundo que pasaba, su incredulidad se desvanecía gradualmente, reemplazada por una ira latente que podía ver burbujeando bajo la superficie.

—Maldita sea —dijo entre dientes, golpeando la última fotografía sobre la mesa de café—. Cómo... ¿Cómo pudo?

—No lo sé —dije, sintiendo una mezcla de alivio y temor al ver la reacción de David—. Tenemos que enfrentarlo, David. No podemos dejar que se salga con la suya después de lo que ha hecho.

—¿Enfrentarlo? —su voz era baja, peligrosa, mientras se levantaba de su asiento—. Oh, haremos más que eso, Liliana. Va a pagar por matar a nuestra madre.

—David —advertí, extendiendo la mano para tocar su brazo—. Necesitamos pensar bien esto. Ser inteligentes sobre cómo abordamos esta situación.

—¿Inteligentes? —Sus ojos ardían con la furia de mil soles, y supe que no había forma de razonar con él ahora—. No, Liliana. Este no es momento de ser inteligentes. Es momento de justicia. De venganza.

David se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación.

—Consígueme un arma —exigió—. Resolveré la situación ahora.

Me asustó la ira en los ojos de David y no quería decirle que no, pero no sabía qué más hacer.

Por suerte, Nicholas entró en la sala de estar y pude sentir su determinación para controlar la situación. Se mantuvo alto e imponente, mirando a David y determinando el curso de acción correcto.

—David —dijo, su voz firme a pesar de la tensión en el aire—. Podemos ir a la casa de tu padre y enfrentar a Giovanni. Tú, Liliana y yo. Paulie nos llevará.

Por un breve momento, David dudó, pero luego asintió secamente. Estaba claro que, a pesar de su ira, aún respetaba la autoridad de Nicholas. Paulie, que había acompañado a mi hermano desde la rehabilitación y se había acercado a él durante su tiempo juntos, se unió a nosotros desde el pasillo.

—Vamos entonces —gruñó David, saliendo de la habitación con un nuevo sentido de determinación. Mientras lo seguíamos fuera de la casa y hacia nuestro vehículo que nos esperaba, me preparé para la confrontación que se avecinaba.

Al llegar a la casa de los Ricci, nuestras emociones estaban a flor de piel e implacables. Creía que amaba esta casa y todo lo que representaba, pero ahora me estremecía. Nuestro hogar de la infancia, mancillado por los pecados de nuestro padre, ya no albergaba recuerdos gratos para mí. No perdimos tiempo en marchar por la gran entrada y subir la ornamentada escalera, nuestros pasos resonando en los cavernosos pasillos.

Irrumpimos en la oficina de mi padre. Allí estaba él, rodeado de sus consejeros de confianza que se miraban nerviosamente entre sí, claramente inquietos por nuestra repentina llegada. Sin perder un instante, Nicholas tomó el control de la situación.

—Déjennos —ordenó, con voz fría y autoritaria—. Esto es un asunto familiar.

Al principio, los consejeros dudaron, pero uno a uno fueron saliendo de la habitación, sus murmullos y susurros apagados siguiéndoles. Giovanni, sin embargo, permaneció impassible. Se reclinó en su sillón de cuero, fingiendo indiferencia mientras juntaba las yemas de sus dedos.

Pero bajo esa fachada de calma, pude ver la incertidumbre parpadeando en sus ojos.

David arrojó las fotos a nuestro padre, quien comenzó a examinarlas.

—¿Dónde encontraste a alguien para crear fotos falsas tan convincentes? —preguntó mi padre.

—No son falsas —dijo Nicholas—. Hemos verificado todo.

Mi padre se rio.

—Por supuesto que son falsas. Ya fui investigado y absuelto de la trágica muerte de mi esposa.

—Guarda tus mentiras para alguien a quien le importe —espetó David, destilando veneno en cada sílaba—. Sabemos lo que hiciste.

—David —intervine, con voz firme a pesar de la tormenta que rugía en mi interior—. No saquemos conclusiones precipitadas.

Su rostro permaneció como una máscara de inocencia mientras respondía con fingida incredulidad.

—Liliana, querida, jamás le haría daño a Estelle. Debes saber que la amaba profundamente.

—Creía que sí, papá, pero ahora ya no estoy segura —dije.

Mi padre miró a Nicholas.

—Todo esto es obra tuya. No te basta con haberme quitado a mi única hija, sino que ahora también tienes que ponerla en mi contra.

Nicholas no dijo nada mientras presentaba más evidencia: registros telefónicos, mensajes interceptados y declaraciones de testigos. La fachada de mi padre comenzó a resquebrajarse. Se removió incómodo en su asiento, la máscara cayendo mientras la desesperación se asomaba en su mirada.

—¡Basta! —bramó Giovanni, golpeando el escritorio con el puño—. ¡Todo esto son mentiras! ¡Fabricaciones para ponerlos en mi contra!

Miré fijamente sus ojos, buscando algún atisbo de sinceridad o remordimiento. Pero todo lo que vi fue miedo, y la creciente comprensión de que su imperio se estaba desmoronando a su alrededor.

—Dinos la verdad, padre —insistí, con voz inquebrantable—. ¿Mataste a nuestra madre?

Mientras el peso de la evidencia lo aplastaba, observé cómo las defensas de mi padre se desmoronaban. El poderoso Giovanni Ricci, antes una figura intocable de poder y control, ahora estaba sentado ante mí como un hombre quebrado, expuesto y vulnerable.

David ya no pudo contenerse más. Su ira estalló, su voz retumbando por la habitación mientras exigía respuestas.

—¡Dinos, padre! ¿Mataste a nuestra madre? ¿Traicionaste a tu propia familia?

Giovanni apretó la mandíbula, negándose a mirarnos a los ojos.

—No maté a Estelle —repitió obstinadamente, pero sus palabras sonaban huecas y poco convincentes.

—Basta de esta farsa —dijo Nicholas, con tono frío e implacable. Sacó una última prueba: una fotografía granulada que me heló la sangre. Mostraba a Giovanni alejándose del cuerpo sin vida de nuestra madre, su forma rota tendida en el suelo detrás de él.

—Explica esto, entonces —dijo Nicholas, arrojando la foto sobre el escritorio frente a Giovanni.

El rostro de mi padre palideció mientras miraba fijamente la imagen incriminatoria. Pude ver la derrota en sus ojos, la comprensión de que ya no podía negar su participación en la muerte

de nuestra madre.

—Estelle... se estaba convirtiendo en un peligro —susurró Giovanni, con voz apenas audible—. Amenazaba todo lo que había construido, todo por lo que había trabajado. No tuve elección.

—¿Elección? —escupió David, con el rostro contorsionado de rabia—. ¡Elegiste asesinar a la mujer que nos dio a luz, que te amaba a pesar de tus muchos defectos!

Sentí la bilis subir por mi garganta, mi corazón latiendo salvajemente en mi pecho. Este hombre, mi padre, había destruido nuestra familia, apagando la luz que era nuestra madre. ¿Y para qué? ¿Poder? ¿Control? Las mismas cosas que siempre había buscado, incluso a costa de aquellos que decía amar.

Apenas podía respirar, mi visión se nublaba mientras la habitación giraba a mi alrededor. Nicholas notó mi angustia y se movió a mi lado, sus fuertes brazos sosteniéndome con firmeza.

—Tranquila, Liliana —dijo, y me aferré a él como si fuera mi salvavidas en esta tormenta de emociones.

David se abalanzó hacia Giovanni, pero Paulie fue rápido en contenerlo, impidiéndole que se vengara de nuestro padre.

—¡Suéltame! —rugió David, forcejeando contra el férreo agarre de Paulie—. ¡Merece morir por lo que hizo!

—Por favor, David —supliqué, tratando de encontrar mi voz en medio del tumulto en mi alma—.

Giovanni nos miró, sus ojos llenos de una extraña mezcla de culpa y desafío.

—Lamento que Estelle tuviera que morir —dijo, con la voz ronca por la emoción—. Pero no dejaba de entrometerse en mis asuntos, intentando hacer tratos con otras familias a mis espaldas. Si simplemente hubiera dejado las cosas en paz, nada de esto habría sucedido.

Lo miré fijamente, incapaz de comprender cómo podía justificar haber quitado la vida de nuestra madre de manera tan insensible. Sus palabras solo avivaron el fuego que ardía dentro de mí, atizando las llamas de mi ira y mi dolor.

—Tu vanidad destruyó a nuestra familia —dije, con las manos temblando a mis costados—. Un hombre de verdad vería que era beneficioso tener una esposa que trabajara contigo, pero tú no. Elegiste tu ego por encima de la vida de nuestra madre. ¿Cómo puedes vivir contigo mismo?

—Basta, Liliana —dijo Nicholas, con voz firme pero suave. Sabía que estaba al borde del colapso, y el estrés podría no ser bueno para el bebé.

Respiré profundamente, intentando componerme. Sentí una fría rabia apoderarse de mí, gélida e inamovible.

—Nicholas —dije, midiendo mis palabras deliberadamente—, me prometiste retribución por la muerte de mi madre.

—Por supuesto —respondió Nicholas, sus penetrantes ojos azules fijos en los míos—. Se hará justicia, Liliana. Pero no hoy. Primero debemos determinar el castigo apropiado para Giovanni.

—Estoy de acuerdo —asentí, aliviada de que eventualmente se impartiría justicia.

—Hasta entonces —continuó Nicholas, dirigiendo su atención a mi padre—, Giovanni Ricci, estás bajo arresto domiciliario.

—¿Arresto domiciliario? —se burló Giovanni, entrecerrando los ojos con desprecio—. No tienes ninguna autoridad sobre mí, Romano.

—Ah, pero sí la tengo —respondió Nicholas con suavidad, su voz teñida de amenaza—.

Juraste lealtad a la familia Romano cuando me casé con Liliana. Tu lealtad es para nuestra familia, y tus acciones tienen consecuencias.

—Bien —escupió Giovanni, su expresión oscureciéndose—. Pero no esperes que se lo ponga fácil a ninguno de ustedes.

—Ni lo soñaría —replicó Nicholas fríamente. Se volvió hacia Paulie, que finalmente había soltado a David—. Paulie, tu trabajo es vigilar a Giovanni. Asegúrate de que no abandone las instalaciones ni cause más problemas.

—Lo que usted diga, jefe —asintió Paulie, con la mirada fija en mi padre.

Con eso resuelto, regresamos a casa. La atmósfera estaba cargada de tensión e ira sin resolver. David, incapaz de lidiar con la situación, fue directamente al mueble bar y se sirvió un trago como si fuera un salvavidas.

—Maldita sea, David —susurré entre dientes, con el corazón dolorido al verlo ahogar sus penas en alcohol. Pero había asuntos más urgentes que discutir. Necesitábamos decidir cómo tratar con papá.

—David, necesitamos tu opinión —dije, tratando de alejarlo de la botella—. Tenemos que hablar sobre el castigo de tu padre.

—Déjame golpearlo hasta dejarlo inconsciente —balbuceó David, sus profundos ojos marrones nublados por la rabia y la intoxicación—. Quiero ser yo quien acabe con su miserable vida.

—David, esa no es la respuesta —repliqué, con la voz temblorosa. Me volví hacia Nicholas, buscando orientación—. ¿Y si lo entregamos a la policía? ¿Que ellos se encarguen?

—Mala idea —advirtió Nicholas, con expresión grave—. Giovanni conoce demasiados secretos de demasiadas familias mafiosas. Los intercambiaría por indulgencia, poniendo a todos en riesgo. No, la única opción es que muera.

Mi estómago se revolvía ante la idea, pero sabía que tenía razón. No se podía confiar en mi padre. Aunque deseaba no tener que tomar esta decisión, era necesario.

—Tiene que morir —dije, luchando por contener las lágrimas.

—¿Estás preparada para ser tú quien lo mate? —preguntó Nicholas suavemente, tomando mi mano en señal de apoyo.

Negué con la cabeza, con lágrimas corriendo por mis mejillas.

—No, no puedo hacerlo.

—Comprensible —dijo, dando un apretón tranquilizador a mi mano—. Yo me encargaré.

—¡Espera! —intervino David, tambaleándose ligeramente—. Yo lo haré. Yo mataré a nuestro padre.

—David, siéntate y cállate —ordenó Nicholas, su voz cargada de autoridad—. No estás en condiciones de manejar esto.

David se desplomó en una silla cercana, con los ojos vidriosos mientras el alcohol seguía haciendo efecto. Nicholas permaneció a mi lado, un pilar de fuerza en esta tormenta de caos en que se habían convertido nuestras vidas.

Mi mente daba vueltas con pensamientos sobre mi padre, el hombre que una vez me sostuvo, me enseñó y, creí, me amó. Sin embargo, ahora no era más que un monstruo que nos había traicionado a todos. El peso de esta decisión me agobiaba, pero sabía en el fondo que debía hacerse. Mi lealtad hacia mi familia siempre había sido inquebrantable, pero incluso eso tenía sus límites.

Miré a los ojos de mi esposo.

—¿Estás seguro de que no hay otra opción?

—Créeme, Liliana —dijo Nicholas, con tono solemne—, no sugeriría esto si hubiera otra manera. Giovanni sabe demasiado. Si llegara a hacer un trato con la policía o con otra familia, significaría nuestra destrucción.

—Nicholas tiene razón —murmuró David, con las palabras arrastradas—. No podemos arriesgarnos.

—Entonces está decidido —dije, preparándome contra la tormenta de emociones que amenazaba con consumirme—. Debe morir.

—Nicholas —dije, con la voz temblorosa—, por favor asegúrate de que nadie más salga herido. Y asegúrate de que sea lo más rápido e indoloro posible.

—Por supuesto, Liliana —respondió, sus ojos azules llenos de comprensión y determinación—. Me encargaré de todo.

Capítulo 11

Liliana

El aroma a pino y pan de jengibre recién horneado llenaba el aire mientras reacomodaba cuidadosamente los adornos en el árbol de Navidad familiar. David estaba sentado en el sofá bebiendo otro vaso de whisky, con el ceño fruncido en una mezcla de ira y frustración. A pesar de nuestros mejores esfuerzos por traer algo de alegría navideña a la casa, David era la nube de tormenta sombría que arruinaba nuestro espíritu festivo.

—¿Algo te molesta, David? —pregunté con cautela, esperando no provocarlo más.

—Nada de lo que tu linda cabecita deba preocuparse —murmuró, dando otro sorbo a su vaso.

En ese momento, Nicholas entró en la habitación. —Liliana, el árbol se ve hermoso —dijo, con su voz profunda y autoritaria—. Los tres necesitamos hablar.

David se burló pero no dijo nada, con los ojos fijos en el líquido ámbar que giraba en su vaso.

—Acabo de recibir la noticia de que vuestro padre ha muerto. —Las palabras de Nicholas cayeron como un rayo, haciendo que dejara caer el adorno que sostenía. Se hizo añicos contra el suelo de madera, el sonido resonando por toda la habitación.

—¿Qué...? —tartamudeó David, finalmente levantando la mirada. Pero Nicholas continuó, imperturbable ante la interrupción.

—Lamento vuestra pérdida. Era un hombre fuerte y todos lloraremos su fallecimiento.

—¿Muerto? —La voz de David se quebró, y pude ver la tormenta de emociones que se agitaba detrás de sus ojos. Dolor, rabia, incredulidad; todo se arremolinaba en una tempestad que amenazaba con desatarse. Una parte de mí deseaba poder acercarme y consolarlo, pero sabía que una vez que la tormenta comenzara, no habría forma de calmarla. Y no se podía saber qué tipo de destrucción dejaría a su paso.

—No pensé que sucedería tan pronto —dije.

Nicholas se acercó a mí y me tomó en sus brazos. —Murió pacíficamente, mientras dormía, tal como lo pediste.

—¿Pacíficamente mientras dormía, dices? —se burló David, apurando el último trago de su whisky de un sorbo—. Supongo que es algo.

Mi corazón dolía mientras veía a mi hermano luchar con la noticia. La idea de perder a nuestro padre de manera tan repentina e inesperada era casi demasiado para soportar, incluso para alguien tan fuerte y obstinado como David. Pero a pesar de todo, no pude evitar sentir un pequeño y traicionero destello de alivio al saber que mi padre había fallecido sin sufrir.

—Nicholas, ¿acaso tú...? —Las palabras de David se apagaron, pero la insinuación era clara.

—David —intervine, con voz firme—. Sabes que esto fue lo que acordamos. No podíamos esperar una verdadera justicia de las autoridades.

—¿Acordamos? —balbuceó David, entrecerrando los ojos mientras se llenaban de una

mirada venenosa—. ¿Así que admites haber matado a mi padre? ¿A nuestro padre?

—David —dijo Nicholas, con voz fría e inquebrantable—. Tomamos una decisión difícil juntos, por el bien del futuro de nuestra familia.

—¿Decisión difícil? —repitió David, con un tono cargado de sarcasmo. Sus puños se apretaron a los costados, y sabía por experiencia que apenas contenía su rabia.

—Por favor, David, cálmate. Este no es el momento ni el lugar —supliqué, tratando de mantener la compostura a pesar del tumulto que rugía dentro de mí.

Pero David me ignoró. En un rápido movimiento, se abalanzó sobre Nicholas, con el puño dirigido directamente a su cara. Mi corazón se detuvo en mi garganta mientras observaba a los dos hombres, pero sabía que era mejor no intervenir. En su lugar, di un paso atrás, dándoles espacio para que liberaran su ira.

Con una agilidad sorprendente, Nicholas esquivó el golpe y empujó a David de vuelta al sofá. Por un momento, vi algo pasar por los ojos de mi marido —quizás arrepentimiento o decepción— pero desapareció tan rápido como apareció.

—Basta, David —advirtió Nicholas, con voz baja y amenazante—. No convirtamos esto en algo de lo que ambos nos arrepentiremos.

—¿Arrepentimiento? —escupió David, mirándonos a ambos con furia desatada—. Lo único de lo que me arrepiento es de haber confiado alguna vez en ti, Nicholas. Te has hecho un enemigo esta noche. Recuérdalo.

—David, por favor —imploré, con la voz temblorosa de emoción—. No hagas esto. No por algo en lo que todos estuvimos de acuerdo que era necesario para nuestra familia.

Pero mis palabras cayeron en oídos sordos. La expresión de David permaneció dura e inflexible, sus ojos sin apartarse del rostro de Nicholas. La tensión en la habitación era palpable, una cosa viva que amenazaba con asfixiarnos a todos.

El aire en la habitación crepitaba de tensión, una fuerza palpable que amenazaba con sofocarme. Nicholas, con la mandíbula apretada y los ojos ardiendo, miraba a David con una mezcla de frustración y preocupación. —Ve arriba, David —ordenó, con voz firme pero mesurada—. Duerme la borrachera. Hablaremos de esto después de la cena de Navidad mañana.

—¡Y una mierda! —escupió David, con la cara enrojecida de ira—. ¡No me hablarás como si fuera un niño, y menos tú!

—Entonces deja de comportarte como uno —replicó Nicholas, con tono inflexible.

Podía sentir la tormenta que se gestaba entre ellos, la furia creciente lista para estallar en violencia. Desesperada por evitar un enfrentamiento físico, me interpose entre los dos hombres, mi cuerpo temblando de miedo y determinación. El amor que sentía por ambos alimentaba mi coraje, aun sabiendo lo peligroso que era interponerme entre estas fuerzas poderosas y volátiles.

—¡Basta! —grité, con voz temblorosa pero fuerte—. Los dos, por favor. Esto no ayuda a nadie.

El fuego en sus ojos se atenuó ligeramente, sus expresiones pasando de la rabia a la sorpresa ante mi repentina intervención. Ninguno de los dos me pondría en peligro voluntariamente, su amor y lealtad hacia mí superando su propia animosidad.

—Bien —murmuró David, con la mirada fija en la mía mientras luchaba por controlar su temperamento—. Iré a hacer mis maletas. Me mudaré a la casa de los Ricci ahora que soy el nuevo don.

El aire quedó cargado de tensión mientras las palabras de David resonaban en la habitación. Intercambié miradas con Nicholas, mis ojos abiertos de preocupación. Sabía que mi hermano podía ser impulsivo, pero la idea de que se hiciera daño en su estado actual me

atormentaba.

—David —intervino Nicholas, su voz como acero frío en la silenciosa habitación—. No eres el nuevo don de la familia Ricci. Yo estoy añadiendo los negocios de los Ricci al imperio Romano.

Una vena palpitaba en la sien de David mientras miraba fijamente a Nicholas, su ira apenas contenida. Pero antes de que pudiera reaccionar, Paulie apareció en la puerta, su presencia un repentino alivio para mí. Desde que David había regresado de rehabilitación, Paulie era el único hombre que sabía cómo calmarlo.

—David —dijo Paulie, entrando—. ¿Por qué no vamos tú y yo a dar un paseo? Para despejar nuestras mentes un poco, ¿eh?

Exhalé, agradecida por la oportuna intervención de Paulie. David dudó, lanzando una última mirada furiosa a Nicholas antes de salir furioso de la habitación con Paulie siguiéndolo de cerca. Cuando la puerta se cerró, sentí que el peso del mundo se asentaba sobre mis hombros. La realidad de la situación se estaba asentando: mi padre se había ido y ahora nos quedaba navegar este futuro aterrador e incierto.

—¿Estás bien? —preguntó Nicholas, su voz suave mientras se acercaba.

Asentí, aunque mi corazón dolía de preocupación por David. No podía quitarme de la cabeza la imagen de él, vulnerable y solo, lidiando con la realización de que todo había cambiado. ¿Era lo suficientemente fuerte para enfrentar este nuevo mundo?

—No pensé que David reaccionaría tan mal —confesó Nicholas, con remordimiento en sus ojos—. Si lo hubiera sabido, se lo habría dicho a ambos por separado.

—David siempre ha sido impulsivo y emocional —admití, retorciéndome las manos—. Solo estoy preocupada por él, especialmente ahora que está bebiendo de nuevo.

—Paulie lo vigilará —me tranquilizó Nicholas—. Le di instrucciones antes para asegurarse de que David esté a salvo hasta que se le pase la borrachera.

Dejé escapar un suspiro de alivio, agradecida por la consideración que Nicholas había mostrado al asegurar la seguridad de David. Por mucho que mi hermano me exasperara a veces, no podía soportar la idea de que le pasara algo.

—Ven, siéntate conmigo —dijo Nicholas suavemente, guiándome hacia el sofá. Nos acomodamos entre los mullidos cojines, el árbol de Navidad frente a nosotros proyectando un cálido resplandor en la habitación. A pesar del tumulto de la noche, no pude evitar quedar cautivada por su belleza.

—Tu árbol es impresionante —dijo Nicholas, siguiendo mi mirada. Su mano encontró la mía, entrelazando nuestros dedos reconfortantemente—. Las decoraciones en toda la casa también son hermosas.

—Gracias —respondí, conmovida por su aprecio. Aunque la temporada navideña había sido empañada por la tragedia y la tensión, había puesto mi corazón en crear una atmósfera festiva para nuestra familia. Escuchar el elogio de Nicholas trajo un destello de calidez a mi pecho.

En ese momento, apareció Gina, llevando una bandeja cargada de tazas de ponche de huevo. La colocó en la mesa de café frente a nosotros, con los ojos llenos de preocupación. —Pensé que ambos podrían usar algo para ayudar a calmar sus nervios —explicó en voz baja antes de retirarse de la habitación.

—Gracias, Gina —le grité, sorprendida de lo rápido que viajaban las noticias en la casa. Nicholas tomó dos tazas, entregándome una. Mientras sorbíamos el rico y aterciopelado ponche de huevo, sentí que una medida de paz comenzaba a asentarse sobre mí.

A la mañana siguiente, me desperté con la primera luz del amanecer filtrándose a través de las cortinas. A pesar de la pesadez en mi corazón, no podía evitar la anticipación por la emoción de Abby al ver sus regalos de Navidad. Miré a Nicholas, que aún dormía profundamente a mi lado, y lo desperté suavemente con un codazo.

—Nicholas —susurré—, deberíamos levantarnos. Abby querrá abrir sus regalos.

Él se movió, frotándose el sueño de los ojos antes de ofrecerme una pequeña sonrisa. —Tienes razón. No la hagamos esperar.

Ambos nos levantamos de la cama y nos pusimos pijamas navideños a juego, cursis, una tradición en la que había insistido para aportar algo de alegría a las festividades. Cogidos de la mano, bajamos a la sala de estar.

Como era de esperar, Abby y Jocelyn ya estaban allí, con los ojos abiertos de asombro mientras contemplaban la variedad de regalos anidados bajo el árbol. La habitación estaba llena del aroma a pino fresco y el suave resplandor de las luces de hadas, que daban un ambiente mágico a la escena.

—¡Feliz Navidad! —exclamé alegremente, y ellas se volvieron hacia nosotros con sonrisas idénticas.

—¡Buenos días, señorita Liliana, señor Nicholas! —respondió Abby, prácticamente vibrando de emoción—. ¿Puedo abrir mis regalos ahora?

—Por supuesto, cariño —respondió Jocelyn, con los ojos rebosantes de gratitud por la nueva seguridad y amor que las rodeaba a ella y a su hija.

En ese momento, llegó Gina, llevando una bandeja con tazas humeantes de café y un surtido de pasteles. —Pensé que les gustaría algo para aguantar hasta el desayuno —dijo con una sonrisa.

—Gracias, Gina. Siempre eres tan atenta —respondí, aceptando agradecida una taza de café.

—Buon Natale a todos —dijo Sophia al unirse a nosotros, luciendo fresca y radiante.

—¡Buon Natale! —respondimos todos, abrazándonos y intercambiando sinceros deseos de una feliz Navidad.

—Muy bien, pequeño ángel, empecemos —dijo Nicholas cálidamente mientras comenzaba a repartir los regalos, la mayoría de los cuales eran para Abby. Se deleitaba con su alegría, su vínculo innegable y reconfortante.

—Tu turno, cara mia —dije suavemente, extendiendo un regalo cuidadosamente envuelto hacia Nicholas. Mis ojos escudriñaron su rostro en busca de cualquier indicio de vulnerabilidad o emoción mientras tomaba el presente de mis manos. Con una sonrisa enigmática, deshizo lentamente el envoltorio, revelando una botella de brandy de coco escandalosamente caro.

—¿Brandy de coco? Solo mencioné que quería probarlo una vez. No puedo creer que lo recordaras —dijo, con sorpresa y aprecio mezclándose en su apuesto rostro.

—Por supuesto que lo hice —respondí, con la voz cargada de afecto—. Es importante para mí que tengas las cosas que deseas.

Me sonrió lobunamente. —Ya lo tengo todo, pero gracias, Liliana —dijo, con su mirada fija en la mía, su voz transmitiendo más de lo que las palabras jamás podrían.

—Aquí tienes, Abby —dijo Nicholas, entregándole otro regalo. La niña rompió ansiosamente el papel de regalo, chillando de alegría al descubrir el contenido. La alegría en sus ojos era contagiosa, extendiendo calidez por la habitación y proporcionando un bienvenido descanso de los siniestros matices que a menudo teñían nuestras vidas.

—¡Muchas gracias, señor Nicholas! —exclamó Abby, abrazando los libros contra su

pecho. Nicholas le revolvió el pelo con afecto, y me maravillé de lo sin esfuerzo que equilibraba sus roles como temido líder de la mafia y como figura paterna amorosa y protectora.

—Creo que este es para Liliana —dijo Nicholas, entregándole a Abby un pequeño regalo envuelto con elegancia.

Abby dudó por un momento antes de entregarme el regalo.

—Aquí tiene, señorita Liliana. Me pregunto qué será.

—¿Quieres ayudarme a abrirlo? —le pregunté.

Abby se subió a mi regazo.

—¡Sí, por favor!

Abrimos el regalo y encontramos una hermosa caja de joyería de terciopelo. Mi corazón se aceleró, preguntándome qué podría haber dentro. Al abrirla, me quedé sin aliento al ver un impresionante collar de rubíes.

—Nicholas, es precioso —exclamé, con la voz llena de genuina sorpresa y gratitud.

—Los rubíes te sientan bien, Liliana —respondió Nicholas.

Abby se deslizó de mi regazo.

—Ugh, joyas. Ni siquiera puedes jugar con ellas.

—Abby —dijo Nicholas, entregándole otro regalo—. Este también es para ti.

—¿Otro libro? —preguntó Abby, sonando esperanzada.

—Ábrelo y descúbrelo —la animé.

Ella rasgó el papel de regalo y chilló de alegría cuando vio la portada de un libro.

—¡Señorita Liliana, mire! ¡Es un libro sobre criaturas mágicas y aventuras! ¡Me encanta leer más que nada! —exclamó Abby, abrazando el libro con fuerza.

—La lectura puede llevarte a viajes increíbles —estuve de acuerdo, sonriendo ante su entusiasmo.

Nicholas levantó una caja pesada y se la entregó a Jocelyn.

—Creo que este es para ti.

Jocelyn pareció sorprendida.

—No necesitaba ningún regalo —dijo—. Y no les compré nada.

—No te compramos nada —dije—, esto es de Santa.

Observé cómo Jocelyn desenvolvía cuidadosamente el regalo, sus ojos se abrieron de alegría. Había estado usando los mismos pocos atuendos viejos desde que se mudó, y sabía que necesitaba desesperadamente algo nuevo.

—Muchas gracias, Liliana —susurró Jocelyn, pasando sus dedos por el lujoso material—. Son hermosos.

—Me aseguraré de transmitirle tu agradecimiento a Santa —respondí, tratando de suprimir la satisfacción que brotaba dentro de mí. Era un pequeño gesto que no borraría los horrores que había experimentado a manos de su marido abusivo, pero era un comienzo, y se sentía bien hacerla feliz.

—¿Dónde está el regalo de Sophia? —preguntó Nicholas, sus penetrantes ojos azules escaneando el espacio debajo del árbol.

—Ah, bueno, no está debajo del árbol —expliqué, con una sonrisa misteriosa bailando en mis labios—. Para su regalo, necesitamos ir a mi oficina.

Sophia parecía tanto desconcertada como intrigada por este desarrollo. Me miró buscando seguridad, luego nos siguió por el pasillo hacia mi oficina. Mi corazón latía con anticipación, y no pude evitar lanzar una mirada a Nicholas, quien parecía compartir mi emoción.

A medida que nos acercábamos a mi oficina, la confusión de Sophia solo creció cuando

notó que la puerta de al lado estaba envuelta como un regalo gigante. Me contuve una sonrisa, sabiendo lo que había más allá de esa puerta.

—Adelante, Sophia —la animé suavemente, asintiendo hacia la entrada envuelta como regalo—. Abre tu regalo.

Sus manos temblaron ligeramente mientras alcanzaba y tiraba de la cinta, haciendo que el papel de regalo cayera, revelando la puerta debajo. Con un profundo suspiro, abrió la puerta y jadeó.

Dentro había un estudio de artista, lleno de todo lo que necesitaba para empezar a pintar de nuevo. Caballetes, lienzos, pinceles y pinturas adornaban la habitación, y la luz del sol entraba a raudales por las grandes ventanas. Era un espacio que pedía creatividad e inspiración, y yo sabía que Sophia había anhelado un lugar así desde que perdió el suyo antiguo.

—¿Esto es... para mí? —balbuceó, con lágrimas brotando en sus ojos.

—Sí —confirmé, con la voz cargada de emoción—. Es todo tuyo. No importa a dónde vayas cuando te marches de aquí, puedes mantener tu estudio aquí si quieres.

—Gracias —susurró, dando un paso dentro de la habitación, su mano rozando el caballete de madera como para confirmar su realidad—. Este es el regalo más increíble.

—Disfrútalo, Sophia —dije, intercambiando una mirada con Nicholas, quien había sugerido esto como su regalo. Lo que ella no sabía era que Riccardo tenía un reloj muy especial para darle más tarde hoy.

Capítulo 12

Nicholas

La puerta de mi oficina se cerró con un clic detrás de mí, aislándome del mundo exterior mientras me enfrentaba a mis aliados más confiables. Una sola mirada a la mesa frente a nosotros revelaba nuestra determinación colectiva, con planos y mapas esparcidos como un campo de batalla, mientras la información de Peter, Gary y John nos devolvía la mirada.

—Gracias a nuestros tres ex hombres de Bianchi —comencé, sintiendo el peso de cada palabra al salir de mis labios—, tenemos todo lo que necesitamos para llevar esta guerra a su conclusión. —Mis ojos atravesaron a cada hombre por turno, asegurándome de que entendieran la gravedad de la situación. No eran solo mis aliados; eran mis hermanos de armas.

—Cada uno de ustedes ha sido elegido para esta misión por sus fortalezas y experiencia únicas. —Hice una pausa, permitiendo que las palabras calaran—. El fracaso no es una opción.

—Antes de continuar —añadí, desviando la mirada hacia las fotos de Peter, Gary y John —, necesito dejar algo claro: protegemos a los nuestros. No somos salvajes; somos hombres Romano. Nuestro objetivo es neutralizar a Antonio Bianchi y proteger el honor de nuestra familia. ¿Entendido?

Un coro de afirmaciones resonó por la habitación, y por un breve momento, un destello de orgullo creció dentro de mí. Estos hombres estaban dispuestos a arriesgarlo todo por nuestra causa, y a cambio, yo haría todo lo posible para garantizar su seguridad.

—Muy bien, repasemos nuestro plan —dije, dirigiendo mi atención a los planos esparcidos sobre la mesa—. Matty, tienes un papel crucial en esta operación.

Matty, nuestro experto en tecnología, enderezó su postura y me miró con un brillo ansioso en los ojos. Era joven pero extremadamente talentoso, y no tenía dudas de que estaría a la altura del desafío.

—Tu trabajo es hackear el sistema de seguridad de Bianchi y deshabilitar cualquier cámara de vigilancia o alarma que pueda comprometer nuestra misión. Necesitamos control total antes de hacer nuestro movimiento. ¿Puedes manejarlo?

—Absolutamente, jefe —respondió Matty con confianza, sus dedos temblando ligeramente como si ya estuviera tecleando en su computadora—. He estado estudiando su red durante semanas y estoy seguro de que puedo introducirnos sin dejar rastro.

—Bien —dije, asintiendo—. Mantenme informado de tu progreso. Si algo cambia o te encuentras con algún problema, házmelo saber de inmediato.

—Sí, jefe —confirmó Matty, con determinación grabada en su rostro.

—Riccardo, estás a cargo de las armas y el equipo —continué, posando mi mirada en mi amigo de la infancia y mano derecha—. Asegúrate de que todos tengan lo que necesitan para el asalto y revisa todo dos veces. No podemos permitirnos errores.

—Por supuesto, Nicholas —respondió Riccardo, su voz firme y tranquilizadora—. Me aseguraré de que tengamos suficiente potencia de fuego para superar las defensas de Bianchi. Y cada hombre sabrá cómo usar su equipo de manera efectiva.

—Excelente —dije, dándole una palmada en el hombro—. Confío plenamente en ti. Siempre me has cubierto las espaldas y sé que no me defraudarás ahora.

—Nunca, jefe —respondió Riccardo, sus ojos transmitiendo la profundidad de nuestro vínculo.

Mientras miraba alrededor de la habitación a mis aliados más confiables, sentí una oleada de determinación correr por mis venas. Estábamos unidos en propósito e impulsados por la lealtad, y no había obstáculo que no pudiéramos superar juntos.

—Una vez que tengamos el control del sistema de seguridad de Bianchi, atacaremos con precisión y fuerza —declaré, mi voz resuelta—. Protegeremos a nuestra familia, nuestro imperio y derribaremos a Antonio Bianchi de una vez por todas.

—David, Enzo, quiero que ustedes dos se encarguen de la vigilancia —ordené, con voz firme y serena—. Mantengan los ojos en los movimientos de Bianchi en los días previos a nuestro ataque. Recopilen cualquier información de último momento que pueda darnos ventaja.

—Lo que tú digas, jefe —respondió David, mientras Enzo simplemente asintió con brusquedad, ambos hombres exudando una determinación silenciosa. Sabía que podía contar con ellos para ser minuciosos y precisos.

—Escuchen todos —dije, dirigiéndome a todo el equipo. La sala estaba cargada de anticipación, cada hombre concentrado en mis palabras. Entendía su ansiedad; todos anhelábamos que esta guerra terminara. Sin embargo, necesitaba que recordaran la importancia de la moderación.

—Mantener el sigilo es de suma importancia. Atacamos cuando menos lo esperen, y lo hacemos con precisión. No puedo permitirme bajas innecesarias entre nuestras filas —continué, golpeando con los dedos sobre la mesa mientras escaneaba los rostros de mis aliados de confianza. Sus expresiones se endurecieron ante mis palabras, cada uno comprendiendo la gravedad de la situación.

—Neutralicen a Bianchi sin derramar más sangre Romano de la necesaria —instruí con firmeza—. No estamos aquí para un baño de sangre, sino para recuperar el control y proteger lo que es nuestro.

—De acuerdo, jefe —intervino Riccardo, su tono impregnado de resolución. Podía sentir la unidad entre mis hombres, la lealtad que nos unía como un tapiz estrechamente tejido.

—Recuerden, caballeros —añadí, mirando a cada uno de ellos directamente a los ojos—, esto no se trata solo de nosotros. Se trata de nuestras familias, nuestro futuro. Asegurémonos de llevar esto hasta el final sin dejar un rastro de arrepentimiento.

—¡Por eso! —exclamó James, levantando sus manos entrelazadas en solidaridad. Los demás lo siguieron, sus puños juntándose con un golpe resonante.

—Muy bien, hombres —concluí—, prepárense para los días que vienen. Nos reuniremos poco antes del asalto. Buena suerte y manténganse alerta. Serán solo unos días antes de que ataquemos.

Tres días después, la tensión en el aire era palpable mientras nos reuníamos en la habitación tenuemente iluminada. Las paredes parecían cerrarse, cargadas de anticipación y el peso de nuestra inminente batalla contra Bianchi. Mis ojos escaneaban los mapas y planos dispersos, mi mente corriendo con estrategia y cálculos.

—¿Todos conocen sus roles? —pregunté, mi voz tranquila pero cargando una autoridad innegable. Los hombres asintieron, sus expresiones una mezcla de determinación y concentración.

—Bien —continué, sintiendo una oleada de adrenalina correr por mi cuerpo—. Matty,

¿has desactivado con éxito el sistema de seguridad de Bianchi?

—Pan comido, jefe —respondió Matty con una sonrisa astuta—. No sabrán qué los golpeó.

—Riccardo —me dirigí a él—, ¿estamos bien equipados para el asalto?

—Absolutamente, Nicholas —afirmó Riccardo—. Tenemos potencia de fuego y estamos preparados para cualquier sorpresa que pueda surgir.

—Excelente —dije, volviendo mi mirada a los planos de la fortaleza de Bianchi. Sentí un nudo apretarse en mi pecho al pensar en Liliana, su seguridad mi máxima prioridad. Aparté el pensamiento, concentrándome en la tarea que teníamos entre manos.

—Muy bien, hombres. Esto es todo —comencé, sintiendo el peso de mis palabras asentarse sobre todos nosotros—. Nuestro momento ha llegado. Atacamos esta noche cuando Bianchi esté en su momento más vulnerable. Recuerden lo que he dicho: sigilo, precisión y minimizar bajas. Terminamos esta guerra esta noche y protegemos lo que más apreciamos.

—Sí, jefe —respondió Enzo, su voz firme e inquebrantable.

—Vamos —ordené, mi corazón latiendo con cada paso hacia la puerta. Podía sentir el fuego de la determinación ardiendo dentro de cada hombre en la sala, alimentando nuestra resolución de derrocar a Antonio Bianchi de una vez por todas.

Capítulo 13

Nicholas

El aire húmedo colgaba pesadamente en el almacén mientras examinaba a mis hombres, sus manos firmes sobre una variedad de armas letales. La tenue luz proyectaba sombras sobre sus rostros, y podía ver la determinación ardiendo en sus ojos. Estábamos aquí por una razón: acabar con Antonio Bianchi.

—Jefe, ojalá pudiera ir contigo —dijo George, con voz baja y áspera. Sus puños se apretaban a los costados, con un fuego ardiendo detrás de sus ojos grises como el acero—. Todavía le debo a ese bastardo de Bianchi por lo que le hizo a la señora Romano. Es personal.

—George, tu lealtad es incuestionable —respondí, poniendo una mano firme sobre su hombro—. Pero te necesito aquí, asegurándote de que Gary, Peter y John no adviertan a Bianchi. Puede que nos hayan dado información valiosa, pero no podemos permitirnos sorpresas.

Asintió de mala gana, con la mandíbula apretada por la frustración. Entendía su ira; el secuestro de Liliana había sido un golpe brutal para todos nosotros. Pero no podía dejar que las emociones dictaran nuestra estrategia. El control era primordial; en este mundo, significaba la diferencia entre la vida y la muerte.

Mientras mis hombres se preparaban para el asalto, repasé el plan en mi mente. Lo habíamos revisado innumerables veces, y cada hombre conocía su parte. Sin embargo, a medida que la realidad de nuestra inminente batalla se acercaba, una tensión corrosiva arañaba los bordes de mis pensamientos. Luché por suprimirla, concentrándome en cambio en la tarea que teníamos por delante.

La fortaleza de Bianchi era una fortaleza en todo el sentido de la palabra. El techo plano, erizado de guardias armados y cámaras de vigilancia, solo añadía a la atmósfera amenazadora. Una única entrada estrecha se encontraba en el frente, flanqueada por dos imponentes puertas de hierro. Era un lugar diseñado para intimidar, para recordar a los visitantes que estaban entrando en la guarida del león.

—Muy bien, reúnanse —instruí mientras mis tenientes se acercaban a mí. Estudiamos el plano de la fortaleza de Bianchi una última vez, asegurándonos de que todos conocieran sus posiciones y rutas—. Recuerden, a Antonio Bianchi solo le quedan un puñado de hombres leales. Pero no los subestimen; serán más peligrosos que nunca.

—¿Quiénes son nuestros objetivos principales? —preguntó un teniente, con los ojos fijos en el mapa.

—Antonio Bianchi, obviamente —respondí, con voz firme pero intensa—. Pero también el hijo de Bianchi, Frankie, y Luca Carbone. Todos deben ser eliminados. Bianchi por lo que le ha hecho a nuestra familia, Frankie por lastimar a Liliana, y Luca porque es el animal que mantuvo separadas a su esposa e hija para obligarlas a comportarse.

—Lo que usted ordene, jefe —asintió otro teniente, con determinación grabada en su rostro.

—Manténganse alertas y cuídense las espaldas —continué, mirando a los ojos a cada

hombre, asegurándome de que entendieran la gravedad de la situación—. No nos iremos sin poner fin a esta guerra. Se lo debemos a nuestra familia, a nuestra gente y a Liliana.

Un coro de acuerdo resuelto respondió a mis palabras, y supe entonces que estábamos listos. Nos habíamos preparado para este momento, perfeccionado nuestras habilidades y estrategias, y ahora era el momento de atacar. Mientras nos poníamos en posición, pensé en Liliana, la mujer que se había convertido en el centro de mi mundo. Protegerla lo significaba todo para mí, y estaba preparado para hacer lo que fuera necesario para garantizar su seguridad.

—Vamos —ordené, con voz grave mientras avanzábamos hacia la fortaleza. El aire crepitaba con tensión y anticipación, pero sentí una extraña sensación de calma invadirme. Sabía que estábamos listos; nuestro plan era sólido, y nuestros hombres eran hábiles y leales.

Al acercarnos a la fortaleza, hice una señal para que mis hombres se dispersaran y se cubrieran donde pudieran.

—Eliminen primero a los guardias del techo —dije por el micrófono, enfocándome en los centinelas de arriba—. Háganlo rápido y limpio.

—Entendido, jefe —vino la respuesta concisa de mi francotirador. En cuestión de segundos, los guardias cayeron uno por uno, sus cuerpos sin vida desplomándose en el techo en un silencio espeluznante.

—Avancen —ordené, guiando a mis hombres hacia la entrada del complejo. Al irrumpir por las puertas, una tormenta de balas estalló a nuestro alrededor, y nos lanzamos a cubierto, devolviendo el fuego con furia implacable.

—¡Manténganse juntos, vigilen las esquinas! —grité sobre la cacofonía de disparos, con el corazón latiéndome en el pecho mientras la adrenalina corría por mis venas. Esto era todo; ya no habría vuelta atrás.

El interior de la mansión era un laberinto, con pasillos que serpenteaban en todas direcciones y habitaciones ocultas esperando atrapar a intrusos desprevenidos. Maniobramos a través de la enmarañada red, participando en intensos tiroteos y combates cuerpo a cuerpo con los hombres de Bianchi, quienes estaban decididos a proteger a su don a toda costa.

—¡Sigán avanzando! —exhorté a mis hombres, consciente de que cada segundo contaba. El caos y el peligro eran palpables, con balas silbando sobre nuestras cabezas y el acre olor a pólvora llenando nuestras fosas nasales. Sin embargo, en medio del tumulto, me encontré impulsado por un único propósito: derribar a Antonio Bianchi y finalmente poner fin a esta venganza de sangre que había plagado a nuestras familias durante demasiado tiempo.

—Jefe, ¡hemos despejado el tercer piso! —informó sin aliento uno de mis tenientes a través del auricular—. Nos estamos acercando a Bianchi.

—Bien —respondí, apretando los dientes mientras otra explosión destrozaba una pared cercana, cubriéndonos de escombros—. Recuerden nuestros objetivos: Antonio, Frankie y Luca.

—Sí, jefe —llegó la respuesta, la voz de cada hombre teñida de resolución y un compromiso inquebrantable con la misión en cuestión.

Mientras ascendíamos por la gran escalera que conducía al cuarto piso, los sonidos de disparos y caos se intensificaron. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, pero me negué a dejar que el miedo se apoderara de mí. Este era mi momento, mi oportunidad de probarme como el patriarca Romano y protector de mi familia.

—¡Nicholas, ahí están! —gritó uno de mis hombres, señalando hacia una gran habitación al final del pasillo. A través de la puerta entreabierta, pude ver a Antonio, Frankie y Luca, con sus espaldas contra la pared mientras intercambiaban miradas de pánico.

—¡Frankie, sal de aquí! ¡Sálvate! —ladró Antonio a su hijo, con desesperación grabada

en su rostro. Pero Frankie negó con la cabeza desafiante, sus ojos ardiendo de determinación y lealtad.

—No, padre. No te dejaré —respondió, agarrando su arma con fuerza.

Antes de que pudiera reaccionar, Frankie se lanzó frente a su padre, empujándolo fuera del camino justo cuando una bala destinada a Antonio rasgaba el aire. El sonido de su impacto fue nauseabundo, y sentí un escalofrío recorrer mi espina dorsal mientras veía al joven desplomarse en el suelo, la sangre formando un charco a su alrededor.

—¡Frankie! —gritó Antonio, la angustia retorciendo sus facciones.

—¡Antonio, tenemos que irnos! —instó Luca, agarrando al hombre mayor por el brazo e intentando alejarlo del cuerpo sin vida de su hijo.

—¡Quítame las manos de encima! —gruñó Antonio, empujando a Luca hacia atrás y presionando una pistola contra su cabeza—. ¡Recogerás el cuerpo de mi hijo ahora mismo! ¡No lo dejaré pudriéndose entre esta escoria Romano!

—¡Está bien, está bien! —accedió Luca, cumpliendo apresuradamente las órdenes de Antonio. Levantó la forma inerte de Frankie en sus brazos, y juntos, comenzaron a retirarse por el pasillo, sus rostros una mezcla de ira, dolor y determinación.

—¡Síguenlos! —ordené, sabiendo que no podíamos permitir que Antonio y Luca escaparan—. ¡No dejen que se escapen!

Mis hombres asintieron, sus expresiones endurecidas mientras perseguíamos a nuestros enemigos por los retorcidos pasillos de la mansión. La tensión colgaba pesadamente en el aire, un recordatorio palpable de la brutal lucha por el control entre nuestras familias.

Al doblar una esquina, estalló un tiroteo desde adelante. Antonio y Luca estaban haciendo su última resistencia, desesperados por escapar de nuestras garras. Nos lanzamos a cubierto, apretando los dientes mientras las balas rociaban las paredes a nuestro alrededor.

—¿Están bien? —grité a mis hombres, mi voz apenas audible sobre la ensordecedora cacofonía de disparos.

—¡Bien, jefe! —respondió uno de ellos, sus ojos ardiendo de determinación.

—¡Vamos a acabar con estos bastardos! —gritó otro, alimentado por la adrenalina y la lealtad.

—¡Cúbranme! —ordené, preparándome para correr hacia una mejor posición. Mis hombres desataron una tormenta de balas hacia nuestros enemigos, brindándome la oportunidad de moverme.

Corrí a través del pasillo, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho mientras evitaba por poco ser alcanzado. Apuntando desde mi nueva posición, vislumbré a Antonio y Luca deslizándose hacia el garaje.

—¡Maldita sea! —maldije por lo bajo, sabiendo que estaban a segundos de escapar. Disparé unos tiros más, pero era demasiado tarde: habían desaparecido detrás de las puertas del garaje, esfumándose en la noche.

—Jefe —jadeó uno de mis tenientes, acercándose a mi lado—. ¿Deberíamos seguir persiguiéndolos?

Dudé por un momento, sopesando nuestras opciones. Pero finalmente, negué con la cabeza. —No. No tenemos hombres en la planta baja. Se han escapado por ahora, pero los encontraremos de nuevo.

—Maldita sea —dijo él.

—Ordena que cese el combate —mandé, mi voz firme y autoritaria—. Ya no quedan hombres de Bianchi aquí.

Mientras el sonido de los disparos se apagaba y el humo se disipaba, observamos la carnicería a nuestro alrededor. El bastión había sido violado, pero no logramos nuestro objetivo. Bianchi y Luca estaban huyendo y no tenía idea de adónde irían después.

Capítulo 14

Nicholas

El frío aire nocturno mordisqueaba mi piel mientras salía del coche, la oscuridad nos engullía por completo. La casa discreta en las afueras de Nueva York se alzaba ante nosotros, su fachada envuelta en sombras. Sabía que Luca Carbone y Antonio Bianchi se escondían allí, acobardados como las ratas que eran.

—Estad atentos —dije a mis hombres, con voz baja y controlada. Asintieron, sus expresiones endurecidas por la determinación. Nos movimos sigilosamente a través de la oscuridad, el crujido de la grava bajo nuestros pies apenas audible.

Mientras examinaba los alrededores, noté que la casa parecía no tener fortificaciones. Sería fácil infiltrarse, pero no podía quitarme de encima la sensación inquietante de que podría ser una trampa. Esperaba que pudiéramos eliminar a los dos últimos miembros vivos de la familia criminal Bianchi con poca lucha, ya que estaban en una zona densamente poblada. La idea de que vidas inocentes pudieran quedar atrapadas en el fuego cruzado pesaba mucho sobre mí, una carga que llevaba con cada decisión que tomaba.

—Parece casi demasiado fácil, jefe —dijo Riccardo, haciéndose eco de mis pensamientos. Sus ojos se movían rápidamente, evaluando todos los ángulos posibles.

—Esperemos que siga así —respondí, mi mente corriendo con estrategias. Esto era más que simplemente derribar a nuestros enemigos; se trataba de proteger a mi familia, especialmente a Liliana. Mi corazón se encogió al recordar su rostro surcado de lágrimas cuando la encontré después de su secuestro, todo por culpa de estos bastardos.

—¿Estamos listos? —pregunté, volviéndome hacia mis hombres. Había un entendimiento tácito entre nosotros: esto no era solo una misión, era personal. Sus asentimientos fueron firmes, y pude ver el fuego en sus ojos. Era hora de acabar con esto de una vez por todas.

—Recordad, nada de bajas civiles. Estamos aquí por Carbone y Bianchi —dije, con voz firme a pesar de la tormenta que rugía dentro de mí. Con un último asentimiento, nos pusimos en posición, listos para atacar.

Mientras nos acercábamos a la casa, pensé en Jocelyn y Abby, dos almas inocentes atrapadas en el punto de mira de nuestro mundo brutal. Su seguridad se había convertido en mi responsabilidad, y estaba decidido a garantizarla asegurándome de que Luca Carbone nunca más pudiera tocarlas.

—Riccardo, lleva a Matty y Enzo a la entrada trasera. Paulie, tú vienes conmigo a la delantera. El resto, cubrid las ventanas y puertas laterales —ordené, con voz baja y autoritaria. Mis hombres se movieron rápida y silenciosamente, un testimonio de su lealtad y disciplina. Sabía que podía contar con ellos.

Miré a Riccardo, sus ojos llenos de determinación. Habíamos pasado por tanto juntos, luchando por la supervivencia de nuestra familia en este mundo despiadado. Este era solo otro paso hacia recuperar el control y restaurar nuestro honor.

—Riccardo, una vez que entremos, irás directo a por Carbone. Yo me encargaré de

Bianchi —instruí, mi mente ya visualizando el caos que estaba a punto de desatarse. Riccardo asintió, y vi cómo apretaba los puños: estaba tan ansioso por venganza como yo.

—Muy bien, todos, a mi señal —dije, respirando profundamente para calmarme. Este era el momento que habíamos estado esperando, la culminación de nuestros esfuerzos para dismantelar el imperio Bianchi. Era hora de mostrarle a Antonio Bianchi que se había metido con la familia equivocada.

—¡Tres... dos... uno... ahora! —grité, y como una máquina bien engrasada, entramos en acción.

El sonido de cristales rompiéndose y madera astillándose era ensordecedor mientras asaltábamos la casa, nuestra presencia amenazante y abrumadora. Podía oír el pánico en las voces de Bianchi y Carbone mientras se apresuraban a responder, pero era demasiado tarde: los teníamos acorralados.

—¡Nicholas! —gritó Carbone desde algún lugar dentro de la casa, la desesperación evidente en su voz. Era un hombre muerto caminando, y lo sabía.

—¡Carbone, pedazo de escoria! —rugió Riccardo mientras cargaba a través del caos, sus ojos fijos en su objetivo. El arma de Carbone se atascó y Riccardo corrió hacia él, cada paso acercándolo más al hombre que había causado tanto dolor a los Romano.

Mi atención, sin embargo, estaba en Antonio Bianchi. Lo vi al otro extremo de la habitación, sus ojos grises llenos de terror. Levantó su arma, intentando dispararme, pero yo fui más rápido. Me lancé hacia adelante, derribándolo al suelo. Nuestras armas se deslizaron por el suelo, dejándonos a ambos desarmados.

—¡Romano! —escupió Bianchi, luchando bajo mi peso. Pero no había escapatoria de mi agarre mientras lo inmovilizaba, mis manos firmemente apretadas alrededor de su garganta.

—Tu reinado ha terminado, Bianchi —gruñí, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Al mirar en sus ojos, vi el miedo que lo consumía. Este hombre, que una vez se creyó intocable, ahora se daba cuenta de lo vulnerable que realmente era.

Entre la cacofonía de gritos, noté que Riccardo había logrado someter a Carbone, dejándolo ensangrentado y golpeado en el suelo. Mis hombres estaban divididos, la mitad cubriéndome a mí y la otra mitad cubriendo a Riccardo.

—Por favor... Romano... piedad... —balbuceó Bianchi, con la respiración entrecortada y el rostro tornándose de un enfermizo tono púrpura.

—¿Piedad? —siseé, apretando mi agarre—. ¿Como la piedad que le mostraste a mi esposa?

—Riccardo —llamé, sin apartar los ojos de mi presa—. Asegura a Carbone. Es hora de acabar con esto.

—Entendido, jefe —respondió Riccardo, con voz firme y confiada. Se movió rápidamente para asegurar a Carbone, atándole las manos y los pies con bridas mientras el hombre derrotado yacía inmóvil en el suelo.

—Por favor, Nicholas... te lo suplico... —rogó Bianchi, su tono antes amenazante ahora reemplazado por desesperación—. Te daré lo que quieras. Dinero... poder... lo que desees. Solo déjame ir.

—Tu dinero y tu poder ya son míos —respondí fríamente, entrecerrando los ojos—. ¿Creíste que podías destruir a mi familia, quitarme todo y salir ileso? Estabas equivocado.

—Nicholas, por favor —sollozó, con lágrimas corriendo por su rostro—. Solo era un juego... entre adversarios amistosos.

—¿Un juego? ¿Crees que es un juego golpear a mi esposa? ¿Es un juego prometérsela a

tu hijo el día de nuestra boda? ¿Qué clase de bastardo enfermo eres?

—¡Espera! —gritó, con pánico evidente en su voz—. ¿No he pagado ya suficiente? He perdido a mi hijo.

—¿Tu hijo? —me burlé, con la voz cargada de desdén—. Frankie no era más que un peón en tu retorcido juego de poder y venganza. Nunca te importó, solo el control que podía darte sobre los demás.

—¡Basta! Por favor —lloró Bianchi, con el rostro contorsionado de angustia.

—Asesinato, extorsión, trata de personas —enumeré, mencionando solo algunos de los atroces crímenes cometidos por este hombre patético frente a mí—. Has causado tanto dolor y sufrimiento, Bianchi. Es hora de que respondas por tus acciones.

—Por favor, Nicholas, ten piedad. Haré lo que sea —suplicó una última vez, con la desesperación nublando sus ojos grises.

—¿Piedad? La única piedad que te concederé es un final rápido —dije fríamente, levantando mi arma—. Te enviaré con Frankie, y créeme cuando te digo que es más piedad de la que mereces.

Mientras la tensión alcanzaba su punto máximo, me preparé, mi dedo apretando el gatillo. Los ojos de Bianchi se abrieron de terror, pero no habría indulto para él esta noche.

El disparo resonó por la habitación, y el cuerpo de Antonio Bianchi se desplomó en el suelo, sin vida. Me quedé de pie sobre él, con el pecho agitado por el peso de lo que había hecho. Pero era necesario: por mi familia, por Liliana y por el imperio que se me había confiado proteger.

Con el cuerpo sin vida de Bianchi a mis pies, me giré para observar la carnicería a mi alrededor. El olor a pólvora y sangre flotaba pesadamente en el aire, un sombrío testimonio de la violencia que se había desatado entre estas paredes. Mis hombres se movían rápida y eficientemente por la casa, borrando cualquier rastro de nuestra presencia y dejando solo las secuelas de nuestro brutal asalto.

—Asegúrense de que cada centímetro de este lugar quede limpio —ordené, con voz fría y autoritaria—. Nadie puede saber que estuvimos aquí.

—Por supuesto, jefe —respondió Enzo, asintiendo secamente mientras transmitía mis órdenes a los demás. Podía ver el respeto y la lealtad reflejados en sus ojos; me seguirían hasta el infierno y de vuelta si fuera necesario, y esta noche no era la excepción.

—Una vez que terminen aquí, quiero equipos enviados a cada uno de los negocios de Bianchi —instruí, mi mente acelerada con cálculos estratégicos—. Nos movemos a primera hora de la mañana. Tomen el control de su imperio antes de que alguien más tenga la oportunidad de llenar el vacío.

—Enseguida, Nicholas —reconoció Riccardo, su rostro una máscara de determinación férrea. En el fondo, sabía que compartía mi deseo de asegurar que nadie volviera a amenazar a nuestra familia.

—Recuerden, debemos actuar rápida y decisivamente —continué, afirmando mi dominio sobre la situación—. No queremos que ninguna de las otras familias piense que puede obtener una parte del imperio Bianchi.

—Por supuesto, jefe —asintió Riccardo, su mirada sin apartarse de la mía—. Tienes nuestra completa lealtad.

—Bien —dije, con tono definitivo mientras me giraba para salir de la habitación. El peso de mis acciones, las vidas tomadas en nombre del poder y el control, presionaba fuertemente sobre mi conciencia. Era una carga que llevaría conmigo por el resto de mis días.

Capítulo 15

Nicholas

Regresé a casa, mi rostro aún llevaba las marcas de la brutal batalla. La puerta se cerró tras de mí con un clic mientras observaba el silencioso vestíbulo. Por fin había terminado, pero el peso de lo sucedido pesaba sobre mis hombros.

Sabía que no podía dejar que Sophia y Jocelyn me vieran así, así que me dirigí a mi habitación y comencé a asearme. Mientras me echaba agua fría en la cara, lavando la suciedad y la sangre, me miré fijamente en el espejo: un hombre que acababa de eliminar a su mayor enemigo. Apenas me reconocía.

La guerra con la familia Bianchi había terminado, pero tarde o temprano comenzaría otra guerra. ¿Qué familia me desafiaría después? Habría tiempo para reflexionar más tarde. Ahora necesitaba tranquilizar a las personas que más me importaban.

Recomponiéndome, salí de la habitación, mis pasos resonando por los pasillos silenciosos mientras iba en busca de Liliana, Sophia y Jocelyn. Las encontré juntas en la oficina de Liliana, sus rostros grabados con preocupación y miedo. No tendría que ver ese miedo en sus ojos de nuevo, no por mucho tiempo.

—Vengan conmigo —dije, con voz firme pero suave mientras las guiaba a mi oficina. Me siguieron, sus ojos fijos en mí con una mezcla de curiosidad y temor. Al cerrar la puerta tras nosotros, noté cómo sus cuerpos se tensaban, preparándose para lo que estaba a punto de decir.

—Siéntense —indiqué, señalando las mullidas sillas frente a mi imponente escritorio de madera oscura. Una vez sentadas, respiré hondo, preparándome para la conversación que se avecinaba. Nunca era fácil decirle a una mujer que su marido estaba muerto, incluso cuando lo odiaba.

—Los dos últimos miembros de la familia Bianchi están muertos. Antonio Bianchi y Luca Carbone murieron esta noche —comencé, observando cómo sus rostros registraban una mezcla de conmoción y alivio—. La familia Bianchi ha sido completamente destruida, su poder hecho añicos junto con la muerte de esos dos hombres.

—¿Estás seguro? —preguntó Liliana, sus profundos ojos marrones escudriñando los míos en busca de cualquier indicio de engaño.

—Absolutamente —confirmé, con la convicción en mi voz inquebrantable—. Me aseguré de ello personalmente.

Examiné sus rostros, buscando cualquier duda o temor persistente. Habían pasado por tanto, mucho más de lo que nadie debería soportar. Necesitaba que supieran que finalmente podían respirar tranquilas, que la pesadilla había terminado. Al menos, por ahora.

Mientras miraba a los ojos de estas tres mujeres, cada una fuerte y resiliente a su manera, recordé el costo de la vida que llevábamos. El peligro, la violencia, la lucha constante por el poder.

Fue entonces cuando Sophia, con los ojos llenos de esperanza, habló:

—Nicholas, ¿esto significa que finalmente puedo volver a casa? ¿Que estoy libre de las

garras de la mafia y ya no será utilizada como peón para obtener información?

Mi corazón se apenó por ella, por la vida en la que había sido arrojada sin opción alguna. Pero incluso con la familia Bianchi desaparecida, aún había peligros de los que debía ser consciente. Con voz teñida de precaución, le dije la verdad:

—Sophia, no hay garantías de que otros hombres no te utilicen. Vas a tener que ser cuidadosa con quién sales durante mucho tiempo. Si quieres, mis hombres pueden hacer verificaciones de antecedentes de cualquiera que te interese, solo para asegurarnos.

—Sin embargo —añadí, ofreciéndole una alternativa—, puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. —Mientras las palabras salían de mis labios, pensé en Riccardo. Si ella se quedaba, tal vez él finalmente se armaría de valor y le diría lo que sentía por ella. Era evidente para todos los demás que estaban destinados a estar juntos; solo necesitaban un pequeño empujón.

—Gracias, Nicholas —dijo Sophia, su gratitud evidente en su voz. Tenía mucho que considerar, y sabía que no sería una decisión fácil de tomar. Pero si elegía quedarse, juré protegerla y velar por sus intereses. Después de todo, ella también merecía una oportunidad de ser feliz.

—Nicholas —comenzó Jocelyn, con la voz temblorosa pero impregnada de determinación—, he estado pensando y... necesito preguntarte algo. —Dudó, tragando saliva mientras reunía coraje—. ¿Podemos Abby y yo volver a nuestra casa? Es el único hogar que ella ha conocido, y quiero recuperarlo, convertirlo en un santuario para nosotras, lleno de amor.

Sus palabras tocaron una fibra sensible en mi interior, y supe que no podía negarle esto. Esta mujer, que había soportado tanto dolor y sufrimiento a manos del hombre que debería haberla amado, merecía una oportunidad de ser feliz. Se lo debía a ella y a Abby, darles el apoyo que necesitaban para reconstruir sus vidas.

—Jocelyn —dije, con voz firme y segura—, te aseguro que tienes todo mi apoyo. No solo garantizaré tu seguridad, sino que también pagaré la hipoteca de tu casa. Mereces empezar de nuevo, libre de las cargas del pasado.

Sus ojos se abrieron de sorpresa, llenándose de lágrimas que amenazaban con derramarse. —Gracias, Nicholas —dijo, con la voz cargada de emoción—. No tienes idea de lo mucho que esto significa para nosotras.

Mientras la observaba recuperar el control de sus emociones, me maravillé de la fuerza y resistencia que mostraba. Frente a la adversidad, había elegido superarla y luchar por sí misma y por su hija. Era un testimonio de su carácter, y me sentía orgulloso de estar a su lado.

Con un gesto de gratitud, Jocelyn se volvió hacia Sophia, que había estado escuchando atentamente. Sus ojos se llenaron de esperanza, y era evidente que la perspectiva de libertad era algo que ella también había anhelado. Juntas se pusieron de pie, sus pasos decididos pero cautelosos, como si aún temieran que esta nueva esperanza pudiera serles arrebatada en cualquier momento.

—Gracias, Nicholas —dijo Sophia suavemente, con la voz temblando ligeramente—. Por todo.

—Cúdense —respondí, con la voz teñida de sinceridad y preocupación—. Y recuerden, siempre serán bienvenidas aquí.

Mientras salían de mi oficina, sus pasos imbuidos de una nueva esperanza y el peso de sus propios viajes, me sorprendí al darme cuenta de que estaba orgulloso de ellas. Estas mujeres, antes víctimas de circunstancias fuera de su control, estaban recuperando sus vidas. Era un poderoso recordatorio de por qué estaba luchando: no solo para proteger a mi familia, sino

también para cambiar las vidas de otros.

La puerta se cerró tras ellas, dejándome a solas con Liliana. Cuando la miré, vi cómo su compostura se desmoronaba, las lágrimas corrían por su rostro mientras finalmente se permitía reconocer que sus pesadillas de que Bianchi la secuestrara de nuevo nunca se harían realidad.

—¿Realmente ha terminado? —preguntó, con la voz ahogada por la emoción—. ¿Puedo finalmente respirar sin el constante miedo de que Frankie o Luca me persigan?

Me acerqué, mi mano extendida para acunar su delicada barbilla, obligando a su mirada a encontrarse con la mía. Quería que viera la absoluta certeza que ardía dentro de mí mientras pronunciaba mis siguientes palabras. —Liliana, te prometo que nunca más te harán daño. Los Bianchi están acabados, y su poder yace hecho pedazos a nuestros pies.

Un sollozo escapó de sus labios, y la atraje hacia mis brazos, el calor de su cuerpo filtrándose a través de mi ropa mientras la abrazaba. Se aferró a mí como si fuera un salvavidas, sus dedos hundiéndose en la tela de mi camisa. Podía sentir su corazón latiendo contra mi pecho, haciendo eco de mi propio pulso acelerado.

Su agarre sobre mí se apretó, como si estuviera tratando de extraer fuerza de mis palabras, de mi propia alma. En las profundidades de sus ojos, vislumbré el parpadeo de una llama que se reavivaba: ese espíritu resiliente que me había atraído hacia ella en un principio. Mientras permanecíamos allí, entrelazados en el abrazo del otro, supe que nuestro amor nos fortalecería contra cualquier desafío que enfrentáramos en el futuro.

—Nicholas —dijo, con la voz temblando con una mezcla de alivio y recién encontrado coraje—, finalmente podemos celebrar nuestro embarazo sin miedo. Estamos trayendo a nuestro hijo a un mundo más seguro.

Asentí, mi corazón hinchándose de orgullo y amor por la mujer en mis brazos. Tenía razón: nuestro hijo crecería en un mundo libre de la sombra de la familia Bianchi. Solo podía esperar que las cicatrices del pasado no mancharan la promesa de nuestro futuro juntos.

—Sí, cara mía —murmuré contra su cabello, presionando un tierno beso en su sien—. Nuestro hijo no conocerá más que seguridad, amor y la fuerza de nuestra familia.

Capítulo 16

Liliana

Los músculos de mi cuello se tensaron mientras me paraba frente a la casa de Jocelyn, el lugar donde una vez estuve cautiva. Era hora de enfrentar los fantasmas que me atormentaban y dejarlos atrás para siempre. Sophia, Jocelyn y Abby me acompañaban, sus expresiones una mezcla de temor y anticipación.

—¿Estás lista? —le pregunté a Jocelyn, mi voz baja y firme a pesar del rápido latir de mi corazón.

Jocelyn asintió, sus ojos alternando entre mí y la casa. —Creo que sí —dijo, tragando con dificultad. Abby se aferraba a la mano de su madre, mirando la casa con ojos grandes. Podía ver el miedo persistente en su expresión, sin duda recordando el trauma que habían experimentado dentro de esas paredes.

Juntas, cruzamos el umbral y entramos en la casa. La casa parecía intacta, sin agujeros de bala ni daños de los eventos violentos que habían ocurrido allí. Las cejas de Jocelyn se alzaron y se volvió hacia mí con una mirada interrogante.

—¿Tú...? —se interrumpió, incapaz de terminar el pensamiento.

—Me tomé la libertad de contratar un equipo de limpieza para encargarse de lo peor del daño —expliqué, ofreciéndole una pequeña sonrisa. Quería que Jocelyn y Abby tuvieran un nuevo comienzo, libres de los recordatorios constantes de su sufrimiento pasado.

—Gracias, Liliana. No sabía cómo iba a explicarle todo a Abby —dijo Jocelyn, conmovida por mi gesto. Apretó la mano de Abby, quien sonrió nerviosamente y miró alrededor de la habitación con un aire de cauteloso optimismo.

Mientras recorríamos la casa, sentí que un peso se levantaba de mis hombros. El dolor de mi secuestro siempre sería parte de mí, pero estar aquí ahora, a salvo, era otro paso en el camino hacia la sanación.

—Por supuesto, Jocelyn —dije cálidamente, mientras ella comenzaba a guiarnos en un recorrido por su pequeña casa. No era nada comparado con la extensa finca Romano, pero había cierto encanto y calidez que admiraba.

—Tu casa es encantadora, Jocelyn —comenté sinceramente, observando la acogedora sala de estar con sus muebles gastados pero cómodos—. Se siente acogedora y vivida.

—Gracias —respondió, con evidente orgullo en su voz—. Puede que no sea tan grandiosa como tu casa, pero es nuestra. Por fin podemos hacerla nuestro propio santuario.

El entusiasmo de Abby era contagioso mientras exploraba ansiosamente la casa, sus pequeñas manos tocando cada superficie y objeto. El miedo persistente de sus experiencias pasadas parecía estar disipándose, reemplazado por curiosidad y asombro.

—¡Mami! ¡Mira mi habitación! —chilló Abby con deleite al descubrir una habitación llena de libros y juguetes. Jocelyn miró alrededor confundida, frunciendo el ceño.

—Nada de esto estaba aquí cuando nos fuimos —murmuró, volviéndose hacia mí con ojos inquisitivos. Sonreí, sabiendo que la sorpresa había valido la pena.

—Considéralo un pequeño regalo de bienvenida de parte de Sophia y mía —dije suavemente. Una mirada de gratitud inundó su rostro, y me atrajo hacia un fuerte abrazo. Me calentó el corazón ver a Jocelyn y Abby encontrando felicidad en su nuevo comienzo.

Mientras continuábamos por la casa, la determinación de Jocelyn se hizo evidente. Comenzó a reorganizar las cosas, haciendo el espacio verdaderamente suyo por primera vez. La observé reunir metódicamente las pertenencias de Luca —ropa, artículos de aseo, incluso su taza favorita— y tirarlas en una bolsa de basura con una resolución inquebrantable.

—Buen viaje —dijo con entusiasmo, cerrando la bolsa con finalidad. Abby observaba a su madre, el alivio creciendo en sus ojos mientras los restos de su padre eran removidos de sus vidas.

—Déjame ayudarte, Jocelyn —ofrecí, remangándome y uniéndome a ella en la tarea de reclamar su hogar. Mientras trabajábamos, me maravillé de la fuerza y resistencia que Jocelyn poseía. A pesar de los horrores que había enfrentado, se negaba a dejar que la definieran a ella o su futuro. Supuse que eso era parte de ser madre, ser fuerte frente a la adversidad y sacar lo mejor de cada situación por tu hijo.

Juntas, transformamos el espacio, desechando las sombras del pasado y reemplazándolas con esperanza y luz. Y mientras nos apartábamos para contemplar nuestro trabajo, vi cómo tomaba forma un nuevo comienzo para Jocelyn y su hija. Ya no serían prisioneras en su propia casa; en su lugar, prosperarían, rodeadas de amor y apoyo.

Tres semanas después, Sophia y yo llegamos a la casa de Jocelyn, nuestros brazos cargados de regalos y suministros para una fiesta de inauguración. Era importante para nosotras mostrar nuestro apoyo y lealtad, para recordarle a Jocelyn que no estaba sola. Al cruzar el umbral, pude sentir su alegría por poder invitar a amigas a su casa, algo que Luca nunca le permitió hacer.

—Muchas gracias por venir —dijo Jocelyn efusivamente, sus mejillas sonrojadas de felicidad—. No creo que hubiera podido hacer nada de esto sin vuestra ayuda.

—Por supuesto, Jocelyn. Ahora somos familia —respondí, colocando mi mano en su hombro de manera tranquilizadora. Sus ojos brillaban con lágrimas contenidas, y supe que le habíamos dado algo invaluable: el sentimiento de pertenencia.

Sophia y yo preparamos todo para la fiesta, exclamando sobre la pintura fresca en las paredes y los nuevos toques decorativos que ella había añadido.

—Resulta que Luca dejó mucho dinero en la caja fuerte, así que decidí gastar algo en la casa —explicó Jocelyn.

—Me alegro por ti —dije, sonriéndole por su recién descubierta independencia.

Mientras dábamos los toques finales a la decoración, reflexioné sobre el progreso que había hecho Jocelyn. La casa estaba a años luz del lugar frío y estéril que había sido bajo el dominio de Luca. Se sentía viva, llena de amor y risas, como debe ser un hogar.

Pronto, los invitados comenzaron a llegar, cargados de regalos y comida. Jocelyn recibió a cada persona con los brazos abiertos, sus ojos brillando de emoción. Nicholas y Riccardo entraron, sus imponentes figuras llenando el umbral. Su presencia no solo era una muestra de apoyo, sino también una precaución, por si acaso las cosas se salían de control.

—Todo se ve fantástico, Liliana —murmuró Nicholas en mi oído mientras me abrazaba, su aliento cálido contra mi piel—. Has hecho un trabajo increíble.

—Gracias —respondí, mirándolo con una sonrisa—. Pero fue un esfuerzo en equipo.

—Por supuesto —concedió, sus ojos azules bailando con diversión—. Aun así, estoy orgulloso de lo que has logrado aquí.

—Yo también —dije, sintiendo una oleada de orgullo y satisfacción llenar mi pecho. Esto era más que solo una fiesta; era un testimonio de nuestra resistencia, nuestra capacidad de elevarnos por encima de la oscuridad de nuestro pasado y construir algo hermoso en su lugar.

A medida que avanzaba la noche, observé a Jocelyn deleitarse en su recién descubierta libertad y felicidad. Reía y bailaba con sus amigos, su rostro radiante de alegría. Sabía que le habíamos dado algo invaluable: un nuevo comienzo, libre de miedo y lleno de esperanza para el futuro.

—¡Riccardo! —llamó Nicholas, su voz resonando por la habitación mientras hacía un gesto para que su amigo se uniera a él. Riccardo se acercó a nosotros con un destello de curiosidad en sus ojos.

—Nicholas, ¿qué sucede? —preguntó, mirando entre mi esposo y yo.

—Nada demasiado serio —respondió Nicholas con una sonrisa burlona—. Solo pensé que podrías necesitar algo de compañía. —Luego dirigió su mirada hacia Sophia, que estaba charlando animadamente con un grupo de amigos—. ¡Sophia!

Al escuchar su nombre, Sophia se disculpó de la conversación y se acercó a nosotros, sus cejas levantadas inquisitivamente.

—¿Está todo bien? —preguntó, con preocupación grabada en su rostro.

—Pensé que tú y Riccardo podrían ayudar a Jocelyn con la comida. Ella debería pasar más tiempo con sus invitados. —Nicholas sonrió a Riccardo—. Sé que no eres muy bueno en la cocina, así que simplemente haz lo que Sophia te diga.

—Por supuesto —aceptó Riccardo, asintiendo a Sophia—. Estaremos encantados de ayudar.

—Perfecto —respondió Nicholas, dando una palmada en el hombro de Riccardo—. Sabía que podía contar con ustedes dos.

Nicholas examinó la fiesta. —Hermoso, ¿verdad? —murmuró a mi lado, su brazo rodeando protectoramente mi cintura—. Ver a todos disfrutando.

—Lo es —estuve de acuerdo, apoyándome en él.

Pronto, llegó el momento de abrir los regalos. Todos nos reunimos alrededor de Abby y Jocelyn, nuestras risas mezclándose con la suave música de fondo. Jocelyn se sentó junto a su hija, una sonrisa orgullosa en su rostro mientras Abby decidía qué regalo abrir primero. —Ábrelos todos tú, cariño —dijo Jocelyn.

Los ojos de Abby se agrandaron. —¡Es como si fuera Navidad otra vez!

Abby se abalanzó sobre los regalos, descartando rápidamente los aburridos como una nueva aspiradora o una batidora de última generación. Jocelyn, sin embargo, casi se emocionó hasta las lágrimas por la generosidad de sus amigos.

—¡Más libros! —exclamó Abby, sus ojos iluminándose de emoción mientras sostenía una copia bellamente ilustrada de "Alicia en el País de las Maravillas". Me reí de su entusiasmo, recordando mi amor infantil por escapar a nuevos mundos a través de páginas llenas de palabras.

Observé con diversión cómo la expresión de Abby pasaba del aburrimiento al deleite cuando se encontró con un regalo específicamente para ella: un set de pintura completo con pinceles y un caballete. Sus chillidos de alegría resonaron por la habitación, provocando sonrisas genuinas en los rostros de todos.

A medida que la noche comenzaba a terminar, los invitados se fueron yendo lentamente de la casa, dejando atrás cálidos recuerdos y buenos deseos. El ambiente se había transformado en uno de comodidad y seguridad, un testimonio de la resistencia y fortaleza de las mujeres que ahora llamaban hogar a este lugar.

—Jocelyn —dije suavemente, tomando sus manos entre las mías—, si alguna vez necesitas algo, lo que sea, por favor no dudes en venir a mí. Ahora somos familia, y siempre estaremos aquí para ti y Abby.

—Gracias, Liliana —respondió, sus ojos brillando con lágrimas contenidas—. No tienes idea de lo mucho que eso significa para nosotras.

—Créeme, lo sé —le aseguré, apretando suavemente sus manos—. Ambas hemos luchado a través de tiempos oscuros, pero siempre hay esperanza para un futuro más brillante. Y recuerda, aunque vivamos en un mundo dominado por hombres, somos mujeres fuertes capaces de superar cualquier obstáculo que se nos presente.

Capítulo 17

Nicholas

Estaba inmerso en el papeleo esparcido sobre mi escritorio cuando la puerta se abrió, revelando a mi radiante esposa Liliana y a su mejor amiga Sophia. Observé sus rostros sonrientes mientras entraban, un marcado contraste con la tensión que habitualmente llenaba la habitación.

—Nicholas, vamos a salir de compras para el bebé —anunció Liliana, sus ojos castaños oscuros reflejando un destello de emoción.

—Cariño, en los últimos seis meses, a nuestra bebé le han comprado, regalado o hecho absolutamente todo lo que podría necesitar —respondí con un toque de diversión—. ¿Qué más podrían encontrar para comprar?

Sophia dio un paso adelante, su entusiasmo contagioso.

—Hay un nuevo envío de ropa de cama para bebés que llegará a Pottery Barn, y el gerente de la tienda nos está ofreciendo un adelanto.

Me reí de su necesidad de más cosas para el bebé.

—Está bien, diviértanse, solo no se excedan.

—Gracias, Nicholas —la sonrisa de Liliana calentó mi corazón mientras salían de mi oficina, dejándome solo de nuevo con la implacable pila de documentos.

Una vez que se fueron, me encontré distraído por pensamientos sobre Liliana. Su belleza parecía haberse intensificado ahora que estaba a punto de dar a luz. En estos momentos, mis prioridades cambiaron, y me di cuenta de que el bienestar de mi familia tenía mucho más peso que cualquier imperio que buscara expandir.

Había asumido que Sophia se habría mudado a estas alturas, pero al recordar el tiempo que habían pasado juntas, no podía negar la felicidad que Sophia le brindaba a Liliana.

Mi momento de reflexión fue interrumpido por un golpe en la puerta de mi oficina.

—Adelante —dije en voz alta, preguntándome quién podría ser.

Riccardo, mi amigo de la infancia y mano derecha, entró en la habitación con una expresión extrañamente nerviosa en su rostro. Era inusual verlo tan inquieto; este hombre había pasado por innumerables situaciones peligrosas junto a mí, siempre manteniendo la compostura.

—Oye, Nicholas, ¿podemos hablar? —preguntó vacilante, pasándose una mano por el cabello oscuro.

—Por supuesto, Riccardo. ¿Qué pasa? —respondí, tratando de mantener un tono casual a pesar de mi creciente preocupación.

Las arrugas en su frente se profundizaron mientras cambiaba su peso de un pie a otro, claramente incómodo. Verlo así me revolvió el estómago de inquietud. ¿Algo andaba terriblemente mal? ¿Nuestros enemigos habían descubierto alguna debilidad que pudieran explotar? ¿O era algo más personal, quizás Riccardo quería renunciar? La idea de perderlo me llenó de temor; nuestra lealtad mutua era inquebrantable, y sin él, navegar por las aguas traicioneras del submundo se volvería infinitamente más desafiante.

—Nicholas, yo... —se interrumpió, tragando saliva como si tratara de encontrar las

palabras adecuadas—. Creo que es hora de que... um... haga algunos cambios en mi vida.

—¿Cambios? —repetí, sintiendo que se me encogía el corazón mientras me preparaba para cualquier noticia que estuviera a punto de dar.

—Riccardo —dije, con la voz tensa mientras estudiaba su expresión—. Solo dilo.

Suspiró y luego, sorprendentemente, una pequeña sonrisa tiró de la comisura de su boca.

—Está bien, allá voy —hizo una pausa por un momento, reuniendo coraje—. Quiero tu permiso para invitar a Sophia a una cita formal.

Mis cejas se elevaron de sorpresa, y de repente la tensión que se había estado acumulando dentro de mí se disipó, reemplazada por alivio. Esta no era la catástrofe que había estado temiendo. De hecho, era todo lo contrario.

—¿Permiso? —me reí, sacudiendo la cabeza—. No necesitas mi permiso, Riccardo. Ya era hora de que la invitaras a salir.

Pareció aliviado, pero aún había un toque de incertidumbre en sus ojos.

—¿En serio? ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto que lo estoy —le aseguré, dándole una palmada en el hombro—. Sophia es una mujer maravillosa, y creo que ustedes dos serían geniales juntos.

—Gracias —dijo, su sonrisa haciéndose más amplia—. Hemos estado pasando más tiempo juntos, pero solo como personas que viven en la misma casa. Quiero hacer nuestra relación más formal, ¿sabes?

—Absolutamente —asentí, genuinamente feliz por él—. Y creo que Liliana también estará encantada. Le encanta tener a Sophia cerca; y lo entiendo perfectamente. Ambos tenemos a nuestros mejores amigos aquí todo el tiempo.

—Prometo que la trataré bien, Nicholas. No te defraudaré —respondió Riccardo, recuperando su confianza.

Encontré su mirada con una expresión sincera.

—Te conozco desde que éramos niños. Confío completamente en ti. Solo sé tú mismo, y no tengo dudas de que Sophia seguirá enamorándose de ti.

—Gracias, Nicholas —dijo Riccardo, su voz llena de gratitud—. Eso significa mucho para mí.

—Cuando quieras, amigo mío —respondí, dándole una palmada alentadora en la espalda—. Ahora, ve y haz tu movimiento antes de que se te escape.

—De acuerdo —aceptó Riccardo, respirando profundamente—. Solo hay una cosa... Hace mucho tiempo que no tengo una cita, y realmente no sé adónde llevarla.

Recordé mi vertiginoso cortejo con Liliana. Tuve dos semanas para ganarme su corazón y me esforcé mucho en ello.

—Solo se necesita un poco de reflexión —dije, reclinándome en mi silla—. Todo lo que tienes que hacer es demostrar que has estado escuchando cuando habla sobre las cosas que le gustan. ¿En qué ha estado interesada últimamente?

—De hecho, ha mencionado la nueva exhibición coreana en el Met —recordó, iluminándosele el rostro de emoción.

—¡Perfecto! —exclamé—. Llévala allí, y luego tal vez encuentren un buen lugar para cenar después. Algo único que haga la velada memorable. No puedes equivocarte con la comida.

—¡Cierto, comida! —meditó Riccardo, asintiendo—. Tienes toda la razón, Nicholas. Planearé todo el día alrededor de la exhibición y una gran comida.

—¿Ves? —le dije, sonriéndole—. Ya estás empezando bien. Solo recuerda relajarte y disfrutar la experiencia. Y lo más importante, muéstrale a Sophia que te importan sus intereses y

lo que la hace feliz.

—Gracias, Nicholas. Haré lo mejor posible para no estropearlo —dijo Riccardo con una risa nerviosa. Se dio la vuelta para irse, pero justo cuando alcanzaba el pomo de la puerta, ambos teléfonos sonaron simultáneamente.

—Espera un momento —dije, levantando una mano mientras sacaba mi teléfono del bolsillo. La pantalla me indicaba que era Liliana quien llamaba, y sentí una repentina oleada de preocupación—. ¿Hola?

—¡Nicholas, está pasando! —la voz de Liliana llegó apresuradamente, su emoción palpable incluso por teléfono—. ¡Acaba de romper fuente, y estamos en camino al hospital!

Al mismo tiempo, podía escuchar la voz frenética de Sophia hablando con Riccardo en su teléfono, contándole las mismas noticias. Intercambiamos miradas de asombro antes de que volviera mi atención a Liliana.

—Bien, solo mantén la calma y concéntrate en tu respiración —le indiqué, tratando de calmar mi propio corazón acelerado—. Nos encontraremos contigo en el hospital tan pronto como podamos.

—De acuerdo, te amo, Nicholas —dijo ella, su voz temblando de emoción.

—Yo también te amo, Liliana —respondí, sintiendo una abrumadora mezcla de alegría y miedo recorriéndome—. Estaremos allí pronto.

Colgué el teléfono y miré a Riccardo, quien también había terminado su llamada con Sophia. Su rostro reflejaba mis propios sentimientos: anticipación, preocupación y un toque de incredulidad de que este momento finalmente hubiera llegado.

—Vamos —dije, agarrando mi chaqueta del respaldo de mi silla—. Liliana nos necesita.

Riccardo asintió, su expresión determinada. —Justo detrás de ti, Nicholas. Este será un día que nunca olvidaremos.

Mientras nos apresurábamos a salir de la oficina, mi mente se llenaba de pensamientos sobre Liliana sufriendo, y sentí un creciente pánico. Mis manos temblaban mientras forcejeaba con las llaves de mi coche.

—Oye, Nicholas —dijo Riccardo, poniendo una mano reconfortante en mi hombro—. Recuerda, has ido a todas las clases. Sabes qué esperar y qué hacer. Todo va a salir bien.

—Tienes razón —asentí, dejando caer las llaves—. Quizás deberías conducir tú.

Mientras acelerábamos por las calles familiares, mi corazón latía con fuerza en mi pecho, e intentaba mantener mi concentración en el camino por delante. Sabía que el nacimiento de nuestro hijo traería amor y alegría, pero no podía quitarme la sensación de que todo estaba a punto de cambiar.

—Nicholas —dijo Riccardo en voz baja, rompiendo el silencio—. Vas a ser un padre increíble, ¿lo sabes, verdad?

—Gracias, Riccardo —respondí, tragando el nudo en mi garganta—. Solo espero poder estar a la altura de las expectativas que me he puesto.

Me miró con comprensión y asintió. —Lo estarás, amigo mío. No tengo ninguna duda.

Cuando llegamos al hospital, podía sentir que mis nervios amenazaban con superarme. Riccardo pareció percibirlo y me dio una suave palmada en la espalda. —Tú puedes con esto, Nicholas —dijo con confianza.

Al entrar, vi a Sophia esperándonos en el vestíbulo. —¿Dónde está ella?

Sophia le hizo señas a una enfermera. —Su parto estaba progresando rápidamente, así que la llevaron a una habitación. La enfermera te llevará con ella.

Horas después, salí de la sala de partos, sintiéndome como si me hubieran quitado un

peso de encima. Una sonrisa se extendía por mi rostro, y resplandecía de orgullo.

—¡Nicholas! —llamó Riccardo, corriendo hacia mí con Sophia a remolque—. ¿Cómo están Liliana? ¿Y el bebé?

—Increíble —respondí, atrayéndolos a ambos en un fuerte abrazo—. Liliana lo hizo genial, y la pequeña Estelle ya es una natural en la lactancia.

—¡Felicidades, Nicholas! —exclamó Sophia, envolviéndome en un gran abrazo—. Sabía que Liliana lo haría genial.

—Gracias, Sophia —dije, con la voz cargada de emoción—. Y gracias a los dos por estar aquí hoy. Significa el mundo para nosotros.

Capítulo 18

Liliana

Los primeros rayos de luz matutina se filtraban a través de las cortinas, proyectando un cálido resplandor en la habitación. Me desperté, alertada por los suaves llantos de mi pequeña. Una calidez familiar llenó mi pecho, y rápidamente me deslicé fuera de la cama, con la intención de levantar a Estelle antes de que se despertara por completo. Su cuna estaba cerca de la ventana, y cuando la tomé en brazos, sus profundos ojos marrones se encontraron con los míos.

—Shh, cariño— susurré, acunándola en mis brazos mientras la llevaba de vuelta a la cama. Acomodándome contra las suaves almohadas, comencé a amamantarla, mientras la melodía de una antigua nana italiana brotaba de mis labios. Sabía que era una que mi madre solía cantarme, aunque el recuerdo de su voz se había desvanecido hacía mucho tiempo.

Mientras Estelle se alimentaba, la habitación permanecía en silencio, salvo por el suave subir y bajar de la respiración de Nicholas a mi lado. Su cabello negro azabache yacía despeinado sobre su almohada, y la sombra de una barba adornaba su fuerte mandíbula. Dormido, parecía casi en paz, el peso de nuestro mundo temporalmente levantado de sus anchos hombros.

—Buenos días, cara mia— murmuró, con los ojos azules entreabiertos mientras se movía para mirar por encima de mi hombro. Se inclinó para darme un suave beso en la sien, luego dirigió su mirada a nuestra hija. —Buenos días, Estelle.—

Mientras besaba mi hombro, dijo: —Nunca he estado más enamorado de ti que en este preciso momento.—

Me reí suavemente. —Me dices eso todas las mañanas. En algún momento tendrás que encontrar algo más que decir. Pero quizás aún no.—

La pequeña mano de Estelle se envolvió alrededor de mi dedo mientras terminaba de amamantar. Sus ojos se estaban volviendo pesados, la nana y la leche tibia la arrullaban de vuelta al sueño. Con delicadeza la aparté de mí y se la entregué a Nicholas, quien la tomó con una ternura que nunca imaginé que pudiera poseer.

—Muy bien, pequeña— dijo Nicholas a Estelle, colocándola contra su hombro. —Hora de eructar.— Le dio palmaditas suaves en la espalda y, después de un momento, un suave eructo escapó de sus labios. Sonreí al escucharlo: un ruido tan pequeño que significaba tanto crecimiento y vida en nuestra pequeña.

—Brava, pequeñita— la elogió Nicholas, con la voz llena de amor y admiración. Con destreza practicada, acostó a Estelle en la cama y comenzó a cambiarle el pañal, asegurándose de que estuviera limpia y cómoda antes de vestirla con ropa fresca.

Mientras los observaba, me maravillaba del vínculo que se había formado entre padre e hija. Parecía como si solo ayer hubiéramos recibido a Estelle en este mundo, y ahora aquí estaba, creciendo y prosperando bajo el cuidado de un hombre que una vez había sido un extraño para mí.

Nunca hubiera imaginado que el hombre poderoso y dominante con quien me casé podría

transformarse en un padre tan gentil y amoroso. En el mundo de la mafia, Nicholas era una fuerza a tener en cuenta, respetado y temido por muchos. Pero en nuestro hogar, con nuestra preciosa Estelle, se volvía tierno y cariñoso, extendiendo su feroz instinto protector de mí a nuestra pequeña.

—Tu turno— dijo Nicholas suavemente, pasándome de vuelta a Estelle. La tomé en mis brazos, sintiendo el calor de su pequeño cuerpo contra el mío, y comencé a hacerle caras graciosas. Sus ojos se abrieron de par en par, tratando de dar sentido a las diferentes expresiones en mi rostro, y luego soltó una risita, un sonido tan inocente y puro que hizo que mi corazón se hinchara de alegría. La hice cosquillas suavemente, su risa llenando la habitación, y luego se la devolví a Nicholas.

—Muy bien, veamos si papá puede lograr una risa más grande— desafió juguetonamente, sosteniendo a Estelle en alto y haciendo caras exageradas. Ella chilló de deleite, pataleando con sus piernecitas de emoción. Continuamos turnándonos, cada uno tratando de superar al otro con nuestras payasadas, nuestras risas mezclándose con las de Estelle hasta que las lágrimas corrieron por nuestros rostros.

En esos momentos, cuando estábamos todos juntos, solo nosotros tres, seguros y felices, el mundo exterior parecía desaparecer. Los peligros y el tumulto de la vida mafiosa se desvanecían, reemplazados por los sonidos de amor y felicidad que resonaban en nuestro hogar.

La alegría que sentíamos, el vínculo entre nosotros creciendo más fuerte con cada día que pasaba, era como un faro de luz en la oscuridad. Y mientras abrazaba a mi familia con fuerza, supe que sin importar los desafíos que enfrentáramos o las sombras que amenazaran con engullir nuestro mundo, este amor sería nuestra estrella guía, nuestra razón para luchar y nuestra esperanza de un futuro más brillante.

Mientras las risas se apagaban y los ojos de Estelle se volvían pesados, me deleitaba con la calidez que llenaba la habitación. El amor que Nicholas y yo compartíamos era un fuego feroz que ardía a través de los rincones oscuros de nuestras vidas con una ferocidad que no dejaba nada intacto.

—Muy bien, pequeña, es hora de tu siesta —dije suavemente, acunando a mi hija en mis brazos. Sus delicadas pestañas revolotearon mientras se quedaba dormida, su pecho subiendo y bajando suavemente con cada respiración.

La llevé a su habitación, colocándola con ternura sobre los suaves cojines de su cuna. Mientras observaba su diminuta figura acurrucada entre las mantas, me maravillé del milagro que habíamos creado, esta hermosa vida que había surgido de nuestra unión.

—Nicholas —dije en voz baja, sin querer perturbar el sueño apacible de nuestra hija—, es increíble lo lejos que hemos llegado en tan poco tiempo.

Él estaba de pie a mi lado, su fuerte mano descansando sobre mi hombro, las profundidades azules de sus ojos reflejando el amor que sentía por Estelle y por mí. —Nuestro matrimonio ha sido un testimonio de nuestra fortaleza, Liliana. A pesar de las tragedias que hemos enfrentado, nuestro vínculo permanece inquebrantable.

Mi corazón dolía con la verdad que él hablaba, pero era un dolor agriado, un recordatorio del costo que habíamos pagado por nuestra felicidad. Un precio que había sido exigido en sangre y lágrimas, en dolor y sacrificio. Pero era un precio que habíamos soportado voluntariamente, por el bien de nuestra familia y nuestro amor.

—Estelle tiene tanta suerte de tenerte como padre —murmuré, trazando con un dedo la curva de su mejilla—. Y yo soy tan afortunada de llamarte mi esposo.

—Todo lo que hago, lo hago por ti y por ella —respondió Nicholas, su voz baja y llena

de emoción—. Las protegeré a ambas hasta mi último aliento.

Mientras estábamos allí, con los ojos fijos en la forma dormida de nuestra preciosa hija, pensé en cómo podría crecer nuestra familia en el futuro. —Nicholas —dije vacilante, sintiendo tanto emoción como temor por lo que estaba a punto de decir—, creo que Estelle necesita un hermano.

Su brazo se apretó a mi alrededor, con un atisbo de sonrisa en sus labios mientras consideraba mis palabras. —¿Un hermano, eh? —reflexionó—. Bueno, entonces, mi amor, supongo que será mejor que empecemos a hacer que eso suceda.

—¿En serio? —pregunté, sintiendo un repentino calor extendiéndose por mí ante la idea—. ¿Estás de acuerdo en que es el momento adecuado?

—Por supuesto —respondió con confianza, su voz llena de convicción—. Hemos enfrentado tanto juntos, y nuestro vínculo solo se ha fortalecido por ello. Hemos resistido las tormentas más oscuras, Liliana, y ahora nos encontramos en aguas más tranquilas. No hay mejor momento que ahora para traer otra vida a este mundo, una que será nutrida por nuestro amor y protegida por nuestra fuerza.

—Además —añadió con una sonrisa pícaro—, sabes cuánto disfruto el proceso de crear nueva vida contigo.

Me reí suavemente, escondiendo mi rostro contra su fuerte pecho mientras me sonrojaba por sus palabras. Era cierto: la pasión entre nosotros nunca había disminuido, a pesar de todo lo que habíamos pasado. Si acaso, solo se había intensificado con cada día que pasaba, mientras nos acercábamos más y nos entrelazábamos más el uno con el otro.

Y así, mientras Estelle dormía plácidamente en su habitación, ajena a la trascendental decisión que sus padres acababan de tomar, Nicholas y yo comenzamos el viaje hacia la expansión de nuestra familia. El mundo exterior aún podría albergar sus peligros e incertidumbres, pero dentro de las paredes de nuestro hogar, no había nada más que amor y esperanza para el futuro.

Sabíamos que juntos podríamos enfrentar cualquier desafío que se nos presentara. Con cada latido de nuestros corazones, nos comprometimos a proteger y atesorar la familia que estábamos construyendo: una familia forjada por el amor, templada por la adversidad y destinada a mantenerse fuerte en medio de las sombras de nuestro pasado.

¿Quieres más romance mafioso de Meg Shannon?

¡Comienza a leer [la serie Imperio Vitale](#) hoy mismo!